

Alcanzado por la misericordia

Ángel Moreno, de Buenafuente

COLECCIÓN
ESPIRITUALIDAD
narcea

PORTADILLA

Ángel Moreno, de Buenafuente

Alcanzado por la misericordia

NARCEA, S.A. DE EDICIONES

OTROS TÍTULOS DEL AUTOR

ÁNGEL MORENO, DE BUENAFUENTE ha publicado en esta colección:

- **A la mesa del Maestro.** *Adoración*
- **Amor saca amor.** *Los siete amores de Dios*
- **Buscando mis amores.** *Lectura sapiencial del Cuarto Evangelio*
- **Como bálsamo en la herida.** *La misericordia*
- **Desiertos.** *Travesía de la existencia*
- **Eucaristía.** *Plenitud de vida*
- **Habitados por la Palabra.** *Lectura sapiencial*
- **Palabras entrañables.** *Déjate amar*
- **Voz arrodillada.** *Relación esencial*
- **Voy contigo.** *Acompañamiento*

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN

La misericordia y las bienaventuranzas

[La misericordia](#)
[El Dios revelado](#)
[Las entrañas de Dios](#)
[Clave evangélica](#)
[Oración](#)

Personalizados en el rostro de la misericordia

[El rostro personalizador](#)
[La experiencia de soledad](#)
[La interioridad](#)
[El rostro que nos plenifica](#)
[El rostro de Cristo](#)
[La Humanidad de Cristo](#)
[El rostro misericordioso](#)

Dar de comer al hambriento

[El hambre, problema social](#)
[Motivo de gracia](#)
[Hambre de sentido](#)
[Jesús tiene hambre](#)
[La vocación al trabajo](#)
[Dios manda compartir](#)
[“Danos hoy el pan de cada día”](#)
[Jesús se nos da como pan](#)
[Jesús, Pan de Vida](#)
[El don de compartir los bienes](#)
[Dar o darse](#)
[Darse a sí mismo](#)
[Contemplación](#)

Dar de beber al sediento

[Sentido de la sed](#)
[Crisis existencial](#)
[Fruto de infidelidad](#)
[Experiencia límite](#)
[Angustia](#)
[Necesidad de Dios](#)
[Sed de amor](#)
[La sed de Jesús](#)
[Significado del agua](#)
[Jesús, agua viva](#)
[Llamados a proveer](#)
[Darse a beber](#)

[Oración](#)

Estuve desnudo y me vestiste

[El desnudo](#)

[Extrema necesidad](#)

[Despojo físico](#)

[Despojo moral](#)

[Sentimiento de vergüenza, fruto del pecado](#)

[Cambio de vida, conversión](#)

[Canon de belleza](#)

[Jesús es despojado de sus vestiduras](#)

[El vestido](#)

[La dignidad de la persona](#)

[El traje de hijos de Dios](#)

[La túnica sagrada](#)

[Revestidos de humanidad, de la carne del Verbo](#)

[Revestido de gloria](#)

[El manto de la misericordia](#)

[Oración del despojado](#)

Acoger al forastero y dar albergue al peregrino

[El forastero](#)

[Los desplazados](#)

[Los nuevos exiliados](#)

[Somos forasteros](#)

[Jesús forastero](#)

[Jesús y los forasteros](#)

[La posada](#)

[La acogida](#)

[El acompañamiento](#)

[Personalizados en el rostro de Cristo](#)

[Rostros misericordiosos](#)

[Anotaciones para el ejercicio de la hospitalidad](#)

Visitar a los enfermos

[La enfermedad y los sentidos corporales](#)

[El cuidado del cuerpo](#)

[Jesús y los enfermos](#)

[El cuerpo espejo del alma](#)

[Rehabilitados](#)

[Levantarse](#)

[Novedad de vida](#)

[Resucitar](#)

[Misión de curar](#)

[Invitación](#)

Perdonar las ofensas

[¿Qué es la ofensa?](#)

[¿Qué es el perdón?](#)

[Necesidad de misericordia](#)

[Jesús perdona](#)

[El don del perdón](#)

[El mandato de perdonar](#)

[La divinización humana](#)

[El poder de perdonar](#)

[Agradecimiento](#)

Consolar al triste

[Motivos de tristeza](#)

[El misterio del sufrimiento](#)

[La pedagogía del dolor](#)

[La tristeza de Jesús](#)

[Tú, ¿por qué lloras?](#)

[Jesús nos prometió el don del Espíritu Santo, el Consolador](#)

[Consolación](#)

[Tú puedes consolar](#)

Madre de Misericordia

[Dios se ha hecho misericordia](#)

[El poder de la súplica de María](#)

[Invocación](#)

[Cuestiones](#)

Últimas consideraciones

INTRODUCCIÓN

Parecía que las gracias especiales que Francisco ofreció en la bula *Misericordiae Vultus*, acabarían con la clausura del Año Jubilar de la Misericordia, y que las licencias excepcionales que nos concedió el Papa a los misioneros de la misericordia terminarían el 20 de noviembre de 2016. Quienes habíamos gozado de tal designación, intuíamos que tal vez permanecería la posibilidad sacramental de acoger a cuantos pudieran necesitar el perdón sin acudir a protocolos jurídicos o canónicos.

Con motivo del Año de la Misericordia, además de intervenir personalmente en algunos encuentros extraordinarios, he acompañado a muchas personas a través de Ejercicios Espirituales con diversas meditaciones sobre las obras de misericordia. No obstante, juzgaba que, pasado el Año Jubilar, ya no sería actual seguir incidiendo en las mismas meditaciones.

La sorpresa surgió cuando, el 21 de noviembre de 2016, se hacía pública la carta apostólica *Misericordia et Misera*, en la que Francisco, aunque clausuraba las puertas santas, prolongaba por un lado a los sacerdotes y por otro lado a los misioneros de la misericordia, las facultades que nos había concedido en la bula *Misericordiae Vultus*, mientras no se dijera lo contrario.

Ante esta nueva gracia, sin duda inmerecida, sentí que debía reordenar las diferentes meditaciones sobre la misericordia y responder a la llamada que sentía dentro de mí. Incluso llegué a poner título a la posible publicación: “Consolad, consolad a mi pueblo”. Pues solo la misericordia llega a ser consolación profunda. Y de nuevo mi sorpresa al leer en la carta apostólica lo que dice Francisco: “Vivir la misericordia es el camino seguro para que ella llegue a ser verdadero anuncio de consolación y de conversión en la vida pastoral” (MetM 7). Reconozco que la frase lapidaria que me provocó la decisión de trabajar y reordenar lo reflexionado en el Año Jubilar fue la expresión del Papa: “La misericordia tiene también el rostro de la consolación. «Consolad, consolad a mi pueblo» (Is 40,1)”. Y fui alcanzado por la misericordia. San Pablo concentra su mensaje en la misma actitud que el profeta: “¡Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de las misericordias y Dios de todo consuelo, que nos consuela en cualquier tribulación nuestra hasta el punto de poder consolar nosotros a los demás en cualquier lucha, mediante el consuelo con que nosotros mismos somos consolados por Dios! Nuestra esperanza respecto de vosotros es firme, pues sabemos que, si compartís los sufrimientos, también compartiréis el consuelo” (2Cor 1,3-7). No es casual que el texto reitere por diez veces el término consuelo.

Cuando el papa Francisco nos dirigió la palabra a los misioneros en la Sala

Regia del Vaticano, nos insistió en que ejerciéramos el ministerio con magnanimidad, y nos puso ejemplos muy sencillos y elocuentes tomados de las mismas Sagradas Escrituras, como fue el texto de Génesis 9, en el que aparecen los hijos de Noé cubriendo con una manta la desnudez de su padre, devolviéndole así, según nos explicaba Francisco, la dignidad de padre. Y con esta imagen nos enviaba a ir con la manta de la misericordia y no con el mazo del juicio. Nos dio instrucciones con ejemplos concretos. Si en algún caso un penitente se acerca y se ve que le cuesta describir su pecado porque siente vergüenza, entonces, nos dijo el Papa, decid: “Te entiendo, te entiendo. Adelante”. Y si un penitente llega reiteradamente a confesar, porque no queda satisfecho, y duda de si ha hecho bien la confesión, de si lo habrá explicado todo adecuadamente, entonces vosotros decid al penitente atormentado: “Tranquilo, ponlo a mi cuenta”.

Sin querer ser exhaustivo en mis consideraciones sobre las obras de misericordia, ofrezco una mirada arrodillada, porque no es un tema con el que se pueda especular, y mucho menos en momentos en los que tantos sufren necesidad corporal y espiritual. Intento presentarlas con un significado más amplio que el literal de las meras palabras con las que se describen. Sin quitar el valor ni el deber de atender las necesidades más primarias del prójimo, cada binomio –hambre-pan; sed-agua; desnudo-vestido; huésped-posada–significa mucho más en el contexto bíblico.

Ojalá estas páginas puedan ayudar a quienes necesitan una palabra de aliento en tiempos de inclemencia o de soledad, cuando parece que no hay dónde acudir con el alma herida.

LA MISERICORDIA Y LAS BIENAVENTURANZAS

LA MISERICORDIA

La palabra “misericordia” (*hésed*) posee una gran riqueza de significados, y por esta razón se traduce de diversas maneras: ternura, gracia, misericordia, indulgencia, benevolencia, amor, compasión. Este vocabulario revela un rasgo sorprendente de Dios: el de la maternidad. Si hay un lugar en el que habita la *hésed* divina, este es el seno, las entrañas (*rahamim*): las entrañas maternas de Dios (Is 49,15; Sal 103,13). “¿Acaso olvida una mujer a su niño de pecho, sin compadecerse del hijo de sus entrañas? Pues aunque esas llegasen a olvidar, yo no te olvido” (Is 49,15).

En la bula *Misericordiae Vultus*, Francisco se detiene a definir lo que es la misericordia: “Misericordia es el acto último y supremo con el cual Dios viene a nuestro encuentro. Misericordia es la ley fundamental que habita en el corazón de cada persona cuando mira con ojos sinceros al hermano que encuentra en el camino de la vida. Misericordia es la vía que une Dios y el hombre, porque abre el corazón a la esperanza de ser amados para siempre no obstante el límite de nuestro pecado” (MV 2). “Ante la gravedad del pecado, Dios responde con la plenitud del perdón. La misericordia siempre será más grande que cualquier pecado y nadie podrá poner un límite al amor de Dios que perdona” (MV 3). Y dirigiéndose a los jóvenes en la misa de clausura de la Jornada Mundial de la Juventud en Cracovia, dijo: “Dios nos ama tal como somos, y no hay pecado, defecto o error que lo haga cambiar de idea”.

EL DIOS REVELADO

Por el concepto que tenemos de Dios, nos cuesta mucho convencernos de que su característica no es el furor, la ira, la violencia, la venganza, el terror o el castigo, imágenes con las que en tantas ocasiones se le representa, por confundirlo con la proyección deísta e idolátrica que se tiene de Él. “Dios es fiel en su amor, y hasta obstinado. Nos ayudará pensar que nos ama más de lo que nosotros nos amamos, que cree en nosotros más que nosotros mismos, que está siempre de nuestra parte, como el más acérrimo de los «hinchas». Siempre nos espera con esperanza, incluso cuando nos encerramos en nuestras tristezas, rumiando continuamente los males sufridos y el pasado. Pero complacerse en la tristeza no es digno de nuestra estatura espiritual. Es más, es un virus que infecta y paraliza todo, que cierra cualquier puerta, que impide que la vida se reavive, que recomience”¹.

Una tarea permanente, espiritual y a la vez psicológica, es la de liberarnos

de nuestros deísmos, de nuestros atavismos religiosos naturales para relacionarnos con el Dios revelado. Los textos bíblicos, de manera progresiva, nos revelan a un Dios misericordioso, “lento a la ira, rico en piedad” (Ex 34,6), un Dios de paz, que ama la vida, que se compadece y salva, y sobre todo que está enamorado de su criatura. “Con misericordia eterna te quiero. No se retirará de ti mi misericordia, ni mi alianza de paz vacilará –dice el Señor que te quiere–” (Is 54,8.10). Sin embargo, desde nuestras categorías religiosas y desde nuestros códigos éticos, nos cuesta comprender la conciliación entre ser justo y misericordioso, pues si aplicamos la ley, quizá debemos condenar, y si no condenamos, parece que nos saltamos la ley y somos injustos. Y al trasladar estas categorías a Dios, nos sentimos sin respuesta.

La enseñanza del Papa sobre la misericordia divina reconcilia la justicia con la misericordia. En principio parece incompatible ser justo y misericordioso a la vez. Sin embargo, si interpretamos la justicia desde el significado bíblico, cabe comprender la reconciliación del binomio.

“En la Biblia, muchas veces se hace referencia a la justicia divina y a Dios como juez. Generalmente es entendida como la observación integral de la ley y como el comportamiento de todo buen israelita conforme a los mandamientos dados por Dios. Esta visión, sin embargo, ha conducido no pocas veces a caer en el legalismo, falsificando su sentido originario y oscureciendo el profundo valor que la justicia tiene. Para superar la perspectiva legalista, sería necesario recordar que en la Sagrada Escritura la justicia es concebida esencialmente como un abandonarse confiado en la voluntad de Dios”². “La cólera de Dios dura un instante, su bondad de por vida” (Sal 29,6).

LAS ENTRAÑAS DE DIOS

A lo largo de la revelación positiva que Dios ha hecho de sí mismo, podemos contemplarlo como Creador de todo el universo –“Dios creó el cielo y la tierra”–, y del género humano (Gn 1,26-27). De cada uno de nosotros dice Dios: “Antes de formarte en el vientre, te elegí; antes de que salieras del seno materno, te consagré” (Jr 1,5). Las Escrituras nos muestran a un Dios entrañable: “Como un padre siente ternura por sus hijos, siente el Señor ternura por los que lo temen; porque Él conoce nuestra masa, se acuerda de que somos barro” (Sal 102,13-14). Y con ternura maternal: “Como a un niño a quien su madre consuela, así os consolaré yo, y en Jerusalén seréis consolados” (Is 66,12). Nos sorprenderán las imágenes esponsales que utiliza la Biblia para revelar el amor que Dios nos tiene: “Aquel día –oráculo del Señor– me llamarás «esposo mío», y ya no me llamarás «mi amo»” (Os 2,18). “Ya no te llamarán «Abandonada», ni a tu tierra «Devastada»; a ti te llamarán

«Mi predilecta», y a tu tierra «Desposada», porque el Señor te prefiere a ti, y tu tierra tendrá un esposo. Como un joven se desposa con una doncella, así te desposan tus constructores. Como se regocija el marido con su esposa, se regocija tu Dios contigo” (Is 62,4-5).

Jesús, revelador de las entrañas de Dios, rostro de la misericordia divina, retoma el lenguaje de las alianzas selladas con los patriarcas: “¿Es que pueden guardar luto los amigos del esposo, mientras el esposo está con ellos? Llegarán días en que les arrebatarán al esposo, y entonces ayunarán” (Mt 9,15). El Hijo de Dios se nos muestra hermano, “nacido de mujer” (Gal 4,4), y amigo: “A vosotros os digo, amigos míos: No tengáis miedo a los que matan el cuerpo, y después de esto no pueden hacer más” (Lc 12,4). “Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos. Vosotros sois mis amigos si hacéis lo que yo os mando. Ya no os llamo siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor; a vosotros os llamo amigos, porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer” (Jn 15,12-15). ¿Quién puede resistirse a tal derroche de amor?

CLAVE EVANGÉLICA

En un principio parecen contradictorios los dos textos del Evangelio de san Mateo, el de las obras de misericordia (Mt 25,35-46) y el de las bienaventuranzas (Mt 5,3-12), pues si en uno se dice: “Venid, benditos de mi Padre, porque tuve hambre y me disteis de comer”, en otro se lee: “Bienaventurados los hambrientos, porque ellos serán saciados”. Además, en el discurso de Mt 25, se afirma que aquellos que se compadecieron de su prójimo no sabían que al hacerlo se lo estaban haciendo al Señor, cosa que no cabe decir a los que sí tenemos noticia de que en el prójimo está Jesucristo. En este caso, la pregunta que asalta es: ¿A quién se le aplican las bendiciones por hacer el bien? Y si no se aplican a los creyentes, porque sabemos que cuanto hagamos al otro, se lo hacemos a Jesucristo, ¿significa que las obras de misericordia, tal como están descritas por Mateo no son para los llamados cristianos anónimos?

Además, al contemplar las obras de misericordia, a quien encontramos es a Jesús, Él las ha practicado de manera radical. A lo largo de su vida se puede observar cómo dio de comer al hambriento y de beber al sediento; no solo dando pan y agua, sino expresando Él mismo la necesidad: “¿Tenéis algo de comer?”. “Tengo sed”. “Dame de beber”. Él se ha despojado y aparece desnudo para dejarnos revestidos de la dignidad de hijos de Dios. Jesús en Getsemaní aparece débil, angustiado, triste, con sudor de sangre... Él, que consoló a tantos. Él, que curó a muchos enfermos y rezó a su Padre por los que le ha dado. En verdad Jesús es el Misericordioso.

Desde estos contrastes, salta la cuestión: ¿Cómo debe vivir un creyente las obras de misericordia? ¿Como aquel que pasa generoso, dando de lo que tiene, o como mendigo, menesteroso, pobre y humilde? El texto sagrado afirma que Jesús se hizo pobre para enriquecer a muchos. “Pues conocéis la generosidad de nuestro Señor Jesucristo, el cual, siendo rico, por vosotros se hizo pobre a fin de que os enriquecierais con su pobreza” (2Co 8,9).

A la luz de esta consideración, se descubre que la posibilidad evangélica de ser misericordioso se da a partir del espíritu de las bienaventuranzas. Es decir, no tanto como quien da de lo que le sobra, sino como quien también se sabe necesitado. Solo el que ha pasado hambre sabe lo que significa un trozo de pan; solo el que se ha sentido extranjero, desechado, sabe lo que significa la hospitalidad, pues cabe que, sin quererlo, humillemos con nuestro modo de compartir, o utilicemos la necesidad de los otros para propia autoestima.

Cabría pensar que el texto evangélico tenía dos aplicaciones, según quien lo leyera: las obras de misericordia se deberían aplicar en nuestra relación con los demás, y las bienaventuranzas, para asumir personalmente nuestras intemperies. Sin duda que es bueno y loable ser generoso, magnánimo y solidario, pero quizá cuesta más saberse necesitado. El profeta Miqueas afirma tres principios a modo de apotegmas que iluminan el camino espiritual: “Respetar el derecho; amar la misericordia; andar humildes con Dios” (cf. Miq 6,8). Que significa considerar a cada prójimo con la dignidad que tiene, ser misericordiosos, pero practicar con humildad el bien obrar. Jesús, que se muestra solidario, compasivo, misericordioso, no lo hace desde una posición de superioridad, sino desde la humildad del que se pone a los pies, a servir. Desde ahí, se comprende que el pobre, que pasa hambre y da pan es verdaderamente dichoso, como lo fueron la viuda de Sarepta y la viuda del Templo.

Las obras de misericordia son una exigencia para todos, pero la sabiduría cristiana de practicarlas consiste en seguir las bienaventuranzas. Jesús, quien se puso en la fila de los pecadores y fue tomado por blasfemo, va a decir: “Perdonados te son tus pecados”. Quien fue despojado de su túnica, nos reviste de la dignidad de hijos de Dios; quien pide de beber y se muestra con sed, va a decir yo soy el agua viva.

Si hay un ejemplo de misericordia propuesto por Jesús, es el del samaritano, aquel que ni siquiera tenía conciencia de cumplidor de la ley. Si hay un ejemplo de oración bien hecha, es el del publicano que se siente pecador. Y si hay alguien que da la mayor limosna en el Templo, es la viuda que echa dos reales, todo lo que tiene. Jesús exalta la fe de la mujer cananea, una pagana, y la del centurión romano. Desde esta reflexión comprendo que las obras de misericordia hay que practicarlas en el espíritu de las

bienaventuranzas.

ORACIÓN

Señor, si justicia significa confianza en ti, abandono en tus manos, como Tú te abandonaste en las de tu Padre porque estabas seguro de su amor; si Tú te has entregado enteramente y por amor en manos de tu Padre para demostrarnos hasta donde llega tu confianza, que se vio coronada por el triunfo de tu resurrección, y yo, en mi caso, me quedo anclado en la sospecha, en la reticencia, en la desconfianza por no dar crédito al ofrecimiento de tu perdón, estoy siendo injusto contigo y con tu Padre.

He sentido, Señor, la necesidad de reivindicar la confianza en tu persona. Te has ganado el crédito más absoluto. Instalarnos en nuestro egoísmo, defendernos de tu mirada por sentir vergüenza, o creer que ya no tenemos acceso al perdón por nuestra debilidad crónica, es una injusticia que cometemos contigo.

No dejes de enviarme tu aliento, el soplo de tu Espíritu, para que siempre, en cualquier circunstancia, vuelva a casa, a tu abrazo, y entre por la puerta de la misericordia, la que me restaura, sin echarme en cara mi pobreza, mi debilidad y hasta mi pecado.

Gracias, Señor, por permanecer con los brazos abiertos, esperando siempre mis retornos. ¡Que de una vez me quede bajo tu mirada, sin emanciparme de tu amor!

¹ Papa Francisco, homilía en la Jornada Mundial de la Juventud, Cracovia 2016.

² *Misericordiae Vultus*, 20.

PERSONALIZADOS EN EL ROSTRO DE LA MISERICORDIA

“Por la entrañable misericordia de nuestro Dios, nos visitará el sol que nace de lo alto, para iluminar a los que viven en tinieblas y en sombra de muerte, para guiar nuestros pasos por el camino de la paz” (Lc 1,78-79).

“Felipe le dice: «Señor, muéstranos al Padre y nos basta». Jesús le replica: «Hace tanto que estoy con vosotros, ¿y no me conoces, Felipe? Quien me ha visto a mí ha visto al Padre. ¿Cómo dices tú: “Muéstranos al Padre”? ¿No crees que yo estoy en el Padre, y el Padre en mí?»” (Jn 14,8-11).

Francisco de Asís y el papa Francisco fijan su mirada en Jesús, Él es el rostro de la misericordia de Dios. La misión que ha recibido de su Padre no es otra que la de revelar su amor, que se da a todos sin excluir a nadie. “Todo en Él habla de misericordia. Nada en Él está falto de compasión”³.

Antes de hablar de la misericordia, Jesús hizo tocar y ver la misericordia (Mc 1,41). Y Él mismo tocó a un leproso. No tuvo miedo de infectarse. Jesús no habla de la misericordia en abstracto, la define con sus parábolas y gestos.

Si tenemos en cuenta las obras de misericordia citadas por el evangelista san Mateo, encontramos que Jesús las realizó cumplidamente. Él se hizo pan, nos dio a beber del cáliz y se ofreció como agua viva; se despojó de su túnica para revestirnos de dignidad filial, curó a los enfermos de toda clase de enfermedad, trató con los extranjeros, oró por todos los que el Padre le había encomendado y proclamó el año de gracia del Señor para liberar de todas las prisiones y esclavitudes.

EL ROSTRO PERSONALIZADOR

Los cristianos estamos personalizados por Cristo. San Gregorio de Nisa escribe de san Pablo: “Él nos hace ver la gran virtualidad del nombre de Cristo, al afirmar que Cristo es la fuerza y sabiduría de Dios, al llamarlo paz y luz inaccesible en la que habita Dios, expiación, redención, gran sacerdote (...). Por lo cual, puesto que la bondad de nuestro Señor nos ha concedido una participación en el más grande, el más divino y el primero de todos los nombres, al honrarnos con el nombre de «cristianos», derivado del de Cristo, es necesario que todos aquellos nombres que expresan el significado de esta palabra se vean reflejados también en nosotros, para que el nombre de «cristianos» no aparezca como una falsedad, sino que demos testimonio del mismo con nuestra vida”⁴.

Es posible que uno conviva consigo mismo sin tener conciencia plena de lo que es delante de Dios, pues para adquirir esta conciencia necesita mirar a Jesús, quien le suscita la evidencia de su semejanza. Es ante el rostro del Hijo de Dios como nos comprendemos hechos a imagen suya, a imagen del Primogénito de todos los hombres.

Una constatación inmediata nos permite observar algo con lo que convivimos quizá de manera inadvertida, aunque de ello depende nuestra propia personalización. Se trata de que, siendo nuestro propio rostro lo que más nos identifica ante los demás, nadie puede verse su propio semblante, y necesita la mirada de otro para saber de la suya.

El rostro es exclusivamente humano; solo las personas tenemos rostro, y en él, la mirada significa relación. “Los animales irracionales tienen cara, pero no tienen rostro ni semblante. El rostro es una peculiaridad del hombre entre todos los seres visibles, tan maravillosa como desconcertante. El rostro expresa los afectos del ánimo, la expresión afectiva...”⁵. Nos estimulan las relaciones que mantenemos, y estas adquieren la mayor posibilidad en el encuentro directo con lo más identificativo del otro ser semejante, su rostro. “El encuentro con el rostro no es solo un hecho antropológico, es, absolutamente, una relación con lo que es”⁶.

Sorprendentemente, el rostro se muestra desnudo, indefenso, sin protección y sin embargo, no podemos apropiarnos de él. En la mirada al otro nos retorna la conciencia de nuestra humanidad, nos descubrimos semejantes. Reímos y lloramos por estímulos parecidos y en nuestras facciones mostramos los sentimientos más íntimos. El rostro manifiesta, dice, revela a la persona. Permanecer ante el semblante del tú es entrar en relación con él. Fijar los ojos en los ojos del otro, no en gesto insolente, dominante, sino como relación humana, con una actitud de acogida, de respeto, de amor hacia la persona es expresión de máxima intimidad y valoración. A su vez, el mayor desprecio es no mirar al otro a la cara, escupir su rostro, herirlo con una bofetada. Con estos actos se hiere a la persona, se la condena, se la deja sin suelo, ante el vacío.

Hay una ley en psicología, por la que la persona se siente estimulada. Al ver el modelo que admira, desea parecerse a él, trata de reproducir su modo de vida y de vestir, absorbe su doctrina, su pensamiento, hasta hay casos de tomar sus modales, su mismo peinado. Somos en parte reflejo de los rostros que miramos. Yo he reconocido que a mí me han hecho mis amigos. Dice el místico Juan de la Cruz: “Descubre tu presencia, y máteme tu vista y hermosura; mira que la dolencia de amor, que no se cura sino con la presencia y la figura. ¡Oh cristalina fuente, si en esos tus semblantes plateados formases de repente los ojos deseados que tengo en mis entrañas dibujados!” (*Cántico*

espiritual).

Siempre recuerdo la enseñanza que recibí de la maestra y pedagoga Jimena Menéndez Pidal: “No hay discípulo si no hay maestro. Pero no hay maestro, si no hay discípulo”. “Cada uno somos en parte respuesta a la pregunta que nos hacen”. Y no hay pregunta más motivadora que aquella que lanza la amistad sincera con el deseo de bien. Y no hay pregunta que alcance más alto nivel que la que atraviesa la frontera de lo material con el anhelo de conocer la vida del espíritu, y aún más, si es para contrastar la posible experiencia de Dios. Soy testigo de lo que puede la amistad. El amigo fiel se demuestra en la estrechura, en la hora de la prueba. No se demuestra en la prosperidad (Ecli 12,8). Dice el texto sagrado: “El amigo fiel es seguro refugio, el que lo encuentra, ha encontrado un tesoro. El amigo fiel no tiene precio, no hay peso que mida su valor” (Ecli 6,14-17). Somos fruto de las miradas que nos obsequian con la amistad, el amor, el respeto, que nos estimulan, sin caer en el halago.

Al afirmar que necesitamos el rostro del otro para saber del nuestro, cabe el argumento del espejo. Siempre podemos mirarnos en un espejo, sin tener que depender de los ojos de los demás. San Pablo habla de mirar al espejo: “Ahora vemos como en un espejo, confusamente; entonces veremos cara a cara. Mi conocer es ahora limitado; entonces conoceré como he sido conocido por Dios” (1Co 13,12). Y el apóstol Santiago advierte que, aunque cabe mirarnos en el cristal, enseguida nos olvidamos de cómo somos: “Porque si alguno se contenta con oír la Palabra sin ponerla por obra, se parece al que contempla su imagen en un espejo: se contempla, pero, en yéndose, se olvida de cómo es” (Sant 1,23). En la mirada a uno mismo no se afirma la personalidad, sino quizá surge un movimiento narcisista, empobrecedor, que saca de nosotros vanidad, egocentrismo y hasta egolatría, sentimientos que no producen plenitud. El mito de Narciso narra que el hermoso joven se asomó a un estanque y al ver su belleza, se enamoró de sí mismo, se lanzó al agua y pereció ahogado. El ser personal necesita esencialmente la relación con el tú. Adán se sintió solo en medio de todo lo creado. Necesitó un ser como él para exultar de alegría.

Hay una forma distinta y plenificadora para lograr saber de nuestro propio rostro: convertir al prójimo en espejo. “Hasta ponernos en presencia de una cara, no percibimos la verdad del hombre, verdad que nos desengaña de todo concepto formado a través de referencias indirectas puramente verbales”². ¡Qué importante es esta advertencia en los tiempos en los que se vive la relación virtual!

En una de sus cartas, santa Clara toma el ejemplo del espejo como referencia para decirnos en quién deberemos mirarnos, que no es en una

superficie pulida, que retorne nuestro semblante, sino en la vida de Jesús. “Mira atentamente a diario este espejo, oh reina, esposa de Jesucristo, y observa sin cesar en él tu rostro, para que así te adornes toda entera, interior y exteriormente, vestida y envuelta de cosas variadas (cf. Sal 44,10), adornada igualmente con las flores y vestidos de todas las virtudes, como conviene, oh hija y esposa carísima del supremo Rey. Ahora bien, en este espejo resplandece la bienaventurada pobreza, la santa humildad y la inefable caridad, como, con la gracia de Dios, podrás contemplar en todo el espejo. Considera, digo, el principio de este espejo, la pobreza de Aquel que es puesto en un pesebre y envuelto en pañales (cf. Lc 2,12). ¡Oh admirable humildad, oh asombrosa pobreza! El Rey de los ángeles, el Señor del cielo y de la tierra es acostado en un pesebre. Y en medio del espejo, considera la humildad, al menos la bienaventurada pobreza, los innumerables trabajos y penalidades que soportó por la redención del género humano. Y al final del mismo espejo, contempla la inefable caridad, por la que quiso padecer en el árbol de la cruz y morir en el mismo del género de muerte más ignominioso de todos”⁸.

La persona crece, madura, asciende a su plenitud según se relacione. El estímulo que nos produce la mirada amable y amiga es, sin duda, la mayor posibilidad de crecimiento. El deseo de parecernos a quien amamos nos sugiere espontáneamente el movimiento positivo de la emulación que no fatiga. Sin embargo, en justicia, ningún rostro humano nos puede producir el estímulo del seguimiento total y la complementariedad absoluta.

LA EXPERIENCIA DE SOLEDAD

Al mismo tiempo que constatamos la necesidad de la relación para crecer en maduración humana, observamos un sentimiento muy profundo de soledad, aun en el caso de mantener las mejores relaciones. Actualmente, en la época de las comunicaciones sociales, cuando a través de los medios nos estamos comunicando constantemente, se da la extraña paradoja de la experiencia de la soledad, en algunos casos dramática.

Cabe, si no se está advertido, que culpemos a los otros de falta de sensibilidad, de que no perciben nuestras circunstancias dolorosas, menesterosas de afecto, de comprensión, de una palabra alentadora, cuando quizá lo que nos sucede es una señal de alarma que nos avisa para abrírnos a otra relación más íntima y profunda, el trato con quien nos habita.

La andadura de la maduración humana es un camino largo, que puede pasar por las estepas del desengaño, de la desesperanza, del escepticismo, porque se llegue a creer que los otros no merecen nuestra confianza, con el riesgo de perecer en la introversión y el ensimismamiento destructores.

Una evidencia que deberemos asumir es que nada ni nadie llegan a complementar el espacio más íntimo del corazón, herida y señal que reclama otra alteridad mayor que la humana. Hay una frontera que únicamente se puede atravesar en soledad, nadie puede acompañar, y si se pretende, se produce una gran insatisfacción, pues no se alcanza el gozo del amor secreto y se pierde el tiempo privilegiado de la íntima intimidad.

Es el momento de abrirse a la trascendencia, de superar los límites de todas las terapias y métodos y saltar a la relación teologal. Sé que Dios lo llena todo, mas exige ser el Todo. Dios, cuando quiere a alguien para sí, le hace todos los demás amores amargos (santa Teresa de Jesús). El sello de la relación con el misterio está autenticado en la medida que acontece en el secreto del corazón, bien en la soledad de la celda, bien en cualquier circunstancia en la que se permanece enteramente y en exclusividad para Dios.

No es anecdótico el hecho de que Abrahán subió al monte del sacrificio sin decir a nadie nada, acompañado por la soledad. Jacob luchó a solas toda la noche con Dios y el Señor llama a Moisés a subir al monte él solo. No es casual la experiencia de desesperanza que sufre el profeta Elías, echado al suelo, deseándose la muerte. Jesús, en su historia compartida con nosotros, nos enseñó a ir a la soledad, a retirarnos al espacio más desierto para tratar con Dios. La soledad por Dios no es signo de insolidaridad, sino de absoluteidad. Vivir solo para Dios manifiesta la fe en el único Dios. San Agustín confiesa: “Nos hiciste para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en ti” (*Confesiones* I,1).

Cuando uno se atreve a quedarse a solas con Dios por lo que Él es, permanece en comunión con todos. Cuando se quiere estar con todos en detrimento de estar con Dios, se rompe la persona y surge el nerviosismo. Quien descubre la fascinación de la soledad con Dios descubre la posibilidad de la mayor presencia.

Hay consignas de maestros espirituales que nos enseñan a asumir la limitación de la relación humana, y a su vez a convertirnos en verdaderos miembros de comunidad. Dos aforismos afines nos indican cómo mantener la justa actitud en nuestras relaciones humanas. El primero dice: “Nadie es apto para la comunidad si no sabe vivir en soledad. Y nadie puede solicitar permanecer en soledad, si no sabe vivir en comunidad”. San Benito no permitía que un monje fuera eremita, si no había demostrado ser un buen cenobita. Y el segundo: “Nadie puede acompañar a otro más de lo que debe. Y nadie puede solicitar del otro mayor acompañamiento del que el otro puede”. “Ser maestro tiene su fundamento en haber logrado una síntesis personal (...) es autónomo, responsable ante sí mismo, se conoce en

profundidad y se acepta como es, está reconciliado consigo mismo y no tiene heridas abiertas respecto a su historia, no vive en dependencia externa ni interna, es y se siente él mismo”⁹. Con estas enseñanzas se comprende que la necesidad de relación debe aceptar el límite, incluso entre personas casadas. Porque si uno acompaña a otro más de lo que debe, comete una violación. Y si uno solicita un acompañamiento mayor del que el otro puede darle, pide una injusticia, que se convierte en violencia.

Quizá, ante esta experiencia de soledad y de cierta orfandad por falta de referencias compañeras, surge actualmente el movimiento de la interioridad que, según los casos, si no se está advertido, produce el efecto nocivo y estéril de la autorreferencialidad, de la que tanto advierte el papa Francisco. No es solución, ante las dificultades relacionales, el movimiento introvertido del ensimismamiento.

LA INTERIORIDAD

La interioridad es un término amplio en el que se incluye cuanto acontece dentro de la persona, sentimientos, emociones, deseos, y en dimensión creyente cabe referirse a la presencia sagrada que nos habita.

Aunque parezca que la interioridad es una realidad contracultural, si se tienen en cuenta los medios de comunicación, quien descubre la fascinación del mundo interior, del propio conocimiento, de distintos métodos de autoayuda, queda totalmente captado, mucho más si se abre a la realidad con la que estaba conviviendo sin apenas percibirla, como es su propio yo y el misterio que nos habita. Santa Teresa habla de entrar en el interior del castillo, en cuyo centro habita el Señor de ese castillo. “Ya habréis oído en algunos libros de oración aconsejar al alma que entre dentro de sí; pues esto mismo es. Hay almas tan enfermas y mostradas a estarse en cosas exteriores, que no hay remedio ni parece que pueden entrar dentro de sí” (*Morada I*, 1,5-7). San Agustín reconoce: “¡Tarde te amé, hermosura tan antigua y tan nueva, tarde te amé! Y he aquí que Tú estabas dentro de mí y yo fuera, y por fuera te buscaba; y deforme como era, me lanzaba sobre estas cosas hermosas que Tú creaste. Tú estabas conmigo, mas yo no lo estaba contigo. Reteníanme lejos de ti aquellas cosas que, si no estuviesen en ti, no serían. (*Confesiones X*, 38).

Abrirse al propio interior es una necesidad para existir como sujeto individual y ayuda a no caer en el gregarismo. La falta de mundo interior denuncia oquedad, vacío, falta de personalidad. De aquí, por una parte, la urgencia de la interioridad, y por otra parte, la necesidad de entrar en la dimensión más rica del ser personal.

El mundo de la mente, de los sentimientos, de los afectos, de todo lo emocional, es una realidad suficientemente importante, que no se debe

soslayar. Los profesores y maestros reclaman la enseñanza de la interioridad en todo intento de acompañamiento de las personas, especialmente de los más jóvenes y de los niños, para educarlos abiertos a la interioridad. Los profesionales y ejecutivos confiesan la necesidad del silencio, de la meditación, de métodos de relajación, para poder subsistir en la vorágine de los sistemas productivos.

En los últimos tiempos, desde la neurociencia, se viene observando el carácter beneficioso de la interioridad y de la vida espiritual, de tal forma que hasta la salud depende en parte del grado de vida interior y espiritual que se tenga. Se llega a descubrir que la actividad cerebral es distinta si la persona está abierta a la trascendencia, al mundo interior, y a la relación espiritual, a la fe.

Aunque el ejercicio de la interioridad sea más o menos beneficioso desde un plano psicológico, solo si en el viaje a la interioridad personal se da la apertura a la relación con el otro, sea el prójimo, sea el Tú divino, el camino no acaba en autosequestro, sino que es la fuente de la mayor potencia personal, de donación de sí, que nace de la percepción de que se es habitado, lo que es fuente de realización y plenitud humanas. Esta es una dimensión objetivadora de la verdadera interioridad y una posibilidad permanente de restauración del sujeto.

El silencio, la experiencia de vacío, la percepción del límite, el retiro a la soledad, la pacificación de los instintos, la armonía del ser, la unificación interior, deben irrumpir en la entrega mayor de sí mismo, y en relación y trato con alguien, que sorprendentemente se encuentra en el fondo del ser. Todo el itinerario de la interioridad recupera sentido cuando hace salir de uno mismo, aun dentro de sí, bien hacia los otros compañeros, bien hacia el Otro superior; para el creyente significa tratar con Dios mismo como máxima posibilidad de relación y tratar al prójimo como sacramento.

Una salida falsa, como señala el papa Francisco, es el movimiento aislacionista, el síndrome del repliegue. El encerramiento, la desgana y la apatía son algunos de los peores enemigos de la vida espiritual y profesional. En la Constitución Apostólica *Vultum Dei*, dirigida a las contemplativas, el Papa advierte sobre el peligro del demonio meridiano: “Entre las tentaciones más insidiosas para un contemplativo, recordamos la que los padres del desierto llamaban «demonio meridiano»: la tentación que desemboca en la apatía, en la rutina, en la desmotivación, en la desidia paralizadora” (n.º 11). “Se desarrolla la psicología de la tumba, que poco a poco convierte a los cristianos en momias de museo. Desilusionados con la realidad, con la Iglesia o consigo mismos, viven la constante tentación de apegarse a una tristeza dulzona, sin esperanza, que se apodera del corazón como «el máspreciado de

los elixires del demonio»”¹⁰.

La verdadera interioridad, si no quiere quedarse en narcisismo, bien sea positivo, que se muestra con expresiones vanidosas y protagonistas, bien sea negativo, que se exterioriza con desafección personal e introversión melancólica, en ambos casos se ancla en el propio yo como epicentro, y tiene que abrirse a la relación más profunda que cabe en el ser humano, la que acontece, como dice san Agustín, más adentro que en el propio interior (*Confesiones* VI, 11), o como dice el poeta místico: “¡Oh llama de amor viva que tiernamente hieres de mi alma en el más profundo centro! Pues ya no eres esquiva acaba ya si quieres, ¡rompe la tela de este dulce encuentro!”¹¹. Si no se llega a percibir la apertura al Otro y a los otros, la educación para la interioridad puede conducir a encerrarse en uno mismo, y en el mejor de los casos, sirve para producir cierto placebo. La auténtica interioridad tiene efectos y frutos de donación, de entrega, de amor, por hacer a la persona consciente de los dones más preciosos que enriquecen el propio ser y la mueven a compartirlos, a darse.

EL ROSTRO QUE NOS PLENIFICA

Joseph Ratzinger, antes de ser elegido papa, ante la paradoja israelita de privarse por un lado de la presencia de la imagen representativa de Dios y por otro buscar intensamente su rostro, se pregunta: “El término «rostro» aparece en el Antiguo Testamento cuatrocientas veces... ¿Cómo es posible interpretar esta nostalgia de la visión (de Dios), en una religión en la que al prohibir la imagen parece excluir totalmente la visión? ¿Qué pretende el israelita cuando busca el rostro de Dios y sabe que no puede existir ninguna imagen de Él?”. Y se responde: “La imagen se abandona, pero la búsqueda del rostro permanece. La forma objetivada, la reducción de la divinidad a objeto desaparece, pero Dios conserva su «rostro». (...) La antigua forma cultural que había materializado y reducido a Dios a una realidad concreta se abandona y emerge su orientación más profunda, Dios tiene un rostro, es «persona»”¹². El salmista israelita reza: “Oigo en mi corazón: «Busca su rostro». Sí, Señor, tu rostro busco: no me ocultes tu rostro” (Sal 26,8). “Haz brillar tu rostro sobre tu siervo” (Sal 30,17). “Como busca la cierva corrientes de agua, así mi alma te busca a ti, Dios mío; mi alma tiene sed de Dios, del Dios vivo: ¿cuándo entraré a ver el rostro de Dios?” (Sal 41,2). Decir rostro es decir persona, humanidad, percepción histórica, encuentro interpersonal, regalo providente por sentir la presencia del tu amigo, vivo, realmente presente. En el *Libro de la Vida* de santa Teresa, en el encabezamiento del capítulo más relacionado con la contemplación de la Humanidad de Cristo, se puede leer: “Cómo ha de ser el medio para la más subida contemplación la Humanidad de Cristo” (*Vida* 22). Cuando deseamos saber de nosotros mismos y es forzoso, entonces,

mirar al tú, como referencia necesaria, adentrarnos en la relación con Jesús, con su Humanísima Humanidad, o como le gusta decir a santa Teresa de Ávila, con su Humanidad sacratísima, la imagen, el rostro, la mirada de Jesús nos hacen posible conocernos más en la medida que conocemos a quien es el hijo de Dios y a quien Él revela, a su propio Padre, pues en Él nos sabemos también hijos de Dios, conciencia que ningún otro rostro nos devuelve.

Necesitamos el rostro del tú para saber del nuestro, pues si nos concentráramos en querer mirarnos, perderíamos la relación con la vida real. Si para conocer nuestro propio mirar es necesaria la referencia al mirar de los otros, ¡cuánto más nos conoceremos, si el rostro que miramos es el mismo que nos ha hecho a imagen suya, Jesucristo! “Espejo que contemplamos, adonde nuestra imagen está esculpida” (Santa Teresa de Jesús, *Moradas* VII, 2, 9).

EL ROSTRO DE CRISTO

Cuando deseamos fijar nuestros ojos en el rostro que nos da la mayor conciencia de nosotros mismos, sirve de referente el texto del Concilio: “Él mismo, el Hijo de Dios, con su encarnación, se ha unido, en cierto modo, con todo hombre. Trabajó con manos de hombre, pensó con inteligencia de hombre, obró con voluntad de hombre, amó con corazón de hombre. Nacido de la Virgen María, se hizo verdaderamente uno de nosotros, en todo semejante a nosotros excepto en el pecado” (*Gaudium et Spes*, 22).

Santa Teresa de Jesús describe en el libro de la *Vida* cómo fue conducida por caminos de abstracción con el objeto de alcanzar la más alta cota espiritual, y cómo se dejó llevar por las enseñanzas de los diferentes maestros espirituales, de los que después no quiere acordarse, porque la llevaron por senderos ajenos a los que ella deseaba, que no eran otros que la relación con Jesucristo. “¡Oh Señor de mi alma y Bien mío, Jesucristo crucificado! No me acuerdo vez de esta opinión que tuve, que no me da pena, y me parece que hice una gran traición, aunque con ignorancia” (*Vida* 22,3).

A la hora de recomendar la vida de oración, determina muy claramente por dónde comenzar, cuál es la puerta que debemos franquear. Según ella, para no caer en abstracciones estériles, asegura que no hay otra puerta mejor que la “Humanidad sacratísima” de Cristo. “Para contentar a Dios y que nos haga grandes mercedes, quiere sea por manos de esta Humanidad sacratísima, en quien dijo Su Majestad se deleita. Muy muy muchas veces lo he visto por experiencia. Hámelo dicho el Señor. He visto claro que por esta puerta hemos de entrar, si queremos nos muestre la soberana Majestad grandes secretos” (*Vida* 22,8).

Todos somos criaturas semejantes. Únicamente hay un rostro que, al

mirarlo, nos brinda la certeza de una semejanza insólita: el rostro del Hijo de María de Nazaret, el Verbo encarnado, la Humanidad sacratísima, el *Ecce homo*, que ha tomado nuestra naturaleza y brinda a nuestra carne la más alta dignidad e identidad. Mirando el rostro de Jesucristo, descubrimos que nos parecemos a quien es Hijo de Dios. La fascinación que nos suscita este rostro es la mayor llamada que tenemos a ser plenamente humanos y misericordiosos. “Me sedujiste, Señor, y me dejé seducir” (Jer 20,7). Los místicos han encontrado un secreto: haciendo de la vida de Jesús el espejo en el que mirarse, se obtiene la mayor experiencia amorosa. “¡Oh, válgame Dios, qué palabras tan verdaderas!, y ¡cómo las entiende el alma, que en esta oración lo ve por sí! Y ¡cómo lo entenderíamos todas si no fuese por nuestra culpa, pues las palabras de Jesucristo nuestro Rey y Señor no pueden faltar! Mas como faltamos en no disponernos y desviarnos de todo lo que puede embarazar esta luz, no nos vemos en este espejo que contemplamos, adonde nuestra imagen está esculpida”¹³.

Buscar el rostro del mejor Hijo de los hombres, del Hombre perfecto, el rostro misericordioso de Dios es un anhelo en la historia de cada persona. Jesucristo es el rostro más humanizador por ser el rostro radiante de la gloria divina, que revela las entrañas de nuestro Criador. “Todos nosotros, que con el rostro descubierto reflejamos como en un espejo la gloria del Señor, nos vamos transformando en esa misma imagen cada vez más gloriosos: así es como actúa el Señor, que es Espíritu” (2Cor 3,18). “En realidad, el misterio del hombre solo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado. Porque Adán, el primer hombre, era figura del que había de venir (Rm 5,14), es decir, Cristo nuestro Señor”¹⁴.

LA HUMANIDAD DE CRISTO

Observamos que a santa Teresa la Humanidad sacratísima se le representa muy llagada; al menos así le gustaba imaginársela: unas veces, Jesús atado a la columna, otras en la oración del Huerto, o crucificado, o en momentos de abandono y soledad... No parece entonces que la indicación de tener ante los ojos una imagen bien proporcionada o al gusto de cada uno solo sea una contemplación más o menos estética de la Humanidad sacratísima, sino una representación de los momentos o pasos en los que se ve a Jesús despojado, humillado, en la prueba... por nuestra causa. Además, no sirve únicamente traer la imagen ante los ojos para conseguir de manera inmediata la experiencia orante. Para franquear la puerta hace falta ayuda, que la concede el mismo Señor cuando Él quiere y como quiere.

En un principio nos parece que el rostro que más nos atrae es el de quien en la vida logra los mejores puestos y una realización humana exitosa. En la cultura actual y mundana se mira al ganador, y se margina a quien carece de

belleza o de cualidades que nos parecen emblemáticas.

La extraña paradoja del rostro más plenificador es que se nos muestra deshecho, por ser solidario, como profetiza Isaías: “Creció en su presencia como brote, como raíz en tierra árida, sin figura, sin belleza. Lo vimos sin aspecto atrayente, despreciado y evitado de los hombres, como un hombre de dolores, acostumbrado a sufrimientos, ante el cual se ocultaban los rostros, despreciado y desestimado. Él soportó nuestros sufrimientos y aguantó nuestros dolores; nosotros lo estimamos leproso, herido de Dios y humillado; pero fue traspasado por nuestras rebeliones, triturado por nuestros crímenes. Nuestro castigo saludable cayó sobre él, sus cicatrices nos curaron. Todos errábamos como ovejas, cada uno siguiendo su camino; y el Señor cargó sobre él todos nuestros crímenes. Maltratado, voluntariamente se humillaba y no abría la boca: como cordero llevado al matadero, como oveja ante el esquilador, enmudecía y no abría la boca. Sin defensa, sin justicia, se lo llevaron, ¿quién se preocupará de su estirpe? Lo arrancaron de la tierra de los vivos, por los pecados de mi pueblo lo hirieron. Le dieron sepultura con los malvados y una tumba con los malhechores, aunque no había cometido crímenes ni hubo engaño en su boca. El Señor quiso triturarlo con el sufrimiento, y entregar su vida como expiación: verá su descendencia, prolongará sus años, lo que el Señor quiere prosperará por su mano” (Is 53, 1-10).

El rostro personalizador por excelencia es el *Ecce homo*, el canon de humanidad, porque la vida se alcanza dándola, y la primacía se obtiene desde la ultimidad. Santa Teresa ponía sus ojos en Quien va por delante. “¡Oh, qué mal camino llevaba, Señor! Ya me parece iba sin camino, si Vos no me tornarais a él, que en veros cabe mí, he visto todos los bienes. No me ha venido trabajo que, mirándoos a Vos cuál estuvisteis delante de los jueces, no se me haga bueno de sufrir. Con tan buen amigo presente, con tan buen capitán que se puso en lo primero en el padecer, todo se puede sufrir: es ayuda y da esfuerzo; nunca falta; es amigo verdadero” (*Vida* 22,6).

En definitiva, es la pro-existencia, la entrega de la propia vida en favor de los otros como gesto magnánimo, a ejemplo de Jesús. Santa Teresa lo descubre y se enamora de la sacratísima Humanidad, y enamorada, emprende el camino detrás de la hermosura sublime del más bello de los hombres (Sal 45,3).

“¡Oh hermosura que excedéis a todas las hermosuras!
Sin herir dolor hacéis, y sin dolor deshacéis,
el amor de las criaturas.
Oh ñudo que así juntáis dos cosas tan desiguales,
no sé por qué os desatáis, pues atado fuerza dais
a tener por bien los males.
Juntáis quien no tiene ser con el Ser que no se acaba;

sin acabar acabáis, sin tener que amar amáis,
engrandecéis nuestra nada”.

Santa Teresa de Jesús, *Poesías* 6

EL ROSTRO MISERICORDIOSO

Cuando nos disponemos a contemplar las obras de misericordia, fijémonos en el que es la revelación suprema de las entrañas de Dios para poder reproducir en nosotros el movimiento compasivo.

Jesucristo desciende al fondo del río Jordán, y después de ponerse en la fila de los pecadores, escucha la voz del cielo, proclamándolo Hijo amado de Dios. El abajamiento será ensalzado y el que se despojó de su rango y tomó la condición de pecador, será levantado. El descenso se hace misericordia; el pecador atrae la salvación; la pequeñez y la humillación se convierten en humildad transformadora, como sucedió con Zaqueo.

El papa Francisco, en la homilía de la misa de clausura de la Jornada Mundial de Jóvenes de Cracovia, escogió el texto de la conversión de Zaqueo como estímulo para los jóvenes. “En Jericó, tiene lugar el encuentro más sorprendente, el encuentro con Zaqueo, jefe de los «publicanos», es decir, de los recaudadores de impuestos. Así que Zaqueo era un rico colaborador de los odiados ocupantes romanos; era un explotador de su pueblo, uno que debido a su mala fama no podía ni siquiera acercarse al Maestro. Sin embargo, el encuentro con Jesús cambió su vida, como sucedió, y cada día puede suceder, con cada uno de nosotros. Pero Zaqueo tuvo que superar algunos obstáculos para encontrarse con Jesús: al menos tres, que también pueden enseñarnos algo a nosotros. El primero es la *baja estatura*: Zaqueo no conseguía ver al Maestro, porque era bajo. También nosotros podemos hoy caer en el peligro de quedarnos lejos de Jesús porque no nos sentimos a la altura, porque tenemos una baja consideración de nosotros mismos. Esta es una gran tentación, que no solo tiene que ver con la autoestima, sino que afecta también a la fe. Porque la fe nos dice que somos «hijos de Dios, pues ¡lo somos!» (1Jn 3,1): hemos sido creados a su imagen; Jesús hizo suya nuestra humanidad y su corazón nunca se separará de nosotros; el Espíritu Santo quiere habitar en nosotros; estamos llamados a la alegría eterna con Dios. Esta es nuestra «estatura», esta es nuestra identidad espiritual: somos los hijos amados de Dios, siempre.

Entendéis entonces que no aceptarse, vivir infelices y pensar en negativo significa no reconocer nuestra identidad más auténtica: es como darse la vuelta cuando Dios quiere fijar sus ojos en mí; significa querer impedir que se cumpla su sueño en mí. Dios nos ama tal como somos, y no hay pecado, defecto o error que lo haga cambiar de idea. Para Jesús –nos lo muestra el Evangelio–, nadie es inferior y distante, nadie es insignificante, sino que

todos somos predilectos e importantes: ¡Tú eres importante! Y Dios cuenta contigo por lo que eres, no por lo que tienes: ante Él, nada vale la ropa que llevas o el teléfono móvil que utilizas; no le importa si vas a la moda, le importas tú. A sus ojos, vales, y lo que vales no tiene precio”.

Jesús pasa camino de Jerusalén y se detiene a comer con un publicano pecador. En este camino se ubica la parábola del buen samaritano, texto emblemático para saber quién es el prójimo y practicar la misericordia con él. Jericó es sinónimo de conversión; allí Zaqueo resuelve cambiar de vida; el ciego, de postrado se pone en pie y sigue los pasos de Jesús. La ciudad más baja de la tierra nos trae a la memoria cómo por su fe los ciegos recobraron la vista; el agua se convierte en misericordia; allí bautizaba Juan el Precursor un bautismo de conversión. El hundido en su miseria se levanta y se convierte en discípulo de Jesús.

Ante lo que significa Jericó se puede entonar el cántico de María: “El Señor derriba a los poderosos y enaltece a los humildes”; el humillado es exaltado, el pecador es perdonado, el invidente es curado; los pobres, los marginados, los despreciados son bienaventurados.

³ *Misericordiae Vultus*, 8.

⁴ *Tratado sobre el perfecto modelo del cristiano*. (PG 46, 254-255). Liturgia de las Horas, lunes de la semana XII. Tiempo ordinario.

⁵ Palacios, L.-E., *El rostro y su anulación*, Martín, Madrid 1982, 7.

⁶ Lévinas, E., *Humanismo del otro hombre*, Caparrós, Madrid 1993, 108.

⁷ Palacios, L.-E., Ob. cit., 5.

⁸ Carta IV a santa Inés de Praga.

⁹ Urbietta, J. R., *Acompañamiento de los jóvenes, construir la identidad personal*, PPC, Madrid 1996, 104.

¹⁰ *Evangelii Gaudium*, 83.

¹¹ San Juan de la Cruz, *Llama de amor viva*, 1-6.

¹² Ratzinger, J., “Chi ha visto me ha visto il Padre” (Gv 14,9) “Il volto di Cristo nella Sacra Scrittura”, en AA. VV, *Il volto dei volti: Cristo V*, 2001, 12.13.

¹³ Santa Teresa de Jesús, *Moradas VII*, 2,8.

¹⁴ Juan Pablo II, *Redemptor Hominis*, 8.

DAR DE COMER AL HAMBRIENTO

“Venid, benditos de mi Padre, porque tuve hambre y me disteis de comer” (Mt 25,34-35).

“Bienaventurados los hambrientos, porque ellos serán saciados” (Mt 5,6).

Al iniciar el recorrido del camino de la misericordia, que se hace visible en el ejercicio de las obras corporales y espirituales de misericordia, nos encontramos con la necesidad de comprender el significado de las palabras. Sin eludir su sentido literal, desde una lectura sapiencial y contextual se puede comprender más profundamente el discurso de san Mateo.

Como itinerario más pedagógico, nos detendremos a considerar los términos esenciales de cada una de las obras de misericordia; en este caso, nos detendremos en los posibles sentidos de la palabra “hambre” y de la palabra “pan”.

EL HAMBRE, PROBLEMA SOCIAL

No hay duda de que no debemos glosar la llamada ante la necesidad más dramática, cuando no se tiene qué comer, ni debemos evadirnos del escándalo que supone el hambre en el mundo. Es la obra más existencial y ante la que surgen preguntas escandalosas: el hambre, la injusticia, el escándalo, la negligencia o la bendición, ¿son momentos de gracia? La necesidad de pan, ¿es prueba de la existencia divina o razón de ateísmo?

Una primera valoración del hambre nos lleva a interpretar que puede significar desgracia, maldición, consecuencia del egoísmo, fruto del desorden moral. La Biblia relaciona la escasez de alimentos con el pecado: “Dios le dijo a Adán: «Por haber hecho caso a tu mujer y haber comido del árbol del que te prohibí, maldito el suelo por tu culpa: comerás de él con fatiga mientras vivas; brotarán para ti cardos y espinas, y comerás hierba del campo. Comerás el pan con sudor de tu frente, hasta que vuelvas a la tierra, porque de ella fuiste sacado; pues eres polvo y al polvo volverás»” (Gn 3,17-19). En este mismo sentido, la infidelidad conduce a la esclavitud, y esta a la precariedad y al hambre; así lo describe la parábola del “hijo pródigo” (Lc 15), y el mismo evangelista señala como señal apocalíptica: “Entonces les decía: «Se alzarán pueblo contra pueblo y reino contra reino, habrá grandes terremotos, y en diversos países, hambres y pestes»” (Lc 21,10-11). “¡Ay de vosotros, los que estáis saciados, porque tendréis hambre!” (Lc 6,25).

Una segunda visión, sin embargo, relaciona a los hambrientos con la gracia

y la bendición. María canta: “A los hambrientos los colma de bienes” (Lc 1,53). Y Jesús nos sorprende concediendo el título de bienaventurados a “los que tienen hambre y sed de la justicia” (Mt 5,6). Aunque no se trate de un hambre material, hay quien interpreta esta bienaventuranza desde la primera, que dice: “Bienaventurados los pobres” en el más estricto sentido literal, y desde ahí “bienaventurados los hambrientos”, pero creo que esta acepción es un reduccionismo y no evita la exigencia de compartir. Recordemos cuando el Maestro, en el momento en el que fue tentado, respondió: “No solo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios” (Mt 4,4).

Una tercera referencia se abre ante el significado más amplio de los términos “hambre” y “pan”. Hay muchas hambres, y no todas de pan, ante las que deberemos ser solidarios. Desde este contraste, podemos preguntarnos: ¿De qué hambre y de qué pan se trata en un contexto bíblico más amplio, cuando escuchamos la llamada de dar pan al hambriento?

MOTIVO DE GRACIA

La parábola del “hijo pródigo” hace inflexión precisamente cuando describe que el hijo menor, en su periplo vagabundo, sufre hambre, llega a la mayor indigencia, y al ver comer a los puercos, recuerda el pan que comen en su casa paterna los criados. Este pensamiento le mueve a levantarse y a volver a la casa de su padre. “Cuando lo había gastado todo, vino por aquella tierra un hambre terrible, y empezó a pasar necesidad. Fue entonces y se contrató con uno de los ciudadanos de aquel país que lo mandó a sus campos a apacentar cerdos. Deseaba saciarse de las algarrobas que comían los cerdos, pero nadie le daba nada. Recapacitando entonces, se dijo: «Cuántos jornaleros de mi padre tienen abundancia de pan, mientras yo aquí me muero de hambre. Me levantaré, me pondré en camino adonde está mi padre»” (Lc 15,13-18).

¡Cuántas veces una situación extrema hace pensar más profundamente y tomar resoluciones importantes! Desde esta perspectiva, pasado el tiempo, se reconoce que la crisis, la tentación y la prueba fueron detonantes de gracia, por las decisiones que se tomaron cuando todo parecía sin remedio. Y cabe experimentar el salmo: “Dichoso a quien auxilia el Dios de Jacob, el que espera en el Señor, su Dios, que hizo el cielo y la tierra, el mar y cuanto hay en él; que mantiene su fidelidad perpetuamente, que hace justicia a los oprimidos, que da pan a los hambrientos” (Sal 145, 5-6).

HAMBRE DE SENTIDO

El Evangelio escenifica una secuencia en la que se describe a la multitud como ovejas sin pastor. “Al ver a las muchedumbres, se compadecía de ellas, porque estaban extenuadas y abandonadas, «como ovejas que no tienen pastor»” (Mt 9,36). Y el cuarto Evangelio coloca la escena en verdes

praderas. “Había mucha hierba en aquel sitio. Se sentaron; solo los hombres eran unos cinco mil. Jesús tomó los panes, dijo la acción de gracias y los repartió a los que estaban sentados, y lo mismo todo lo que quisieron del pescado. Cuando se saciaron, dice a sus discípulos: «Recoged los pedazos que han sobrado; que nada se pierda». Los recogieron y llenaron doce canastos con los pedazos de los cinco panes de cebada que sobraron a los que habían comido” (Jn 6,10-13). Este pasaje encierra muchos significados. Además de revelar las entrañas misericordiosas de Jesús, revela la necesidad de la multitud de escuchar al Maestro, hasta el extremo de olvidarse de comer.

JESÚS TIENE HAMBRE

Hay dos pasajes en los Evangelios en los que Jesús se muestra con sed y con hambre. Ante la samaritana (Jn 4), Jesús expresa su sed. Sin embargo, no es sed de agua, pues quien pide de beber se presenta como manantial de agua viva. Y en vísperas de su Pasión, a la vuelta de Betania, donde había pasado la noche en casa de sus amigos, dice el evangelista san Marcos, que Jesús “sintió hambre” (Mc 11,12-13). Extraña que, volviendo de la casa de sus amigos, donde era agasajado con tanto amor, el Maestro sintiera hambre, y aún más que se acercara a una higuera a ver si tenía higos cuando no era tiempo de que llevara fruto, y la maldijera. Estas escenas nos hacen comprender que el hambre y la sed de Jesús, y de tantos otros, no es solo material, sino hambre y sed de amor, hambre y sed de darse enteramente por amor. Desde ahí cabe interpretar las palabras del Maestro en la noche de la cena pascual. “Cuando llegó la hora, se sentó a la mesa y los apóstoles con Él y les dijo: «Ardientemente he deseado comer esta Pascua con vosotros, antes de padecer, porque os digo que ya no la volveré a comer hasta que se cumpla en el reino de Dios»” (Lc 22,14-16). El ansia puede indicar necesidad, hambre, pero en el caso de Jesús sobre todo indica el deseo de culminar la obra que el Padre Dios le ha encomendado. En otro pasaje, el Señor afirma: “Yo tengo para comer un alimento que vosotros no sabéis”. Los discípulos se decían unos a otros: «¿Le habrá traído alguien de comer?» Les dice Jesús: «Mi alimento es hacer la voluntad del que me ha enviado y llevar a cabo su obra»” (Jn 4,32-34).

Con las referencias señaladas, el hambre adquiere un significado más amplio que la necesidad física de comer o de tener algo que comer. Pero no se puede eludir la exigencia de compartir con los que tienen menos.

LA VOCACIÓN AL TRABAJO

Pareja a la posible necesidad vital de comer está la vocación esencial de trabajar y, en la medida de lo posible, de ganar el sustento con dignidad. “Dichoso el que teme al Señor y sigue sus caminos. Comerás del fruto de tu trabajo, serás dichoso, te irá bien” (Sal 127,1-2).

El Creador dio al hombre la facultad de administrar la tierra, de trabajarla y de hacerla producir, incluso antes de que se emancipara por el pecado de la voluntad divina. “Dijo Dios: «Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza; que domine los peces del mar, las aves del cielo, los ganados y los reptiles de la tierra». «Sed fecundos y multiplicaos, llenad la tierra y sometedla; dominad los peces del mar, las aves del cielo y todos los animales que se mueven sobre la tierra»” (Gn 1,26-28).

San Pablo ofrece el testimonio de su propia experiencia: “Recordad, hermanos, nuestros esfuerzos y fatigas; trabajando día y noche para no ser gravosos a nadie, proclamamos entre vosotros el Evangelio de Dios” (1Tes 2,9). “Bien sabéis que estas manos han bastado para cubrir mis necesidades y las de los que están conmigo. Siempre os he enseñado que es trabajando como se debe socorrer a los necesitados, recordando las palabras del Señor Jesús, que dijo: «Hay más dicha en dar que en recibir»” (Hch 20,34-35). Y el apóstol advierte a quienes se evaden de la tarea solidaria: “No vivimos entre vosotros sin trabajar, no comimos de balde el pan de nadie, sino que, con cansancio y fatiga, día y noche, trabajamos a fin de no ser una carga para ninguno de vosotros. No porque no tuviéramos derecho, sino para daros en nosotros un modelo que imitar. Además, cuando estábamos entre vosotros, os mandábamos que, si alguno no quiere trabajar, que no coma. Porque nos hemos enterado de que algunos viven desordenadamente, sin trabajar, antes bien metiéndose en todo. A esos les mandamos y exhortamos, por el Señor Jesucristo, que trabajen con sosiego para comer su propio pan” (2Tes 3,7-12).

DIOS MANDA COMPARTIR

Conviene que cada uno discierna la llamada concreta que tiene a compartir. En la ley de Moisés está la ley del jubileo: “Era una especie de «indulto general», con el cual se permitía a todos regresar a la situación originaria, con la cancelación de todas las deudas, la restitución de la tierra y la posibilidad de gozar de nuevo de la libertad propia de los miembros del pueblo de Dios. La idea central es que la tierra pertenece originalmente a Dios y ha sido confiada a los hombres (cf. Gn 1,28-29), y por eso ninguno puede atribuirse la posesión exclusiva, creando situaciones de desigualdad. Esto, hoy en día, podemos pensarlo y volverlo a pensar; cada uno en su corazón creo que tiene demasiadas cosas. Pero ¿por qué no dejar a quienes no tienen nada, el diez por ciento, el cincuenta por ciento...? Yo digo: que el Espíritu Santo os inspire a cada uno de vosotros”¹⁵. “El que procede con justicia y habla con rectitud: ese habitará en lo alto, tendrá su alcázar en un picacho rocoso, con abasto de pan y provisión de agua” (Is 33,15-16).

“DANOS HOY EL PAN DE CADA DÍA”

Jesús, cuando nos enseña a rezar, incluye la petición del pan cotidiano: “Cuando recéis, no uséis muchas palabras, como los gentiles, que se imaginan que por hablar mucho les harán caso. No seáis como ellos, pues vuestro Padre sabe lo que os hace falta antes de que lo pidáis. Vosotros orad así: «Padre nuestro que estás en el cielo, santificado sea tu nombre, venga a nosotros tu reino, hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo, danos hoy nuestro pan de cada día...»” (Mt 6,7-13).

Han sido muchos los santos que nos han dejado su reflexión sobre la oración del Padrenuestro, y en ella la petición concreta: “Danos hoy el pan de cada día”, súplica que implica el pan material para la subsistencia física, pero también el pan de la Palabra y de la Eucaristía. “Cuando decimos: Danos hoy nuestro pan de cada día entendemos que hoy significa el tiempo presente [esta vida nuestra, nuestra historia], para el cual pedimos nos conceda todo lo necesario, denominándolo con la palabra ‘pan’ como la parte más noble e importante de todo lo que necesitamos [para alimentar nuestra existencia de hijos]. O también decimos ‘pan’ para referirnos al sacramento de los fieles, que necesitamos en el tiempo pero no solamente para el mero bienestar temporal sino para la felicidad eterna”¹⁶.

JESÚS SE NOS DA COMO PAN

En una de las catequesis de san Cipriano encontramos la explicación al sentido del pan, que se pide en la oración del Padrenuestro: “El pan nuestro de cada día dánosle hoy. Esto puede entenderse en sentido espiritual o literal, pues de ambas maneras aprovecha a nuestra salvación. En efecto, el pan de vida es Cristo, y este pan no es solo de todos en general, sino también nuestro en particular. Pedimos que se nos dé cada día este pan, a fin de que los que vivimos en Cristo y recibimos cada día su eucaristía como alimento saludable no nos veamos privados, por alguna falta grave, de la comunión del pan celestial y quedemos separados del cuerpo de Cristo, ya que Él mismo nos enseña: Yo soy el pan que ha bajado del cielo; el que coma de este pan vivirá para siempre. Y el pan que yo daré es mi carne para la vida del mundo”¹⁷.

Santa Teresa enseña a sus monjas: “Pues visto el buen Jesús la necesidad, buscó un medio admirable adonde nos mostró el extremo de amor que nos tiene, y en su nombre y en el de sus hermanos pidió esta petición: «El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy, Señor»” (*Camino de perfección* 33, 2). “... que el habernos dado este pan sacratísimo para siempre, cierto lo tenemos. Su Majestad nos le dio –como he dicho– este mantenimiento y maná de la Humanidad, que le hallamos como queremos, y que si no es por nuestra culpa, no moriremos de hambre; que de todas cuantas maneras quisiere comer el alma hallará en el Santísimo Sacramento sabor y consolación. No hay necesidad ni trabajo ni persecución que no sea fácil de pasar, si comenzamos

a gustar de los suyos” (*Camino de perfección* 34,2).

El pan adquiere valor sacramental y nos evoca el don mayor de Jesús, entregado en la Eucaristía como alimento de necesidad y como banquete de fiesta.

JESÚS, PAN DE VIDA

En este contexto, Jesús se presenta como “Pan de Vida”, capaz de saciar el hambre. Creo que no solo se trata del hambre física, sino también del hambre de sentido, de trascendencia, de esperanza, de consuelo, de ternura. Cuando vemos a Jesús en el desarrollo de su misión, sorprende la reiteración del marco en el que tienen lugar sus diálogos más íntimos y transformadores. Con Nicodemo, con la Samaritana, con Mateo, en Betania... San Lucas, en las parábolas de la misericordia, introduce un elemento esencial, como es la comida, el pan, la cena, y hasta el banquete, y así se ve en la parábola del padre bueno, que abraza a su hijo, muerto de hambre por haber dilapidado la herencia, y lo invita a un banquete (Lc 15).

EL DON DE COMPARTIR LOS BIENES

Desde el principio, los cristianos tomaron como santo y seña el mandamiento nuevo, el mandamiento del amor, desde la resonancia de las palabras de Jesús: “Amaos los unos a los otros como yo os he amado”. De las primeras comunidades se cuenta en los Hechos de los Apóstoles: “Los creyentes vivían todos unidos y tenían todo en común; vendían posesiones y bienes y los repartían entre todos, según la necesidad de cada uno” (Hch 2,44).

Es una violencia permanente la mendicidad y hay que evitar fomentar las mafias que explotan a los más pobres, pero es contundente el texto: “Si alguno que posee bienes de la tierra, ve a su hermano padecer necesidad y le cierra su corazón, ¿cómo puede permanecer en él el amor de Dios?” (1Jn 3,17).

La exigencia de compartir no solo obliga a los que podemos tener una pertenencia afectiva; san Pablo nos indica: “Si tu enemigo tiene hambre, dale de comer; si tiene sed, dale de beber: actuando así amontonarás ascuas sobre su cabeza. No te dejes vencer por el mal, antes bien vence al mal con el bien” (Rm 12,19-21). Aún recuerdo una historia que me contaba una religiosa de Santa Ana, de cómo su madre le hacía llevar comida a la cárcel a los que habían matado a su padre, e incluso cabezas de cordero guisadas.

La obra de misericordia no admite glosa ni exégesis espiritual para librarse de la exigencia de trabajar y de compartir. San Pablo da testimonio de su empeño por hacer la colecta en favor de los pobres de Jerusalén: “Pero ahora

voy a Jerusalén para el servicio de los santos, pues Macedonia y Acaya tuvieron a bien hacer una colecta para los pobres que hay entre los santos de Jerusalén. Tuvieron el gusto y además estaban obligados a ello; pues si los gentiles han compartido los bienes espirituales de los santos, ellos por su parte deben prestarles ayuda en lo material. Así pues, cuando haya concluido este asunto, sellándolo con la entrega del fruto de la colecta, pasaré entre vosotros de camino hacia España” (Rm 15,26-28). Y a los fieles de Corinto les escribe: “Sobre la colecta en favor de los santos, haced vosotros lo mismo que ordené a las iglesias de Galacia: que cada uno de vosotros aparte el primer día de la semana lo que haya podido ahorrar y que lo guarde; de este modo, no habrá que hacer colectas cuando yo vaya” (1Cor 16,1-2).

Hay una llamada de atención en relación con los alimentos si se acaparan o si se consumen con ansiedad o gula. La mente se mantiene despierta cuando se vive con cierta sobriedad. La mente se embota cuando se pierde la medida en el consumo y la degustación de los frutos de la tierra. “El hombre generoso será bendecido, pues comparte su pan con el pobre” (Prv 22,9). “Este es el ayuno que yo quiero: soltar las cadenas injustas, desatar las correas del yugo, liberar a los oprimidos, quebrar todos los yugos, partir tu pan con el hambriento, hospedar a los pobres sin techo, cubrir a quien ves desnudo y no desentenderte de los tuyos” (Is 58,6-7).

Debiéndose proveer lo suficiente para que nadie pase necesidad, también la bienaventuranza alcanza al modo en que nos alimentamos. La parábola del rico Epulón y del pobre Lázaro es una llamada de atención en nuestra cultura consumista (Lc 16,19-31).

DAR O DARSE

Normalmente interpretamos que dar de comer al hambriento significa un gesto generoso de dar de lo que tenemos a los que tienen mayor necesidad. Sin embargo, Jesús, que multiplicó el pan para saciar el hambre de la multitud, no se conformó con ese gesto magnánimo, sino que en él anticipó la entrega de Sí mismo. “«La obra de Dios es esta: que creáis en el que Él ha enviado». Le replicaron: «¿Y qué signo haces tú, para que veamos y creamos en ti? ¿Cuál es tu obra? Nuestros padres comieron el maná en el desierto, como está escrito: “Pan del cielo les dio a comer”». Jesús les replicó: «En verdad, en verdad os digo: no fue Moisés quien os dio pan del cielo, sino que es mi Padre el que os da el verdadero pan del cielo. Porque el pan de Dios es el que baja del cielo y da vida al mundo». Entonces le dijeron: «Señor, danos siempre de este pan». Jesús les contestó: «Yo soy el pan de vida. El que viene a mí no tendrá hambre, y el que cree en mí no tendrá sed jamás»” (Jn 6,29-35).

En la noche de la Pascua, Jesús llega a la máxima entrega y lo explicita dándose enteramente bajo los signos del pan partido y de la copa brindada: “Tomad y comed, esto es mi Cuerpo”. “Tomad y bebed, esta es mi Sangre”. Sin duda que, si el prójimo tiene hambre o sed, no se puede espiritualizar ni sublimar la circunstancia, y debe haber una respuesta histórica, real, práctica de compartir los bienes. Pero si Jesús, en la noche de la Cena, expresa de manera exacta la respuesta a las obras de misericordia, a la vez que se entrega enteramente en el pan y en el cáliz, dar de comer y de beber no solo se limita a dar pan o agua, sino a darse uno a sí mismo.

Es relativamente cómodo dar una limosna, dar de lo que se tiene; pero mirando el gesto de Jesús, la exigencia y la vocación cristianas implican dar la vida. El hambre y la sed son imágenes de lo que es necesario para vivir, y con ello se nos está pidiendo la entrega total en favor de los que pueden sufrir no solo hambre física, sino desesperanza, sinsentido.

DARSE A SÍ MISMO

¿Dónde queda la indigencia, si nos consideramos invitados al banquete pascual? Los panes de Melquisedec; la hospitalidad de Abrahán a los huéspedes que le visitaron en Mambré; el banquete de bendición de Isaac; los graneros de José; el maná durante la travesía del Éxodo; la tierra que mana leche y miel; el banquete de bodas, todos son pasajes que desbordan la posible menesterosidad.

El cenáculo, Emaús, la ribera del lago de Galilea son testigos de almuerzos o de cenas con el Señor. ¿Quién puede decir que tenga hambre y no sea provisto? ¿A quién le puede asaltar el desfallecimiento, si acepta la invitación de Jesús?

Jesús no solo ha llevado al herido a la posada, no solo se ha invitado a casa de Mateo, de Zaqueo, de Marta y María para dar el mensaje de su cercanía, sino que Él mismo se ha hecho pan, Él mismo es quien se ofrece perpetuamente como pan partido. En la cena del día de la Pascua, y en cada una de las apariciones, después de su resurrección, aparece la centralidad de una comida, con significado sacramental y eucarístico. “A tu pueblo, en cambio, lo alimentaste con manjar de ángeles, y les mandaste desde el cielo un pan preparado sin esfuerzo, lleno de toda delicia y grato a cualquier gusto” (Sab 16,20).

CONTEMPLACIÓN

La adoración de las especies sacramentales compromete; en el pan y en el vino consagrados se nos muestra y se nos entrega Jesucristo hecho ofrenda, sacrificio, a la vez que resucitado.

La contemplación de las especies sacramentales nos llama a sentir, en el sacramento que miramos, la llamada a darnos como pan, como alimento, bien en extrema necesidad, bien en fiesta y banquete. No solo como respuesta de emergencia, sino como actitud permanente, pues el Señor permanece allí, en el pan y en el vino.

Comer y beber del sacramento eucarístico es convertirse en aquello mismo que se recibe, y por tanto, en hambrientos y sedientos que se transforman en donantes generosos, que se dan enteramente a sí mismos.

Somos lo que comemos. Nos alimentamos del Pan de Vida, deberemos entregarnos como pan, con todos los significados del pan. No solo porque damos de comer o compartimos los bienes, sino porque, como Jesús, nos entregamos a nosotros mismos.

¹⁵ Papa Francisco, audiencia, 10 de febrero, 2016

¹⁶ San Agustín, *carta a Proba*, en *Obras*, XI, BAC, Madrid 1953, 75.

¹⁷ San Cipriano. *Sobre el Padrenuestro*, 23-24: CSEL 3, 284-285. Liturgia de la Horas, jueves de la semana XI. Tiempo ordinario.

DAR DE BEBER AL SEDIENTO

“Venid, benditos de mi Padre, porque tuve sed y me disteis de beber” (Mt 25,35).

“Bienaventurados los que tienen sed de justicia, porque ellos serán saciados” (Mt 5,6).

SENTIDO DE LA SED

Al igual que en el capítulo anterior hemos reflexionado sobre el significado del hambre y del pan, en esta otra obra de misericordia, en la que se nos indica el deber de dar de beber al sediento, contemplamos el sentido que tienen en la Biblia la sed y el agua, para poder aplicar a nuestra vida tanto el mandato de dar un vaso agua como la bienaventuranza que se otorga al sediento de justicia.

En un contexto bíblico, el término sed se interpreta en un sentido más amplio que el literal. La sed es una de las imágenes más realistas para expresar la actitud del que busca, anhela, desea algún bien o manifiesta alguna necesidad urgente. En el texto sagrado, significa sobre todo el deseo de encontrar el sentido de la vida, la razón de existir, el horizonte de la historia, el amor, la experiencia de Dios, sin escamotear la exigencia solidaria ante quien sufre las necesidades más elementales, comprendidas en el hambre y en la sed.

La sed y el agua se aúnan en la Historia de Salvación para enmarcar la acción providente de Dios, quien acude siempre a auxiliar a su pueblo en cualquier emergencia que padece. Precisamente, muchas de las profecías mesiánicas se describen con las imágenes del desierto que se convierte en manantial, o el yermo que se hace jardín. “Han brotado aguas en el desierto y corrientes en la estepa. El páramo se convertirá en estanque, el suelo sediento en manantial” (Is 35,6-7). Con estas resonancias nos abrimos a una comprensión más amplia del significado que tienen la sed y el agua, pues cabe que reflejen situaciones existenciales límite, y también el rastreo teológico y la búsqueda enamorada.

CRISIS EXISTENCIAL

Uno de los relatos más emblemáticos de la Biblia es el que narra la travesía de Israel por el desierto, cuando el pueblo sediento se solivianta, critica a Moisés e incluso a Dios, y los acusa de haberlo sacado de Egipto para matarlo de sed (Ex 17,2-7; 17,3-6). En este caso, la sed describe la situación límite, desesperada, que puede producir desconfianza, miedo, angustia y rebeldía. En

el momento en que se padece la prueba, la misma necesidad bloquea la memoria y totaliza la percepción de la realidad. Para el sediento no existe otro horizonte ni vale otro recuerdo que el deseo de encontrar agua. “Padre Abrahán, ten piedad de mí y manda a Lázaro que moje en agua la punta del dedo y me refresque la lengua, porque me torturan estas llamas”. Pero Abrahán le dijo: “Hijo, recuerda que recibiste tus bienes en vida, y Lázaro, a su vez, males: por eso ahora él es aquí consolado, mientras que tú eres atormentado” (Lc 16,24-25). Es frecuente caer en la impaciencia, y hasta en el desespero cuando se sufren situaciones semejantes a lo que significa tener la lengua pegada al paladar por la sed. Es emblemática la pérdida de la primogenitura de Esaú que, exhausto, se la vendió a su hermano Jacob por un plato de lentejas. “Esaú dijo a Jacob: «Dame un bocado de ese potaje rojo, pues estoy agotado». Por eso se le llamó Edóm. Jacob respondió: «Véndeme ahora mismo tus derechos de primogenitura». Esaú replicó: «Estoy a punto de morir, ¿de qué me sirve la primogenitura?». Jacob le dijo: «Júramelo ahora mismo». Él se lo juró, y vendió a Jacob su derecho de primogenitura. Entonces Jacob dio a Esaú pan y potaje de lentejas. Él comió y bebió; luego se levantó y se fue. Así menospreció Esaú sus derechos de primogenitura” (Gn 25,30-34).

FRUTO DE INFIDELIDAD

La parábola del evangelista san Lucas del rico que, condenado, sufre sed como efecto de su conducta egoísta, puede leerse en correspondencia con el pasaje bíblico en el que Israel, infiel con quien se le ha declarado su Dios, sufre los efectos de su idolatría en forma de sed. “Por no haber servido al Señor, tu Dios, con alegría y gratitud, en total abundancia, servirás a los enemigos que el Señor mandará contra ti, en hambre y sed” (Dt 28,47-48). Los profetas emplean las mismas imágenes para denunciar la infidelidad: “Por eso mi pueblo es deportado, porque no comprende, los notables mueren de hambre, la muchedumbre se abrasa de sed” (Is 5,11-13). “Una doble maldad ha cometido mi pueblo: me abandonaron a mí, fuente de agua viva, y se cavaron aljibes, aljibes agrietados que no retienen agua. ¿Era un esclavo Israel o había nacido siervo?” (Jr 2,11-14). Por el contrario, el hombre fiel es como el árbol plantado junto a la corriente, que no teme el tiempo de sequía. “Bendito quien confía en el Señor y pone en el Señor su confianza. Será un árbol plantado junto al agua, que alarga a la corriente sus raíces; no teme la llegada del estío, su follaje siempre está verde; en año de sequía no se inquieta, ni dejará por eso de dar fruto” (Jr 17,7-8).

EXPERIENCIA LÍMITE

El desierto, la tierra inhóspita, el padecimiento de sed física y de sentido, son referencias utilizadas por el autor sagrado para señalar circunstancias de

extrema gravedad, como el pecado de Adán y de Eva, por el que fueron arrojados del paraíso, lugar donde corría hacia los cuatro lados el manantial. Por su desobediencia debieron afincarse en tierra yerma, de espinas y abrojos. De parecida manera se narra la historia de Israel, el pueblo de Dios, que durante cuarenta años debió avanzar hacia la tierra de la promesa, y en la travesía varía constantemente entre la infidelidad, con efectos de la sed, y la intervención providente divina, que le socorre. El salmista refleja la dialéctica de la sed y del agua, para narrar el itinerario del creyente: “Recuerdo los tiempos antiguos, medito todas tus acciones, considero las obras de tus manos y extendiendo mis brazos hacia ti: tengo sed de ti como tierra reseca” (Sal 142,5-7).

A veces hay que llegar al extremo del abismo para poder ser testigo de lo que Dios nos concede por gracia. Por la sed busca la cierva el manantial. “Como busca la cierva corrientes de agua, así mi alma te busca a ti, Dios mío; mi alma tiene sed de Dios, del Dios vivo” (Sal 41,2-3). El salmista aplica esta imagen bellísima a quienes tienen sed de Dios, la sed más esencial. El poeta Luis Rosales llega a vislumbrar el camino auténtico, gracias al imperativo de la sed: “De noche iremos, de noche, que para encontrar la fuente solo la sed nos alumbra”.

ANGUSTIA

En las Sagradas Escrituras se narran diversas historias en las que se alude a situaciones de angustia, descritas como padecimiento de sed, para señalar el auxilio providente del cielo en momentos tan críticos. “La palabra del Señor llegó entonces a Elías diciendo: «Levántate, vete a Sarepta de Sidón y establécete, pues he ordenado a una mujer viuda de allí que te suministre alimento». Se alzó y fue a Sarepta. Traspasaba la puerta de la ciudad en el momento en el que una mujer viuda recogía por allí leña. Elías la llamó y le dijo: «Tráeme un poco de agua en el jarro, por favor, y beberé». Cuando ella fue a traérsela, él volvió a gritarle: «Tráeme, por favor, en tu mano un trozo de pan»” (1Re 17,8-11).

Sediento anda el pobre, el peregrino, el indigente, el profeta, el desplazado, el que sin techo ni hogar cruza la existencia dependiendo de los otros. Sedientos llaman a nuestra puerta el mendigo y el vagabundo que, a veces, desheredados de la buena fama y del prestigio, reciben por respuesta el insulto de “malhechores”. Sediento y extenuado llega a casa el trabajador, que a veces no tiene, en estas horas de soledades y de familias rotas, la voz amiga que le ofrezca reposo y alimento, circunstancias que pueden verse reflejadas en la desolación del profeta. “Entonces Elías tuvo miedo, se levantó y se fue para poner a salvo su vida. Llegó a Berseba de Judá y allí dejó a su criado. Luego anduvo por el desierto una jornada de camino, hasta que, sentándose

bajo una retama, imploró la muerte diciendo: «¡Ya es demasiado, Señor! ¡Toma mi vida, pues no soy mejor que mis padres!». Se recostó y quedó dormido bajo la retama, pero un ángel lo tocó y dijo: «Levántate y come». Miró alrededor y a su cabecera había una torta cocida sobre piedras calientes y un jarro de agua. Comió, bebió y volvió a recostarse. El ángel del Señor volvió por segunda vez, lo tocó y de nuevo dijo: «Levántate y come, pues el camino que te queda es muy largo». Elías se levantó, comió, bebió y, con la fuerza de aquella comida, caminó cuarenta días y cuarenta noches hasta el Horeb, el monte de Dios” (1Re 19,3-8).

NECESIDAD DE DIOS

No siempre la sed significa una necesidad material ni una situación de angustia por acoso de circunstancias materiales. Cabe, como describe san Agustín, estar sediento de amor, del amor mayor. “Llamaste y clamaste, y rompiste mi sordera; brillaste y resplandeciste, y curaste mi ceguera; exhalaste tu perfume y respiré, y suspiro por ti; gusté de ti, y siento hambre y sed, me tocaste, y abraséme en tu paz” (*Confesiones* X, 27,38). Se trata de la sed de Dios, la nostalgia de sentido, la necesidad de trascendencia, sentimientos semejantes al de la sed física. “Extiendo mis brazos hacia ti: tengo sed de ti como tierra reseca” (Sal 142,5).

Hay que llegar a sentir el secarral, la lengua pegada al paladar –“mi garganta está seca como una teja, la lengua se me pega al paladar” (Sal 22,16)–, para quizá gritar, buscar, madrugar, hasta encontrar el agua que sacia, que no es otra que el sentido de la vida, Dios mismo. “Oh Dios, tú eres mi Dios, por ti madrugo, mi alma está sedienta de ti; mi carne tiene ansia de ti, como tierra reseca, agostada, sin agua” (Sal 62,2).

SED DE AMOR

En la Biblia, las escenas en las que se cruzan la sed y el agua son reveladoras de alianza. Isaac encontró esposa junto a un pozo: “Cuando llegué hoy a la fuente, dije: «Señor, Dios de mi amo Abraham, si quieres dar éxito al viaje que he emprendido, aquí estoy junto a la fuente; la muchacha que salga a sacar agua y yo le diga: «Dame de beber un poco de agua de tu cántaro», y ella me responda: «Bebe tú y sacaré también para tus camellos», esa será la mujer que el Señor destina para el hijo de mi amo». Apenas había acabado yo de hablar para mis adentros, cuando salía Rebeca con su cántaro al hombro. Bajó a la fuente, sacó agua y le dije: «Por favor, dame de beber»” (Gn 24,42-45). Una escena similar la tenemos en el libro del Éxodo, cuando se alude a la boda de Moisés. “«Un egipcio nos ha librado de los pastores, nos ha sacado agua y ha abrevado el rebaño». Dijo él a sus hijas: «¿Dónde está?, ¿cómo lo habéis dejado marchar? Llamadlo para que venga a comer». Moisés accedió a

vivir con aquel hombre, que le dio a su hija Séfora por esposa” (Ex 2,19-22). Y en el libro de Rut encontramos los mismos elementos para describir el encuentro entre Booz y la moabita: “Quédate junto a mis criados. Fíjate dónde siegan los hombres y ve detrás de ellos. He mandado que no te molesten. Cuando tengas sed, bebe de los cántaros que ellos han llenado” (Rut 2,8). Todas estas circunstancias, leídas desde la perspectiva del Nuevo Testamento, se convierten en profecía que anticipa el relato en el que Jesucristo se ofrece como manantial de agua viva, y culmina su desposorio con la humanidad, cuando le atravesen el costado con la lanza, al igual que golpearon la roca con la vara. Con estas resonancias, el texto evangélico en el que Jesús dialoga con la mujer samaritana (Jn 4) revela la extensión de la alianza con el pueblo samaritano. Dios ama por igual tanto a judíos como a samaritanos, y la sed de Jesús no es otra que el deseo de amor de todo ser humano. En este contexto, el grito “tengo sed” del Crucificado adquiere un significado mucho más profundo y extenso que la expresión de necesitar el alivio de unas gotas de agua. De hecho, Jesús en la cruz, rechazó lo que le ofrecieron como respuesta a su grito de angustia.

LA SED DE JESÚS

La soledad, el exilio, la experiencia de vacío, el límite de las fuerzas, la angustia, el dolor de la infidelidad se convierten en detonante, a la manera de la sed, para abrirse a la esperanza de encontrar alivio.

Jesús, como un hombre cualquiera, atravesó los sembrados, dejó que los suyos comieran espigas, y le juzgaron infiel; pasó sed, pidió de beber, y se le respondió: “judío”. Se nos presenta sediento, en un gesto de compartir hasta el extremo nuestra humanidad, y le llamaron “comilón y borracho”. Sin resentimiento, nos dejó como alianza el pan partido y la copa brindada. Extenuado, entre la hora de sexta y la de nona, crucificado, pidió de beber, y le concedieron para alivio hiel y vinagre. “En mi comida me echaron hiel, para mi sed me dieron vinagre” (Sal 68,22). Gritó desde la cruz: “Tengo sed” y le atravesaron el pecho, y al punto de su costado brotó sangre y agua.

Extraña paradoja, el Hacedor de todo nos provee de lluvia temprana y tardía, y ante su sed, nosotros le devolvemos hiel y vinagre.

SIGNIFICADO DEL AGUA

Si hay una imagen remecida de sentido en las Sagradas Escrituras es la del agua. Desde el relato de la creación hasta el final de la entrega de Cristo en la cruz, el manantial se convierte en provisión divina. “En Edén nacía un río que regaba el jardín, y allí se dividía en cuatro brazos” (Gn 2,10). Moisés fue salvado de las aguas; a Elías, el ángel del Señor le ofreció agua para beber; Ezequiel narra la parábola del manantial que nace del lado derecho del

santuario (Ez 47,1); el agua está presente, según hemos señalado, en los pactos matrimoniales de Isaac, Jacob, Moisés, Rut...

El agua es vida. “En ambas riberas del torrente crecerá toda clase de árboles frutales; no se marchitarán sus hojas ni se acabarán sus frutos; darán nuevos frutos cada mes, porque las aguas del torrente fluyen del santuario; su fruto será comestible y sus hojas medicinales” (Ez 47,1-12; Jr 17,8).

El agua es señal de confianza, su abundancia es tomada para describir al hombre justo, a quien guarda la ley del Señor y cumple sus mandatos: “Bendito quien confía en el Señor y pone en el Señor su confianza. Será un árbol plantado junto al agua, que alarga a la corriente sus raíces; no teme la llegada del estío, su follaje siempre está verde; en año de sequía no se inquieta, ni dejará por eso de dar fruto” (Jr 17,7-8). El justo es el que confía en el Señor. “Abriré un camino en el desierto, corrientes en el yermo. Me glorificarán las bestias salvajes, chacales y avestruces, porque pondré agua en el desierto, corrientes en la estepa, para dar de beber a mi pueblo elegido, a este pueblo que me he formado para que proclame mi alabanza” (Is 43,19-21).

La fuente, el río, el manantial, el pozo, el aljibe, el cántaro, las tinajas, el vaso, son referencias que apuntan de manera alegórica al costado de Cristo. “El que bebe de esta agua vuelve a tener sed; pero el que beba del agua que yo le daré nunca más tendrá sed: el agua que yo le daré se convertirá dentro de él en un surtidor de agua que salta hasta la vida eterna” (Jn 4,13-14), y sacia de favores a todo viviente. “Oíd, sedientos todos, acudid por agua; venid también los que no tenéis dinero: comprad trigo y comed, venid y comprad, sin dinero y de balde, vino y leche” (Is 55,1).

Se interpreta como provisión divina el agua a su tiempo, en forma de lluvia o de manantial, en el momento de necesidad: “En las generaciones pasadas, permitió que cada pueblo anduviera por su camino; aunque no ha dejado de dar testimonio de sí mismo con sus beneficios, mandándoos desde el cielo la lluvia y las cosechas a sus tiempos” (Hch 14,16-17). “Los pobres y los indigentes buscan agua, y no la encuentran; su lengua está reseca por la sed. Yo, el Señor, les responderé; yo, el Dios de Israel, no los abandonaré. Haré brotar ríos en cumbres desoladas, en medio de los valles, manantiales; transformaré el desierto en marisma y el yermo en fuentes de agua” (Is 41,17-18). “Hiciste manar agua de una roca para calmar su sed y les mandaste que tomaran posesión del país que, con la mano alzada, habías jurado darles” (Neh 9,15). “Calmó el ansia de los sedientos y a los hambrientos los colmó de bienes (Sal 106,5-9).

Se considera que la rogativa y la súplica al cielo en tiempos de sequía han sido escuchadas cuando vuelve a llover, y se agradece la prodigalidad divina,

que hace llover sobre justos e injustos (Mt 5,45): “Tuvieron sed y te invocaron: de una roca escarpada se les dio agua y de una piedra dura remedio para su sed. Lo que sirvió de castigo para sus enemigos fue para ellos una ayuda en la necesidad. En lugar de la corriente constante de un río, enturbiado por una mezcla de sangre y barro –castigo por su decreto infanticida–, les diste agua abundante sin esperarlo, mostrándoles por la sed que pasaron, cómo habías castigado a sus adversarios” (Sab 11,4-8).

Atributo universal del agua es la purificación que proporciona tanto a objetos como a personas. El agua está vinculada a ritos de iniciación religiosa, como el bautismo en el cristianismo; en otras religiones se prescriben diversas abluciones necesarias para obtener la limpieza del cuerpo y del alma y poder así entrar en relación con Dios. El salmista canta: “Mira, en la culpa nací, pecador me concibió mi madre. Te gusta un corazón sincero y en mi interior me inculcas sabiduría. Rocíame con el hisopo: quedaré limpio; lávame: quedaré más blanco que la nieve” (Sal 50,7-9).

JESÚS, AGUA VIVA

El pasaje del Evangelio de san Juan adquiere un significado mayor que el de proveer de agua a la mujer que lleva el cántaro vacío (Jn 4,1-14). Jesús nos dejó como alianza el banquete de bodas, seis tinajas de agua hasta arriba convertidas en vino, su pecho traspasado, manantial que a borbotones hace salir sangre y agua que saltan hasta la vida eterna (Jn 2,5). La imagen del agua viva se opone al agua estancada, y el manantial es diferente al aljibe.

El Maestro, compasivo, y poniéndose en la piel de todos los sedientos, proclamó: “Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, que yo os aliviaré” (Mt 11,28). Pero no solo alivió nuestra sed material y física con una medida suficiente, sino que la respuesta de Jesús a nuestra sed desbordó todas nuestras expectativas. La viña infiel, que da agradones, se convierte en vid frondosa, en cepa fecunda, en vides remecidas de fruto, de uvas dulces, que se hacen vino añejo, el mejor vino, para el brindis de bodas, en signo de la entrega total de Jesucristo, cuando en la cena ofreció a los discípulos la copa de bendición.

Dar de beber agua al que tiene sed es remedio de necesidad. Dar de beber vino es gesto festivo. El agua aplaca la sed; el vino es respuesta a la necesidad de amor. El agua es un bien necesario, al que tienen derecho todos los humanos. El vino es un don gratuito. El agua lava las manchas, el vino alegra el corazón. El agua brota del manantial, el vino es fruto del trabajo y ofrenda de generosidad. El agua corre en los ríos, acequias, canales; el vino se guarda en odres, pellejos, toneles... Y se cuida con trabajo artesano.

El agua significa hospitalidad de urgencia; el vino es símbolo de relación

amiga. Del costado de Jesús brotó sangre y agua, remedio de primera necesidad, y ofrenda generosa y gratuita de donación total. Jesús se da como vida y como amor, como entrega gratuita y espléndida, donación total de Sí mismo.

Tantas veces la prueba se convierte después en el hito ungido grabado en la memoria, que al recordarlo infunde esperanza: “Erraban por un desierto solitario, no encontraban el camino de ciudad habitada; pasaban hambre y sed, se les iba agotando la vida; pero gritaron al Señor en su angustia y los arrancó de la tribulación. Los guió por un camino derecho para que llegaran a una ciudad habitada. Den gracias al Señor por su misericordia, por las maravillas que hace con los hombres. Calmó el ansia de los sedientos, y a los hambrientos los colmó de bienes” (Sal 106,4-9).

LLAMADOS A PROVEER

De manera semejante a la primera obra de misericordia, que implica solidaridad con los hambrientos, san Mateo une la necesidad del sediento y la llamada a satisfacer la sed de los que buscan agua. Si el hambre puede llegar a ser peligro de muerte, más peligro de muerte es la carencia de agua. El mismo evangelista pone en labios de Jesús la bienaventuranza que, entre los diversos títulos de bendición, está también la de padecer sed de justicia (Mt 5,6). Nada quedará sin recompensa, y nada es insignificante en el valor de la hospitalidad y prodigalidad. “Y el que os dé a beber un vaso de agua porque sois de Cristo, en verdad os digo que no se quedará sin recompensa” (Mc 9,41). “El que dé a beber, aunque no sea más que un vaso de agua fresca, a uno de estos pequeños, solo porque es mi discípulo, en verdad os digo que no perderá su recompensa” (Mt 10,42).

DARSE A BEBER

Jesús no solo nos da el alivio del agua para nuestra sed, sino que se da a Sí mismo. “El hombre generoso prosperará, quien alivia la sed será saciado” (Prov 11,25).

En este contexto, se comprende aún más la misericordia divina en el gesto de Jesús en la última Cena: “Tomad y bebed”; y en la hora suprema, su sed se convierte en manantial. En la noche en la que lo iban a entregar, en la cena de Pascua, “tomó el cáliz, pronunció la acción de gracias y dijo: «Bebed todos; porque esta es mi sangre de la alianza, que es derramada por muchos para el perdón de los pecados. Y os digo que desde ahora ya no beberé del fruto de la vid hasta el día que beba con vosotros el vino nuevo en el reino de mi Padre»” (Mt 26,27-29).

¿Te atreverás a dar de beber, a darte de beber?

ORACIÓN

Dios todopoderoso y eterno, de quien procede todo bien, manifestado en la humanidad de Jesús, tu Unigénito, que fue entregado a la cruz, herido por nuestros pecados, por amor a todos los hombres. Concédenos recibir de la fuente divina del costado abierto de nuestro Salvador la inagotable abundancia de gracia de tu misericordia y de tu perdón, y la fuerza de ser en medio del mundo un oasis que refresque el ansia de todos los sedientos que te buscan a ti, aun sin saberlo. Por Jesucristo nuestro Señor.

ESTUVE DESNUDO Y ME VESTISTE

“Venid, benditos de mi Padre, porque estuve desnudo y me vestisteis” (Mt 25,35).

“Bienaventurados seréis cuando os injurien y os persigan y digan con mentira toda clase de mal contra vosotros por mi causa” (Mt 5,11).

Si en el caso del hambre y del pan, de la sed y del agua nos hemos sorprendido al contemplar la extensión del significado que contienen esos términos en las Sagradas Escrituras, aún es mayor la amplitud del sentido que tienen en la Biblia los términos “desnudo” y “vestido”. Tanto el desnudo como el vestido tienen en los textos sagrados significados muy ricos, mucho más amplios que el de una pieza de abrigo, muchas veces usada, que se da a quien carece de ropa.

Al rastrear los contextos en los que se citan pasajes extremadamente dramáticos, representados por la figura del desnudo, se comprende aún más la hondura del significado de la desnudez por una parte y por otra parte de la vestimenta, y de devolver no solo el manto a quien está despojado de todo, sino también el honor a quien lo ha perdido o se lo han arrebatado.

Si se tiene en cuenta el texto del Evangelio de Mateo, la obra de misericordia de “vestir al desnudo” aparece en cuarto lugar, mientras que, si leemos la bula pontificia *Misericordiae Vultus*, Francisco la cita en tercer lugar. No creo que este cambio de posición sea por descuido. Interpreto que manifiesta la importancia que da el Papa a esta acción, más aún si se comprende no solo en su dimensión material y corporal, de arropar, vestir, cubrir a una persona, sino también en la posible dimensión espiritual de respetar la dignidad, el honor, la fama personal. Cabe que la razón del Papa de alterar el orden de Mateo sea también por su opción constante de partir de las periferias. Es en los márgenes donde se encuentran los pobres, los despojados, los difamados, los que yacen como el ciego de Jericó en la cuneta, sobre su manto, fuera de la ciudad, o los leprosos semidesnudos, que no podían acercarse a las poblaciones. Además, no debemos echar en saco roto la preocupación constante que muestra Francisco por la epidemia de la difamación, de la crítica, de la murmuración, del chismorreio, hasta el extremo de calificarlos como actos terroristas, acciones por las que también se despoja y desnuda a las personas.

Cubrir, vestir, tapar, arropar o desnudar, despojar, retener el manto, son acciones con significación muy amplia y a veces contrapuesta; su

interpretación adecuada depende del contexto. Ante una mirada tan extensa sobre la obra de misericordia, siendo actual la exigencia de justicia social de dar ropa a quien la necesite, nos podemos preguntar, sin embargo: ¿De qué desnudez se trata? ¿Qué desnudez debemos amparar? ¿Con qué manto debemos cubrirla? ¿De qué manto se trata? ¿Cómo interpretar, entonces, los textos que hablan de tener que despojarse? ¿Cómo comprender el emblema cristiano del Crucificado desnudo?

EL DESNUDO

Como en el resto de las obras de misericordia, no se puede sublimar la necesidad de quien carece de lo más necesario e interpretar el texto evangélico de manera espiritualista y evasiva. El mandato de vestir al desnudo es claro, y no cabe mirar hacia los lados para evitar el gesto solidario y comprometido. Ante el menesteroso se debe, sin duda, interpretar la llamada evangélica en sentido literal. Es conocida la historia de san Martín de Tours, quien, a la entrada de la ciudad de Amiens, cuando cruzaba la puerta con su caballo, vio a un pobre semidesnudo. El soldado Martín se bajó de su cabalgadura, partió su capa por la mitad, y cubrió la desnudez del pobre. Cuenta la historia que, al ir avanzando por las calles de la ciudad, Martín tuvo la visión de Jesucristo, que iba cubierto con la media capa que él le había regalado al pobre. Y también es conocida la acción de Francisco de Asís, a quien le repugnaban los leprosos, y un día, haciéndose violencia, se acercó a uno que pasaba por el camino y lo besó en la cara; en ese momento el rostro del enfermo se transformó en el rostro de Jesús. Y resuenan las palabras del Señor: “Lo que hagáis a uno de estos mis pequeños, a mí me lo hacéis”.

La referencia al desnudo nos puede traer a la mente imágenes muy dramáticas, en algunos casos hasta escandalosas, sangrientas, vejatorias, indignas o sensuales, pero en otros casos se cita para describir un movimiento radical de conversión, de cambio de vida, de penitencia, de generosidad, hasta de heroísmo, de novedad y de resurrección. ¿Quién no conoce la historia de Francisco de Asís que, como gesto de su emancipación de la casa familiar y de su opción de ser enteramente de Dios, se desnudó en público, abandonó sus ricas ropas de hijo de Bernardone, y fue cubierto con la capa del propio obispo en medio de la plaza de Asís? La desnudez puede significar por un lado extrema pobreza, debilidad, marginalidad, destrucción personal, situación límite, difamación y, por otro lado, desorden de vida, inmoralidad, vergüenza, hasta pecado. Pero cabe que signifique ascesis, penitencia, conversión, renacimiento, novedad de vida, belleza, resurrección.

EXTREMA NECESIDAD

Es precepto sagrado que nunca podemos despojar a nadie de su dignidad. Y

como señala el mandato de Moisés, no deberíamos permitir que nadie sufra una intemperie injusta (Ex 22,2-3). La pobreza radical de quien carece de lo más necesario es motivo de mandamiento solidario: “Si tomas en prenda el manto de tu prójimo, se lo devolverás antes de ponerse el sol, porque no tiene otro vestido para cubrir su cuerpo, ¿y dónde, si no, se va a acostar?” (Ex 22,25-26).

El manto o manta puede que sea una pieza de abrigo o vestido; en cualquier caso, una indumentaria que no podemos retener ni especular con ella, porque significa lo más esencial del ser humano, el equipamiento mínimo para poder subsistir y no morir de frío, y para conservar el honor. Cabe, según entiende Francisco, que signifique el gesto por el que se devuelve la dignidad a una persona. Vestir al desnudo se puede referir a cubrirlo con un manto en sentido físico, o también en sentido espiritual, como es devolver la fama, el prestigio, la honra, la dignidad al prójimo.

DESPOJO FÍSICO

El desnudo puede significar la experiencia del mayor despojo material, de extrema pobreza; es el caso de Job, cuando le acontecen las catástrofes de la pérdida de la hacienda y de su familia. En esas circunstancias, “se levantó, se rasgó el manto, se rapó la cabeza, se echó por tierra y dijo: «Desnudo salí del vientre de mi madre y desnudo volveré a él. El Señor me lo dio, el Señor me lo quitó; bendito sea el nombre del Señor»” (Job 1,20-22). La obra de misericordia de vestir al desnudo exige en este caso la generosidad ante una situación límite, de indigencia material, y no caer nunca en el juicio moral de interpretar que la desgracia es maldición divina.

Jesús enseña en el Evangelio: “Al que quiera pleitear contigo para quitarte la túnica, déjale también el manto” (Mt 5,40). En las Sagradas Escrituras hay diferentes términos que aluden al vestido, bien sea manto, capa, túnica..., que pueden ser de paño, de lana, de pieles, como pieza de abrigo, o como atuendo que identifica a la persona sagrada o regia, según cómo vaya vestida.

DESPOJO MORAL

Desde estas resonancias, la obra de misericordia de vestir al desnudo adquiere un significado más amplio, y también consiste en restituir el honor perdido, la fama, el buen nombre a quienes han podido verse calumniados, difamados, acusados injustamente, despreciados por motivos xenófobos, ideológicos, religiosos, sociales... Aunque es muy difícil que una persona maltratada por calumnia, denuncias falsas, hasta con pena de cárcel injusta, recobre después la serenidad de ánimo y se restablezca socialmente, por misericordia deberemos extender sobre ella el manto de la dignidad, al que tienen derecho todos los seres humanos, incluso los delincuentes.

Una persona difamada, o aquellos que se desprecian y se hunden en desesperanza y hasta en la desesperación por sentimientos negativos contra sí mismos, también sufren desnudez. La obra de misericordia exige saber mirar al otro y a nosotros mismos con respeto. En este sentido comenta el papa Francisco: “Pensemos solamente, a modo de ejemplo, en la obra de misericordia corporal de vestir al desnudo (cf. Mt 25,36.38.43.44). Ella nos transporta a los orígenes, al jardín del Edén, cuando Adán y Eva se dieron cuenta de que estaban desnudos y, sintiendo que el Señor se acercaba, les dio vergüenza y se escondieron (cf. Gn 3,7-8). Sabemos que el Señor los castigó; sin embargo, Él «hizo túnicas de piel para Adán y su mujer, y los vistió» (Gn 3,21). La vergüenza quedó superada y la dignidad fue restablecida. Miremos fijamente también a Jesús en el Gólgota. El Hijo de Dios está desnudo en la cruz; su túnica ha sido echada a suerte por los soldados y está en sus manos (cf. Jn 19,23-24); Él ya no tiene nada. En la cruz se revela de manera extrema la solidaridad de Jesús con todos los que han perdido la dignidad porque no cuentan con lo necesario. Si la Iglesia está llamada a ser la «túnica de Cristo» para revestir a su Señor, del mismo modo ha de empeñarse en ser solidaria con aquellos que han sido despojados, para que recobren la dignidad que les ha sido despojada. «Estuve desnudo y me vestisteis» (Mt 25,36)”¹⁸.

SENTIMIENTO DE VERGÜENZA, FRUTO DEL PECADO

Ante un cuerpo desnudo cabe la frivolidad, la curiosidad malsana, el afán posesivo y egoísta, la cosificación de la persona, y también el sentimiento de pudor, hasta de vergüenza y la reacción compasiva. Así lo vemos en el relato de Adán y Eva, después de comer del árbol prohibido (Gn 3), y en el relato bíblico sobre Noé borracho y desnudo en su tienda (Gn 9). La exégesis papal de este texto, en el que se narra el gesto de los hijos de Noé de cubrir con una manta la desnudez y vergüenza de su padre, para devolverle, según Francisco, la dignidad de padre, ha sido para mí un gran detonante para comprender lo que significa la misericordia. En este mismo sentido, el profeta Ezequiel describe la elección divina de Israel y compara la conducta del pueblo con el rescate de una muchacha desnuda, abandonada en el campo (Ez 16). De este modo revela la respuesta de Dios a la miseria humana, respuesta que sigue ofreciendo desde el pecado de los primeros padres hasta nosotros.

CAMBIO DE VIDA, CONVERSIÓN

En un sentido contrapuesto al desnudo como circunstancia vejatoria, la Biblia narra gestos de desprendimiento voluntario, y con ellos, el hecho de desnudarse puede significar conversión, cambio de vida, penitencia. El rey de Nínive (Jon 3,6), y el rey Ajab (1Re 21,27), denunciados por los profetas, se despojaron de sus vestiduras reales –los Setenta traducen estolas–, y se vistieron de saco y ceniza, como manifestación pública de su cambio de vida.

De forma semejante, David (2Sam 12,16), al reconocer su pecado, dormía en el suelo, penitente. Hay relatos que hacen notar la circunstancia del desnudo no como situación vergonzante, sino como expresión de donación, de entrega. Así lo podemos contemplar en el momento en el que Elías deja caer su manto, que recibe Eliseo (1Re 19,19). En el Nuevo Testamento leemos que el ciego de Jericó, que abandona el manto, signo a la vez de su postración y pobreza, y gesto de seguimiento y conversión (Mc 10,50). En el relato de la última Cena, Jesús se quita el manto, y se pone a lavar los pies a los discípulos (Jn 13,4), en prueba de su entrega amorosa, humilde y total. Un texto muy simbólico lo encontramos en el relato de la Pasión, cuando echan mano a un seguidor de Jesús, envuelto en una sábana (Mc 14,51), y él se escapa, desnudo (Mc 14,51-52). En este caso la imagen del joven que corre desnudo se interpreta como anticipo de la resurrección de Jesús.

CANON DE BELLEZA

Con una mirada amplia sobre la anatomía humana, cabe también la contemplación de la belleza del cuerpo, obra maestra del Creador, como nos la muestra el arte en tantas ocasiones. Esta mirada la encontramos en las obras que representan a santos penitentes: san Pablo ermitaño, san Jerónimo, san Sebastián, santa María Magdalena, santa María Egipciaca... También Cristo resucitado y el Niño Jesús se representan desnudos. El artista no solo demuestra su destreza al plasmar en lienzo o esculpir en piedra o en mármol la anatomía humana, sino que, en muchos casos, obedecía al canon religioso de representar la humanidad redimida, convertida, nueva, perfecta, resucitada. Así lo explican san Juan Pablo II y Benedicto XVI en la celebración de diversos acontecimientos y aniversarios de la capilla Sixtina. “Cuando Miguel Ángel plasmó el Juicio Final, trata de devolver a esa visibilidad de Adán, a su corporeidad, los rasgos de la antigua belleza. Más aún, con gran audacia, transmite esa belleza visible y corpórea al mismo Creador invisible”. “La capilla Sixtina, si se puede hablar así, es precisamente el santuario de la teología del cuerpo humano. Al dar testimonio de la belleza del hombre creado por Dios varón y mujer, la capilla Sixtina expresa también, en cierto modo, la esperanza de un mundo transfigurado, el mundo que inauguró Cristo resucitado y, antes aún, en el monte Tabor”¹⁹.

El papa Benedicto XVI nos enseña magistralmente: “El cuerpo es el lugar donde el espíritu puede habitar. A la luz de esto se puede entender que nuestros cuerpos no son materia inerte, pesada, sino que hablan, si sabemos escuchar, con el lenguaje del amor verdadero. Podemos afirmar que el cuerpo, al revelarnos el Origen, lleva consigo un significado filial, porque nos recuerda nuestra generación, que, a través de nuestros padres que nos han dado la vida, nos hace remontarnos a Dios Creador. El hombre solo puede

aceptarse a sí mismo, solo puede reconciliarse con la naturaleza y con el mundo, cuando reconoce el amor originario que le ha dado la vida. Cuando se le separa de su sentido filial, de su conexión con el Creador, el cuerpo se rebela contra el hombre, pierde su capacidad de reflejar la comunión y se convierte en terreno de apropiación del otro”²⁰.

JESÚS ES DESPOJADO DE SUS VESTIDURAS

En el Antiguo Testamento, se narra el despojamiento de José, el hijo amado de Jacob (Gn 37), cuando sus hermanos le quitan la túnica. Túnica de mangas largas. Pasaje que profetiza la Pasión de Jesús: “Terminada la burla, le quitaron la púrpura y le pusieron su ropa” (Mc 15,16-20). Santo Tomás comenta: “No te aficiones a los vestidos y riquezas, ya que se repartieron mis ropas; ni a los honores, ya que Él experimentó las burlas y azotes; ni a las dignidades, ya que le pusieron una corona de espinas, que habían trenzado; ni a los placeres, ya que para mi sed me dieron vinagre”²¹.

Sorprende la paradoja evangélica: el Maestro pide que vistamos al desnudo; sin embargo, nosotros hemos sido revestidos como el hijo de María, el Hijo de Dios, a costa de su despojamiento, con lo que el desnudo también significa entregar la vida. Al igual que las expresiones “tomad y comed” y “tomad y bebed” implican la donación total de Jesús, el relato del despojamiento del Crucificado está en la misma clave de su donación total: “Los soldados, cuando crucificaron a Jesús, cogieron su ropa, haciendo cuatro partes, una para cada soldado, y apartaron la túnica. Era una túnica sin costura, tejida toda de una pieza de arriba abajo. Y se dijeron: «No la rasguemos, sino echémosla a suerte, a ver a quién le toca». Así se cumplió la Escritura: «Se repartieron mis ropas y echaron a suerte mi túnica». Esto hicieron los soldados” (Jn 19,23-24). “La posibilidad de dar algo sin darse uno mismo en ello es una triste posibilidad humana, no de Dios”²². Jesucristo, revelación de Dios, se entrega totalmente en todo lo que hace.

EL VESTIDO

Al igual que nos hemos detenido en la consideración del significado que tiene el desnudo, de la misma manera es importante, para comprender el sentido de la obra de misericordia, reflexionar sobre el simbolismo del vestido. En las Sagradas Escrituras, el término “vestido” en griego tiene diferentes matices y, según estos, distintos nombres. Por ejemplo, el vestido del rey (estola) (Jon 3,6) igual que el sacerdotal (Gn 27,15; Lc 15,22), el manto del profeta (1Re 19,19; 2Re 2,12-14), la manta, manto o vestido (Gn 9,23,27; 27); la túnica (Gn 37,23; Jn 13,4.11 y 19,23). Aunque el significado del vestido es muy amplio y no se reduce a señalar una pieza de tela o de paño, no por ello se debe prescindir del sentido literal del texto. Jesús se

refiere a este sentido cuando observa que “nadie echa un remiendo de paño sin remojar a un manto pasado; porque la pieza tira del manto y deja un roto peor” (Mt 9,16).

Sin excluir un significado de prenda útil, doméstica o personal, en la Biblia, el vestido guarda relación en muchos casos con la identidad y dignidad de una persona de tal forma que en muchos textos vestido e identidad personal van un tanto unidos. Así, por el vestido se distingue al profeta, al sacerdote, al rey, al pobre, al novio, al invitado a una boda... Es muy reveladora la concurrencia de los términos que se traducen por vestido que aparece en distintos pasajes e interpretar el significado que se dan entre sí. Por ejemplo, en los pasajes del libro del Génesis (Gn 3; 9; 27; 37), si los leemos en relación con los textos evangélicos (Lc 15 y Mc 16), descubrimos un posible sentido profético. También es iluminadora la concurrencia que se da entre los textos de 1Re 21,27 y de 2Sam 12,16. Desde esta clave son muy elocuentes las imágenes del profeta Elías, cuando deja caer su manto (1Re 19,19) y el relato de la Pasión del Señor, en el que se describe el reparto de sus vestidos y el sorteo de su túnica (Jn 19,23-24); y de alguna manera, la figura simbólica del joven que en el trayecto hacia el tribunal del sumo sacerdote, le echan mano, y se escapa desnudo, despojado de la sábana en la que iba cubierto (Mc 14,51).

LA DIGNIDAD DE LA PERSONA

En el proceso contemplativo, se asocian las imágenes y saltan preguntas trascendentes: ¿Qué representa el manto de los hijos de Noé? ¿Qué profetiza la túnica de José? ¿Acaso es profecía del manto-túnica del que Jesús se despoja para devolvernos la dignidad de hijos de Dios? Dignidad que se nos regala de manera sacramental con el bautismo, sacramento por el que gozamos de la identidad filial y de poder llamar a Dios “Padre”. ¿Pero por qué recuperamos nuestra dignidad a costa de la dignidad del Nazareno, del Hijo de María?

Fijándonos en Jesús, se puede considerar que es el Hijo amado, que lleva una túnica sin costura de arriba abajo, como el hijo amado de Jacob, y que, como José, a quien le quitaron la túnica de mangas largas, también sufrió el despojo de la túnica y del manto como burla y desprecio. Al final de su vida, nos deja sus ropas al pie de la Cruz, y en el sepulcro, las sábanas vacías, como testigos. Todas estas imágenes, adquieren un sentido sobrecogedor. Si las interpretamos en un contexto bíblico más amplio, cabe considerar en estos hechos la forma con la que Dios ha querido practicar la obra de misericordia y devolvernos la dignidad de hijos a través de la entrega de su Hijo amado. A precio de la desnudez del Crucificado hemos heredado la túnica que cubre nuestra intemperie vergonzosa y vergonzante, pero que anticipa el horizonte

pascual; por esta túnica podemos llamar a Dios “Padre”, y sentirnos perdonados, herederos, dignificados.

En el ritual bautismal se nos impone la vestidura blanca de nuevas criaturas. Como contraste, en los relatos de la Pasión del Señor según san Juan, se dice: “Se repartieron mis ropas y echaron a suerte mi túnica” (Jn 19,23-24). Sorprende que alcancemos nuestra dignidad a costa del despojo y desnudez del Hijo amado de Dios quien, gracias a su ofrenda en la Cruz extiende su manto de misericordia sobre toda la humanidad.

EL TRAJE DE HIJOS DE DIOS

Se puede pensar que me aparto de la letra del discurso de Mateo sobre las obras de misericordia si amplió tanto el campo de observación. Sin embargo, uno de los ejemplos más emblemáticos de practicar la obra de misericordia de vestir al desnudo que nos da Jesús lo encontramos en la parábola del padre bueno. En el texto lucano podemos leer: “Se levantó y vino adonde estaba su padre; cuando todavía estaba lejos, su padre lo vio y se le conmovieron las entrañas; y, echando a correr, se le echó al cuello y lo cubrió de besos. Su hijo le dijo: «Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo». Pero el padre dijo a sus criados: «Sacad en seguida la mejor túnica y vestídsela; ponedle un anillo en la mano y sandalias en los pies»” (Lc 15,18-22). Al traer a consideración la referencia al manto de Noé, al vestido de Jacob, a la túnica de José y entrelazarlas, nos podemos abrir a otros textos representativos y relacionados también con la misericordia, para así gustar lo que significa el gesto de Dios con su pueblo, culminado en la donación total de Jesús en la Cruz, donde nos dejó túnica y manto.

Al leer en paralelo los relatos en los que aparece la túnica relacionada con el hijo amado –el que se narra en el Génesis– “Israel amaba a José más que a todos los demás hijos, por ser para él el hijo de la ancianidad. Le había hecho una túnica de manga larga” (Gn 37,3), y la parábola lucana de los dos hijos (Lc 15), si comparamos las acciones de los hermanos de José, con las que se describen en la parábola, vemos que son paradójicamente paralelas, aunque en sentido contrario.

El Génesis señala: “Ellos le vieron de lejos”. Y san Lucas: “Estando él todavía lejos, le vio su padre”.

El Génesis: “Y antes que se les acercara, conspiraron contra él para matarle” (Gn 37,18). Lucas: “Y, conmovido (su padre), corrió, se echó a su cuello y le besó efusivamente” (Lc 15,20).

El Génesis: “Y ocurrió, que cuando llegó José donde sus hermanos, estos le despojaron de su túnica”, aquella túnica de manga larga que llevaba puesta, (37,23). Lucas: “Traed aprisa el mejor vestido y vestidle, ponedle un anillo en

su mano y unas sandalias en los pies” (v. 22).

El pasaje del Antiguo Testamento continúa: “Y echándole mano le arrojaron al pozo. Aquel pozo estaba vacío, sin agua. Luego se sentaron a comer” (Gn 37,24-25). Lucas: “Traed el novillo cebado, matadlo, y comamos y celebremos una fiesta, porque este hijo mío estaba muerto y ha vuelto a la vida; estaba perdido y ha sido hallado. Y comenzaron la fiesta” (Lc 15,23-24).

El relato del Génesis culmina: “Entonces tomaron la túnica de José, degollaron un cabrito y empaparon la túnica en la sangre. Luego enviaron la túnica con mangas a su padre con este recado: «Esto hemos encontrado, mira a ver si es la túnica de tu hijo o no». Él la reconoció y exclamó: «Es la túnica de mi hijo; una bestia lo ha devorado. Sin duda, José ha sido despedazado». Jacob rasgó sus vestiduras, se ciñó a los lomos un sayo e hizo luto por su hijo muchos días” (Gn 37,23-24.32-34). Y en otro pasaje evangélico encontramos: “Los soldados trenzaron una corona de espinas, se la pusieron en la cabeza y le vistieron un manto de púrpura; y, acercándose a Él, le decían: «Salve, Rey de los judíos». Y le daban bofetadas. Volvió a salir Pilato y les dijo: «Mirad, os lo traigo fuera para que sepáis que no encuentro ningún delito en Él». Salió entonces Jesús fuera llevando la corona de espinas y el manto de púrpura. Díceles Pilato: «Aquí tenéis al hombre»” (Jn 19, 2-5).

LA TÚNICA SAGRADA

Al ir tejiendo los textos relacionados con la obra de misericordia de vestir al desnudo, contemplando la escena de Gn 27, en la que Rebeca pone a su hijo Jacob el vestido del primogénito (estola), constatamos que Jacob es bendecido por su padre Isaac, precisamente porque lleva el vestido de su hermano mayor, Esaú. Y, al comparar los textos, comprobamos que el mismo término (estola) se usa en la bendición de Jacob, en la parábola del hijo pródigo, y en el personaje celeste que aparece dentro del sepulcro en la mañana de Pascua (Mc 16). Por los términos concurrentes en los distintos relatos, y a la luz de la iconografía del Año Jubilar de la Misericordia, intuyo que el logo más representativo muestra a Dios que se reviste Él mismo de Adán, al ponerse la humanidad como estola, vestido sagrado, misterio de la Encarnación, por el que todos los humanos recobramos la dignidad personal, dignidad sagrada.

En la Iglesia ortodoxa, cuando un penitente se acerca al sacramento de la reconciliación, el sacerdote, en el momento de absolverlo, le pone la estola sobre la cabeza. Con este gesto se desea significar que, gracias al perdón, el penitente es revestido de la dignidad sagrada, y recupera el vestido de hijo amado. Y resuena el texto: “Vosotros, en cambio, sois un linaje elegido, un sacerdocio real, una nación santa, un pueblo adquirido por Dios para que

anunciéis las proezas del que os llamó de las tinieblas a su luz maravillosa” (1Pe 2,9).

REVESTIDOS DE HUMANIDAD, DE LA CARNE DEL VERBO

El pensamiento de los santos Padres y de los místicos sobre nuestra naturaleza ayuda a objetivar la interpretación del significado del vestido como realidad sagrada. La liturgia, la *lex orandi* de la Iglesia, profesa en la oración del 2 de febrero: “Dios todopoderoso y eterno, te rogamos humildemente que, así como tu Hijo unigénito, revestido de nuestra humanidad, ha sido presentado hoy en el Templo, nos concedas de igual modo a nosotros la gracia de ser presentados delante de ti con el alma limpia. Por nuestro Señor Jesucristo”.

Dios toma nuestra carne como túnica. Desde este misterio, san Pablo y los santos Padres invitan a que seamos conscientes de nuestra dignidad. “Ya el patriarca Jacob había profetizado de Cristo, diciendo: «Lava su ropa en vino y su túnica en sangre de uvas». Porque habrá de purificar en su propia sangre nuestro cuerpo, que es como la vestidura que ha tomado sobre sí”²³. Con esta perspectiva es muy diferente la convivencia con nuestra propia corporeidad y con el prójimo. “Tú, Trinidad eterna, eres el Hacedor y yo la hechura. Tú, el vestido que cubre mi desnudez”²⁴.

San Cirilo de Jerusalén afirma: “Bautizados en Cristo y revestidos de Cristo, habéis sido hechos semejantes al Hijo de Dios”²⁵. Y resuena el salmo: “Me alegro con mi Dios: porque me ha vestido un traje de gala y me ha envuelto en un manto de triunfo, como novio que se pone la corona, o novia que se adorna con sus joyas”.

REVESTIDO DE GLORIA

El Hijo amado de Dios, título con el que la voz del cielo presenta a Jesús (Mt 17,1-2) nos deja la vestidura con la que seremos presentados ante su Padre. En la resonancia de la obra de misericordia de vestir al desnudo, Jesús nos revela nuestra identidad y nuestra dignidad sagradas al mismo tiempo que nos adelanta nuestro destino glorioso. Y ya no solo seremos revestidos con un manto, traje o túnica materiales, con los que cubrir nuestra desnudez vergonzante, sino que seremos revestidos de luz, con un cuerpo glorioso. Los contemplativos tienen en el icono de Cristo transfigurado el rostro en el que detener sus ojos, y al tomar conciencia del reflejo de la mirada del Señor que les llega, se convierten en testigos privilegiados de la nueva humanidad.

Cabe comparar las vestiduras blancas del Transfigurado con las del personaje celeste de la mañana de Resurrección: “Entraron en el sepulcro y vieron a un joven sentado a la derecha, vestido de blanco” (Mc 16,5-6). Los

salmos aluden a los vestidos de honor: “Lo has vestido de honor y majestad” (Sal 20). “A mirra, áloe y acacia huelen tus vestidos” (Sal 44). “Cambiaste mi luto en danzas, me desataste el sayal y me has vestido de fiesta (Sal 30,12). Textos que se reflejan en el momento definitivo: “El vencedor será vestido de blancas vestiduras” (Ap 3,5-6). “«Estos que están vestidos con vestiduras blancas, ¿quiénes son y de dónde han venido?». Yo le respondí: «Señor mío, tú lo sabrás». Él me respondió: «Estos son los que vienen de la gran tribulación: han lavado y blanqueado sus vestiduras en la sangre del Cordero»” (Ap 7,13-14).

EL MANTO DE LA MISERICORDIA

Si ampliamos el contexto, encontramos que el gesto de los hijos de Noé de cubrir con el manto a su padre para devolverle la dignidad, se contrapone al de Jesús durante la cena de Señor, cuando, según el cuarto Evangelio (Jn 13), Jesús se quita el manto y se pone a los pies de los discípulos para lavárselos, actitud con la que el Maestro dignifica a los apóstoles. Y aún es más sobrecogedor cuando vemos que se usa el mismo término para señalar la túnica que nos deja Jesús al pie de la Cruz mientras que su cuerpo permanece desnudo y elevado en alto.

En el discurso que nos dirigió a los misioneros de la misericordia, Francisco evocó dos textos bíblicos del libro del Génesis. En ambos aparece la circunstancia de la desnudez y la referencia al vestido o manto. El primer fragmento alude a la experiencia de Adán y Eva después del pecado (Gn 3,7-11). Más adelante el texto dice: “El Señor Dios hizo túnicas de piel para Adán y su mujer, y los vistió” (Gn 3,21). Y el pasaje que alude a Noé, hombre justo y querido por Dios: “Noé bebió del vino, se emborrachó y quedó desnudo dentro de su tienda. Sem y Jafet tomaron el manto (Gn 9,23), se lo echaron ambos sobre sus hombros y, caminando de espaldas, taparon la desnudez de su padre; como tenían el rostro vuelto, no vieron desnudo a su padre” (Gn 9,20-23).

ORACIÓN DEL DESPOJADO

Señor, como Job, yo también reconozco: “Desnudo nací del seno de mi madre, y desnudo volveré a la tierra de donde fui sacado”. Sin embargo, te pido que hagas conmigo como hiciste con los primeros padres y cubras mi desnudez vergonzante. “El Señor Dios hizo túnicas de piel para Adán y su mujer, y los vistió” (Gn 3,21).

Ten misericordia de mí. Yo, por mi parte, solo podría revestirme de saco y de sayal, pues en la culpa nací, pecador me concibió mi madre.

No deseo que sea pretenciosa mi oración al pedir que extiendas tu manto sobre mí, pues soy obra tuya, salida de tus manos, aunque hechura de barro. A mí no me corresponde vestirme de gala, ni mucho menos de fiesta, ni arrogarme derechos de primogénito o de hijo amado.

Pero por la Encarnación de tu Unigénito, que tomó nuestra carne de María Virgen, revísteme, Señor, como hizo Rebeca con Jacob, por lo que recibió la bendición de su padre

Isaac, gracias a la intervención de la madre, de la túnica del heredero.

No soy digno de revestirme con el manto sagrado, ni tengo derecho a mostrarme con los atuendos de honor. Sin embargo, sin méritos propios, he sido ungido con el óleo santo y vestido con la túnica real y sacerdotal en el momento del bautismo. No permitas que desacredite el nombre de cristiano, haz que sepa llevar la vestidura blanca con dignidad, y que por ella pueda acercarme siempre con rectitud de conciencia a tu mesa santa.

Sé que por mi débil condición pongo en riesgo tu generosidad, y que solo gracias a tu perdón y misericordia podré dejar mi manto menesteroso y entrar en la sala del banquete con la dignidad de invitado, sin usurpar la identidad.

Recuerda, Señor, cómo ante el retorno del hijo pequeño, el padre de la parábola lo abrazó y cubrió de besos, y mandó traer para él un vestido de fiesta. Yo no merezco consideración tan espléndida, pero al menos no permitas que me resista a la gracia por pensar que no soy digno. Aunque me parezca que es más coherente quedarme fuera de casa, por mi reiterada fragilidad, que no me resista a tu invitación de entrar al banquete, como hizo el hijo mayor, orgulloso y resentido.

Tú revestiste con tu Espíritu a jueces y reyes, a profetas y apóstoles; te pido que al menos derrames sobre mí la gracia del perdón, que nunca dude de ti, a pesar de que me parezca más sincero permanecer en mi pobreza.

Tú puedes revestirme de fuerza, a la vez que de humildad; de sencillez, a la vez que de coraje; de honradez, a la vez que de deseos nobles; de hijo, a pesar de saberme siervo.

Si las flores del campo y la hierba que se seca lucen mayor esplendor que los reyes de este mundo, infúndeme la confianza y el abandono en tus manos, para saberme siempre con el ofrecimiento de tu misericordia, por la que pueda estrenar permanentemente la dignidad de ser tu criatura, hecha a imagen de tu Hijo amado, de tu Primogénito.

¹⁸ Papa Francisco, *Misericordia et Misera*, 19-20.

¹⁹ Juan Pablo II, homilía en la inauguración de la restauración de los frescos de la capilla Sixtina, 8 de abril, 1994.

²⁰ Benedicto XVI, discurso, 13 de mayo, 2011.

²¹ Santo Tomás de Aquino, *Conferencia 6 sobre el Credo*. Liturgia de las Horas, lectura 28 de enero.

²² García, José Antonio, *Ventanas que dan a Dios*, Sal Terrae, Santander 2001, 20.

²³ San Gaudencio de Brescia, *Tratado 2*. CSEL 68, 29-30.

²⁴ Santa Catalina de Siena, *Diálogo sobre la divina Providencia*, 167 en *Obras*, BAC, 2011 Madrid.

²⁵ San Cirilo de Jerusalén, *Catequesis de Jerusalén* 21, *Mystagogica* 3,1-3, Ciudad Nueva, Madrid 2011.

ACOGER AL FORASTERO Y DAR ALBERGUE AL PEREGRINO

“Ven, bendito de mi Padre, porque era forastero, y me acogiste” (Mt 25,35).

“No olvidéis la hospitalidad: por ella, algunos, sin saberlo, hospedaron a ángeles” (Hb 13,1).

“Venid a mí todos los que estáis fatigados y sobrecargados, y yo os daré descanso” (Mt 11,28).

“Mira que estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y me abre la puerta, entraré en su casa y cenaré con él y él conmigo” (Ap 3,20).

La identidad del peregrino o del forastero ha suscitado a lo largo de los siglos la noble reacción de la hospitalidad, de manera especial con aquellos que se dirigen por alguna razón espiritual, a veces muy dramática, hacia algún santuario o lugar sagrado, o sufren la intemperie del exilio, el destierro o la pobreza de no tener techo. El rey David habla a Dios con la conciencia de ser forastero: “Ante ti somos forasteros y huéspedes, como nuestros padres. Nuestra vida terrena es como una sombra sin esperanza. Señor, Dios nuestro, todo lo que hemos preparado para construir un templo a tu santo Nombre viene de tu mano y todo es tuyo” (1Cro 19,15-16). Y reza en el salmo: “Escucha, Señor, mi oración, haz caso de mis gritos, no seas sordo a mi llanto; porque yo soy huésped tuyo, forastero como todos mis padres” (Sal 38,13).

EL FORASTERO

Hoy es muy difícil dar crédito a quien llama a la puerta, sobre todo si no presenta credencial que lo identifique y ofrezca algo de seguridad acerca de su persona. El miedo al robo, a la extorsión, al chantaje suele apoderarse de nosotros ante el desconocido. No somos ingenuos, y la acogida debe tener también la referencia evangélica de la sagacidad, y a la vez de la sencillez. Hay muchas formas de saber abrir la puerta sin caer en el movimiento compulsivo de acoger o de rechazar. Pero algo que debe permanecer en nuestra mirada es siempre que en el otro está Cristo, más allá de sus intenciones.

Cuentan de san Francisco de Asís la florecilla del episodio de los ladrones: “Un día fueron al eremitorio de los hermanos y pidieron al guardián, el hermano Ángel, que les diera de comer. El guardián les reprochó ásperamente: «¿No tenéis vergüenza, ladrones y asesinos sin entrañas, que, no contentos con robarles a los demás el fruto de sus fatigas, tenéis cara, además,

insolentes, para venir a devorar las limosnas que son enviadas a los servidores de Dios? No merecéis que os sostenga la tierra, puesto que no tenéis respeto alguno ni a los hombres ni a Dios que os creó. ¡Fuera de aquí, id a lo vuestro y que no vuelva a veros aquí!». Ellos lo llevaron muy a mal y se marcharon enojados. En esto regresó san Francisco de fuera con la alforja del pan y con un recipiente de vino que habían mendigado él y su compañero. El guardián le refirió cómo había despedido a aquella gente. Al oírle, san Francisco le reprendió fuertemente, diciéndole que se había portado cruelmente, porque mejor se conduce a los pecadores a Dios con dulzura que con duros reproches; que Cristo, nuestro Maestro, cuyo Evangelio hemos prometido observar, dice que no tienen necesidad de médico los sanos, sino los enfermos, y que Él no ha venido a llamar a los justos, sino a los pecadores a penitencia (Mt 9,12s); y por esto Él comía muchas veces con ellos. «Por lo tanto –terminó–, ya que has obrado contra la caridad y contra el santo Evangelio, te mando, por santa obediencia, que, sin tardar, tomes esta alforja de pan que yo he mendigado y esta orza de vino y vayas buscándolos por montes y valles hasta dar con ellos; y les ofrecerás de mi parte todo este pan y este vino. Después te pondrás de rodillas ante ellos y confesarás humildemente tu culpa y tu dureza. Finalmente, les rogarás de mi parte que no hagan ningún daño en adelante, que teman a Dios y no ofendan al prójimo; y les dirás que, si lo hacen así, yo me comprometo a proveerles de lo que necesiten y a darles siempre de comer y de beber. Una vez que les hayas dicho esto con toda humildad, vuelve aquí» (*Floreillas*, 26).

Sin duda que la respuesta franciscana es una postura heroica. Jesús dice en el Evangelio: “Si te piden la capa, da también el manto” (Lc 6,29). Aunque la naturaleza se resiste a esta actitud tan generosa, es bueno recordar la enseñanza evangélica: “Habéis oído que se dijo: «Ojo por ojo, diente por diente». Pero yo os digo: no hagáis frente al que os agravia. Al contrario, si uno te abofetea en la mejilla derecha, preséntale la otra; al que quiera ponerte pleito para quitarte la túnica, dale también el manto; a quien te requiera para caminar una milla, acompáñale dos; a quien te pide, dale, y al que te pide prestado, no lo rehúyas. Habéis oído que se dijo: «Amarás a tu prójimo y aborrecerás a tu enemigo». Pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos y rezad por los que os persiguen, para que seáis hijos de vuestro Padre celestial, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y manda la lluvia a justos e injustos. Porque, si amáis a los que os aman, ¿qué premio tendréis? ¿No hacen lo mismo también los publicanos?” (Mt 15,38-46).

El Evangelio no diferencia motivos ni orígenes del prójimo para tratarlo de diferente manera y, si muestra alguna predilección, lo hace en sentido contrario a lo que dicta el natural, dando prioridad al más necesitado, pobre, marginal. El apóstol Santiago advierte: “Suponed que en vuestra asamblea

entra un hombre con sortija de oro y traje lujoso, y entra también un pobre con traje mugriento; si vosotros atendéis al que lleva el traje de lujo y le decís: «Tú siéntate aquí cómodamente», y al pobre le decís: «Tú quédate ahí de pie» o «siéntate en el suelo, a mis pies», ¿no estáis haciendo discriminaciones entre vosotros y convirtiéndoos en jueces de criterios inicuos? Escuchad, mis queridos hermanos: ¿acaso no eligió Dios a los pobres según el mundo como ricos en la fe y herederos del Reino que prometió a los que lo aman? Vosotros, en cambio, habéis ultrajado al pobre” (Sant 2,1-6).

Jesús enseña y demuestra que la misericordia debida a los peregrinos hace más radical la acogida, al superar toda identidad nacional, religiosa e ideológica, como razón de hospedar al forastero.

LOS DESPLAZADOS

No debemos simplificar la solución ante uno de los problemas actuales más dramáticos, el de los desplazados, desesperanzados, deprimidos, entre los que se encuentran muchos jóvenes. Pero si en un caso concreto nos llega la petición de ayuda, será un momento posible de bendición. ¡Cuántas situaciones de precariedad y sufrimiento existen en el mundo hoy! ¡Cuántas heridas sellan la carne de muchos que no tienen voz porque su grito se ha debilitado y silenciado a causa de la indiferencia de los pueblos ricos! El papa Francisco llama constantemente a curar estas heridas, “a aliviarlas con el óleo de la consolación, a vendarlas con la misericordia y a curarlas con la solidaridad y la debida atención”²⁶.

No es lo mismo uno que busca trabajo, que uno que huye de la guerra; no es igual un emigrante que un refugiado. Entre los extranjeros hay exiliados, personas que no teniendo otro futuro que la muerte violenta huyen por persecuciones religiosas o políticas; acosados por todas partes, se echan a los caminos. Familias enteras buscan refugio, asilo, acogida. Personas que en su país lo han tenido todo y de pronto son profesionales desclasados. Se puede decir que la misericordia de la hospitalidad, de las muchas formas que se preste, es muy urgente. Si el Evangelio bendice a los que acogen ignorando que en el prójimo viene Cristo, cuánto mayor deberá ser la hospitalidad de los cristianos, si sabemos que en todo rostro nos mira y espera el Señor.

Un nuevo éxodo humano recorre los continentes; en Europa, desde los Balcanes hacia los países ricos; en África, hacia el “paraíso” de Europa; en América del Sur, hacia América del Norte... columnas de seres humanos serpentean por los desiertos en busca de paz, de estabilidad, de pan, de bienestar. Pero, a la vez, se levantan barreras, muros, alambradas, porque los que tenemos de todo sentimos incomodidad, riesgo e inseguridad ante quienes, menesterosos, llaman indefensos a nuestras puertas. Sin llegar a tales

extremos, cada día pasan a nuestro lado personas que requieren la hospitalidad de una palabra, de una mirada, de un minuto de escucha. Todo se convierte en albergue, en posada que restaura. Jesús es nuestro referente, Él acogió a pecadores, a enfermos, a extranjeros, a paganos, a quienes tenían mala fama, y envió a los suyos a hacer lo mismo, y por todo el mundo.

LOS NUEVOS EXILIADOS

Junto a nosotros caminan personas que ni siquiera se atreven a llamar, ni a pronunciar su exilio, aquellos que como el hijo menor de la parábola (Lc 15,11-32), pudieron emanciparse en un principio de manera voluntaria, buscando la libertad, pero pasado el tiempo, se convirtieron en esclavos de sí mismos, exiliados en su soledad interior. Aunque la obra de misericordia se refiera a dar hospedaje al forastero, hay foráneos espirituales, personas que vagan por su historia, sin refugio ni seguridad, sin horizonte ni meta; solos, vagabundos interiores, sin referencias entrañables que les den esperanza, horizonte, sentido a sus vidas y acompañamiento en sus procesos posibles de retorno a casa. Han perdido la fe, se han emancipado de su tradición, viven un vacío profundo, un sinsentido, y bien sea por propio pudor o por ausencia de manos tendidas, se encuentran frente a un callejón sin salida o creen que se les han cerrado todas las puertas.

Los últimos Papas han advertido que vivimos una hora de orfandad, en la que sobre todo los más jóvenes llevan heridas muy dolorosas por no tener la referencia entrañable, por estar inmersos en una sociedad sin padres que ha originado una generación dolida y, en parte, resentida y escéptica. En este contexto social, es revelador el pasaje en el que se describe la crisis del profeta: “Elías tuvo miedo, se levantó y se fue para poner a salvo su vida. Llegó a Berseba de Judá y allí dejó a su criado. Luego anduvo por el desierto una jornada de camino, hasta que, sentándose bajo una retama, imploró la muerte diciendo: «¡Ya es demasiado, Señor! ¡Toma mi vida, pues no soy mejor que mis padres!». Se recostó y quedó dormido bajo la retama, pero un ángel lo tocó y dijo: «Levántate y come». Miró alrededor y a su cabecera había una torta cocida sobre piedras calientes y un jarro de agua. Comió, bebió y volvió a recostarse. El ángel del Señor volvió por segunda vez, lo tocó y de nuevo dijo: «Levántate y come, pues el camino que te queda es muy largo». Elías se levantó, comió, bebió y, con la fuerza de aquella comida, caminó cuarenta días y cuarenta noches hasta el Horeb, el monte de Dios” (1Re 19,2-8). Gracias a la hospitalidad providencial del ángel del Señor, Elías pudo soportar la soledad, la persecución y la desesperanza.

El papa Francisco llama de nuevo a la acogida: “Tantas veces nos olvidamos de que hay un mal que precede a nuestros pecados. Hay una raíz que causa tanto pero tanto daño, que destruye silenciosamente tantas vidas.

Hay un mal, que poco a poco, va haciendo nido en nuestro corazón y «comiendo» nuestra vitalidad: la soledad. Soledad que puede tener muchas causas, muchos motivos. Cuánto destruye la vida y cuánto mal nos hace. Nos va apartando de los demás, de Dios, de la comunidad. Nos va encerrando en nosotros mismos. Por eso, lo propio de la Iglesia, de esta madre, no es principalmente gestionar cosas, proyectos, sino aprender a vivir la fraternidad con los demás. Es la fraternidad acogedora el mejor testimonio de que Dios es Padre, porque «de esto sabrán todos que ustedes son mis discípulos, si se aman los unos a los otros» (Jn 13,35)”²⁷.

SOMOS FORASTEROS

Aunque la obra de misericordia de acoger al forastero es corporal, se puede unir a ella la obra de misericordia espiritual de soportar a las personas molestas, que no son extrañas, sino quizá muy conocidas, pero cuyo comportamiento nos incomoda, o su forma de ser, su carácter. Especialmente deberemos tratar con delicadeza a las personas mayores, que con sus preguntas reiterativas pueden producir impaciencia. La sacramentalidad del prójimo abarca al forastero y al de casa, a quien no conocemos y al que quizá conocemos demasiado.

No deberíamos perder la conciencia de que somos “viatores”; de esta forma mantendríamos la sensibilidad despierta para con los que puedan necesitar alguna ayuda. Saberse peregrino, itinerante, concede sencillez, transparencia, respeto, serenidad, agradecimiento, amistad, solidaridad. Cuando se ha vivido la intemperie, el agotamiento y el cansancio se comprende mejor a los que se ven aquejados de lo mismo que se ha sufrido, y así surge la compasión.

Jesús enumera en su discurso los títulos por los que, el último día, seremos llamados benditos. Entre los dichosos estarán aquellos que practicaron la hospitalidad por haber acogido al forastero, al peregrino y al que pasó a su lado menesteroso. “Abramos nuestros ojos para mirar las miserias del mundo, las heridas de tantos hermanos y hermanas privados de la dignidad, y sintámonos provocados a escuchar su grito de auxilio. Nuestras manos estrechen sus manos, y acerquémonos a nosotros para que sientan el calor de nuestra presencia, de nuestra amistad y de la fraternidad. Que su grito se vuelva el nuestro y juntos podamos romper la barrera de la indiferencia que suele reinar campante para esconder la hipocresía y el egoísmo”²⁸.

JESÚS FORASTERO

Jesús sorprende con su manera de ejercer la misericordia con los desplazados y los forasteros, haciéndose Él mismo indigente. El primer exilio que vivió el Hijo de Dios fue por el misterio de la Encarnación. Quien estaba metido en el seno del Padre (Jn 1,18), vino a nuestro mundo, “se despojó de

su rango y tomó la condición de esclavo, pasando por uno de tantos” (Flp 2,6-7).

Al poco de nacer, por motivos de la persecución de Herodes, tuvo que emigrar a Egipto. Independientemente de que sea o no un texto figurado o histórico, para presentar a Jesús como el nuevo Moisés, sin embargo, el Evangelio de san Mateo, nos describe al Mesías, sufriendo, desde niño, la suerte de los desplazados, quien a la hora del retorno, no se instaló en Judea, sino que sus padres fueron con Él a Nazaret, ciudad que se encontraba en la Galilea de los gentiles. El Nazareno atravesó las fronteras de Tiro y de Sidón; cruzó a la otra orilla del mar, tierra pagana; vivió en la ciudad fronteriza de Cafarnaúm; bajó a Jerusalén por las tierras inhóspitas de Samaría. Se mostró a los de Emaús como forastero, y ante Pilato declaró: “Mi reino no es de este mundo”.

JESÚS Y LOS FORASTEROS

El bienaventurado y misericordioso en quien debemos mirarnos es Jesucristo, revelación plena de la misericordia divina. Él es el rostro de la misericordia, el pobre, el limpio, el manso, el humilde, el pacífico, el perseguido por la justicia. Él es quien nos ha dado de comer y de beber, haciéndose hambriento y sediento. Él nos ha revestido con su túnica santa, despojándose de ella, y Él nos cura con sus heridas. Mirándole, podremos ejercer la misericordia sin pretensiones vanidosas ni razones sectarias.

El Evangelio señala detalles muy significativos respecto a los extranjeros cuando se refiere a los signos realizados por Jesús, muchos de cuyos destinatarios tienen la característica de que no pertenecen al pueblo judío. Ya en la genealogía que describe Mateo, se puede observar que Jesús nace de la descendencia de una mujer extranjera: Rut, la abuela del rey David, era moabita. “Booz engendró, de Rut, a Obed; Obed engendró a Jesé, Jesé engendró a David, el rey” (Mt 1,5-6). El mismo evangelista resalta el pasaje de los Magos, personajes extranjeros, que vienen a adorar al Mesías. “Habiendo nacido Jesús en Belén de Judea en tiempos del rey Herodes, unos magos de Oriente se presentaron en Jerusalén preguntando: «¿Dónde está el Rey de los judíos que ha nacido? Porque hemos visto salir su estrella y venimos a adorarlo»” (Mt 2,1-2).

En las páginas de los distintos Evangelios se relatan acciones de Jesús en favor de personas excluidas de alguna forma y foráneas. El Maestro habla con una mujer samaritana (Jn 4); cura a una cananea (Mt 15,22-28); se compadece de una sirofenicia (Mc 7,26); escucha a un centurión romano y cura a su criado (Lc 1,1-9); cruza a la otra orilla y en Gerasa sana a un endemoniado (Mc 5,1-20); atraviesa los territorios de la Decápolis y cura a un sordomudo

(Mc 7,31-35). Llega a irritar a sus compatriotas cuando les refiere que el profeta Elías fue enviado a una viuda de Sarepta, en los territorios de Sidón, y que un leproso sirio, y no un judío, fue curado por el profeta Eliseo (Lc 4,26-27).

LA POSADA

En la tradición bíblica, la posada evoca un espacio amigo desde los tiempos de Abrahán, cuando el anciano estaba sentado a la puerta de su tienda, al mediodía, y al ver que se acercaban tres jóvenes, se levantó, les rogó que no pasaran de largo y que se alojaran en su casa. Allí les lavó los pies, les sirvió una espléndida comida, los agasajó con lo mejor que tenía, pan de flor de harina, leche recién ordeñada, el guiso de un ternero cebado... (Gn 18,1-8). En esta misma tradición de hospitalidad, tan característica de Oriente, encontramos pasajes que describen el albergue que ofreció la viuda de Sarepta al profeta Elías (1Re 17,7-15); el hospedaje que brindó el matrimonio de Suném al profeta Eliseo (2Re 4,8-17); la protección que Booz extendió sobre Noemí y sobre su nuera Rut, la moabita en los campos de Belén (Rut 2,1-14), incluso la acogida que Rajab, la prostituta de Jericó, dio a los espías israelitas (Jos 6,17), o el trabajo piadoso de Tobías, enterrando a sus compatriotas. En todos los casos la hospitalidad fue bendecida copiosamente por Dios.

El profeta Elías, al indagar acerca del futuro del pueblo elegido, lo describe en clave de acogida: “Habitará mi pueblo en albergue de paz, en moradas seguras y en posadas tranquilas” (Is 32,18). Y el salmista canta: “El Señor guarda a los peregrinos, sustenta al huérfano y a la viuda” (Sal 145,9). Un mandamiento permanente para el pueblo elegido es que debe mantener la memoria de que sus padres fueron peregrinos, nómadas que recibieron hospitalidad en diferentes naciones. María canta el Magníficat por las obras que Dios ha hecho en ella, y entre los diversos motivos por los que exulta y bendice al Señor es porque “auxilia a Israel su siervo, acordándose de la misericordia” (Lc 1,54).

En los pasajes reseñados, se constata una inesperada correspondencia entre hospitalidad y fecundidad, de tal manera que, por el gesto espléndido de hospedar, habiendo razones objetivas para excusarse –la ancianidad de Abrahán, el riesgo de muerte de la viuda de Sarepta–, los anfitriones recibieron la bendición más apreciada, la de abrazar un hijo.

En el Evangelio leemos pasajes del viaje de José y de María a Belén antes de nacer Jesús; vemos que, según algunas traducciones, tuvieron dificultad para encontrar hospedaje (Lc 2,7), aunque parece que lo más seguro no fue la falta de hospedaje, que iría contra la sensibilidad semita, más aún tratándose de una mujer embarazada, sino que no había sitio para una mujer a punto de

dar a luz en el piso de arriba de la posada, por el riesgo de quedar contaminada la estancia, en razón del parto, según la ley judía, interpretación que hacen algunos exegetas desde el texto original griego, cuando comparan la palabra que se usa para señalar el cenáculo, y el término que se emplea en la parábola del buen samaritano.

Son emblemáticos los textos del Nuevo Testamento en los que se describe por un lado, el comportamiento del buen samaritano, que lleva a un hombre herido a una posada (Lc 10,34), y por otro lado, el pasaje en el que los dos discípulos de Emaús invitan a Jesús a compartir albergue con ellos (Lc 24). Ambos textos son referentes a la hora de iluminar la acogida de huéspedes y de peregrinos. Si se suman los dos pasajes, se encuentra alguna coincidencia. En ellos aparecen elementos muy domésticos, el aceite, el vino y el pan, y resuena el salmo: “Haces brotar hierba para los ganados y forraje para los que sirven al hombre. Él saca pan de los campos, y vino que le alegra el corazón; aceite que da brillo a su rostro, y el pan que le da fuerzas” (Sal 104,14-15). Sin duda, todas las personas tienen capacidad y llamada para acoger, para ser relación. En ambos textos, se da además la concurrencia final de la desaparición: tanto el samaritano como el peregrino de Emaús, el Resucitado, desaparecen.

Betania, la casa de los amigos de Jesús, se convierte en icono de hospitalidad. Al contemplarlo, podemos descubrir lo que significa albergar, acoger, hospedar a un peregrino o a un amigo, y cómo el Señor bendice a quienes se portan con tanta generosidad con Él. El gesto de la mujer, de romper el frasco de perfume costoso a sus pies, será conocido por todo el mundo. “En verdad os digo que en cualquier parte del mundo donde se proclame este Evangelio se hablará también de lo que esta ha hecho, para memoria suya” (Mt 26,13).

En nuestra sociedad los que regentan albergues, posadas, pensiones, residencias, hoteles y complejos hosteleros no tienen, aparentemente, la misión de ejercer la misericordia de la hospitalidad, pero entre ellos hay muchos con verdadero sentido de acogida, sobre todo los que atienden albergues de peregrinos, los hospitaleros, los hospederos de los monasterios, así como entre quienes se dedican a los más pobres y ancianos, que dan testimonios fascinantes de verdadero amor.

A la hora de practicar la misericordia de recibir al forastero, más allá de tener un equipamiento adecuado para ello, o de dedicarse profesionalmente a esta tarea, siempre es posible un gesto amable, una indicación oportuna para quien pasa a nuestro lado. Hoy día, con los nuevos medios de comunicación, existen posibilidades más amplias para acompañar a los que necesitan una palabra cercana y amiga. Aunque la relación virtual nunca podrá superar la

que se establece rostro a rostro, es sin duda una posibilidad de combatir el sufrimiento de la soledad y del aislamiento, aunque también lo puede producir si sumerge al individuo en el fanal del Internet o de la comunicación virtual.

LA ACOGIDA

Son tiempos en los que se nos pide la sagacidad del Maestro. Él recibió de noche al fariseo Nicodemo (Jn 3), escuchó de madrugada, a la puerta del Templo, a la mujer acusada de adulterio (Jn 8); al mediodía entró a comer en casa de Mateo, a quien se tenía por especulador (Mt 9,9-13). Jesús, a su paso, miraba con amor a los marginales, liberó al postrado, que llevaba en su camilla treinta y ocho años (Jn 5), curó al ciego que estaba al borde del camino, a la salida de Jericó (Mc 10,46-52); perdonó los pecados del paralítico (Lc 5,20); tocó y libró de la enfermedad al leproso (Mt 8,1-3). Como afirma Francisco, “es el momento de escuchar el llanto de todas las personas inocentes depredadas de los bienes, la dignidad, los afectos, la vida misma”²⁹. Al atardecer multiplicó el pan (Jn 6); de noche celebró la Cena de Pascua con los suyos. Todas las horas del día están marcadas con un signo de hospitalidad.

En la Bula del Año de la Misericordia, el Papa cita dos ejemplos bíblicos: por un lado, el comportamiento de Dios con su pueblo, texto profético, si se lee desde la revelación del Nuevo Testamento: “El Señor libera a los cautivos, abre los ojos de los ciegos y levanta al caído; el Señor protege a los extranjeros y sustenta al huérfano y a la viuda; el Señor ama a los justos y entorpece el camino de los malvados” (Sal 146,7-9). Y por otro lado, se refiere a la enseñanza de Jesucristo. “No podemos escapar a las palabras del Señor y en base a ellas seremos juzgados: si dimos de comer al hambriento y de beber al sediento. Si acogimos al extranjero y vestimos al desnudo. Si dedicamos tiempo para acompañar al que estaba enfermo o prisionero (cf. Mt 25,31-45)”³⁰.

En resonancia con la invitación a la acogida que nos hace el Evangelio, evocamos las palabras que Francisco pronunció en su viaje apostólico a Paraguay, que refuerzan la misma llamada: “La Iglesia es madre de corazón abierto que sabe acoger, recibir, especialmente a quien tiene necesidad de mayor cuidado, que está en mayor dificultad. La Iglesia es la casa de la hospitalidad. Cuánto bien podemos hacer si nos animamos a aprender el lenguaje de la hospitalidad, del acoger. Cuántas heridas, cuánta desesperanza se puede curar en un hogar donde uno se pueda sentir recibido. Hospitalidad con el hambriento, con el sediento, con el forastero, con el desnudo, con el enfermo, con el preso (cf. Mt 25,34-37), con el leproso, con el paralítico. Hospitalidad con el que no piensa como nosotros, con el que no tiene fe o la ha perdido. Hospitalidad con el perseguido, con el desempleado. Hospitalidad

con las culturas diferentes, de las cuales esta tierra es tan rica. Hospitalidad con el pecador”³¹. En el rezo del Ángelus del domingo, 6 de septiembre de 2015, ante la terrible llegada de refugiados que llaman a las puertas de Europa, pidió a todas las instituciones de la Iglesia que acojan a una familia: “Que cada parroquia, cada comunidad religiosa, cada monasterio, cada santuario de Europa, acoja a una familia de prófugos, comenzando por mi diócesis de Roma”.

EL ACOMPAÑAMIENTO

En este tiempo es urgente el ministerio del acompañamiento espiritual. El ministerio de los que, como el ángel del Señor, indican la referencia del pan y del agua, elementos necesarios para recorrer el camino, símbolos sacramentales del bautismo y de la Eucaristía, del perdón y de la palabra amiga. Se fundan centros de escucha, se ofrece acompañamiento en las horas de duelo, crece la sensibilidad social ante la orfandad interior, aunque quizá con un lenguaje más secularizado.

En los relatos de Pascua, el texto del Evangelio de san Lucas también ilumina la tarea de acompañar a quienes van de camino, un tanto desanimados. Así sucede con los dos discípulos que salen de Jerusalén, dirección a Emaús, tristes y escépticos, y que gracias a la compañía y a la conversación que mantienen con el peregrino Jesús, quien les habla del sentido de las Escrituras, sienten calor en el corazón cuando estaban a punto de desertar del grupo de los discípulos del Nazareno. La escena termina con el reconocimiento del Señor en la fracción del pan.

PERSONALIZADOS EN EL ROSTRO DE CRISTO

Al escuchar las bienaventuranzas y las obras de misericordia que se describen en los Evangelios, tendemos a rastrear en la sociedad los posibles ejemplos para señalar a quienes muestran un perfil similar. No pocas veces nuestras apreciaciones tienen la limitación ideológica, y nos quedamos atrapados en valoraciones políticas, sociales o económicas, para aplicar a unos o a otros los títulos de dichosos, según nuestra manera de pensar y nuestra sensibilidad social.

Sobrecoge el realismo que el papa Francisco da a la presencia de Cristo en los pobres, a los que califica como “la carne de Cristo”. “No olvidéis la carne de Cristo que está en la carne de los refugiados: su carne es la carne de Cristo”³². Ellos son también el icono de la misericordia, en ellos nos podemos fijar para prestar nuestras manos, como el mismo Señor lo hizo con los pobres, los hambrientos, los enfermos y los marginados. “En cada uno de estos «más pequeños» está presente Cristo mismo. Su carne se hace de nuevo visible como cuerpo martirizado, llagado, flagelado, desnutrido, en fuga, para

que nosotros lo reconozcamos, lo toquemos y lo asistamos con cuidado. No olvidemos las palabras de san Juan de la Cruz: «En el ocaso de nuestras vidas, seremos juzgados en el amor»³³.

ROSTROS MISERICORDIOSOS

Jesús es el rostro de los rostros. En Él se reflejan todas las miradas de los hombres, las de los pobres, los pequeños, los enfermos y los marginados. En el rostro de Jesús la teología del icono alcanza la máxima expresión. Elaborando la materia más humilde se llega, por la oración, a transformarla en la manifestación de la gloria divina. En el icono de Cristo, el hombre es divinizado. En el rostro de la misericordia de Dios, en Jesucristo, se nos revela no solo que nuestra humanidad ha sido redimida, sino que nosotros podemos alargar nuestras manos para que otros perciban la verdad del misterio de la transfiguración, lo humano divinizado, la cruz hecha luz, el dolor convertido en ocasión propicia de entrega generosa. “Para ser capaces de misericordia, debemos en primer lugar colocarnos a la escucha de la Palabra de Dios. Esto significa recuperar el valor del silencio para meditar la Palabra que se nos dirige. De este modo es posible contemplar la misericordia de Dios y asumirla como propio estilo de vida”³⁴.

Si Jesús ha mirado a los pobres, a los enfermos, a los pecadores, a los marginados, a los extranjeros y a los paganos, al mirar el rostro del Señor, en su mirada nos encontramos con los destellos de todos los que se han acercado a Él pidiéndole misericordia. Si Jesús dice que quien lo ve a Él ve a su Padre, también puede decirse que quien mira a los que el Señor mira, se encuentra con el rostro reflejado de Cristo en el semblante de los que nos piden acogida.

Sorprende y a la vez nos produce escándalo propio, oír las sentencias de Mateo, pues los que han obrado con misericordia con los hambrientos, sedientos, extranjeros, enfermos, encarcelados han sido quienes ni siquiera tenían noticia de que en ellos estaban obsequiando al mismo Jesucristo.

Se ha escrito mucho sobre la confesionalidad de los llamados cristianos anónimos, aquellos que, sin saberlo, han tratado al prójimo con misericordia. ¡Cuánta mayor ternura nos debería nacer hacia los que se acercan a nuestras puertas, en quienes tenemos la revelación de la sacramentalidad de todo prójimo!

Cuando miramos a los otros, si no nos gusta lo que hacen, sentimos rechazo; y en cambio, nos mueve a emulación aquello que más nos fascina y atrae. El atractivo de las personas en que se fundamenta en tantos casos la amistad recíproca, hasta el amor, no está solo en la belleza física, sino en la espiritual, por la bondad y la paz que muestran en sus miradas y en sus acciones. Cuando se nos llama a mirar el rostro de Jesucristo como revelación

de la misericordia divina, no es solo para tener ante los ojos sus facciones, representadas en tantos iconos bellísimos, sino para fijarnos en sus obras. Él pasó por nuestro mundo haciendo el bien.

ANOTACIONES PARA EL EJERCICIO DE LA HOSPITALIDAD

A manera de resumen, y sin que se tomen como indicaciones moralistas, te recomiendo:

- 1 No preguntes quién es el que te pide ayuda. Si tienes fe, detrás de todos los rostros está el de Jesucristo. “Lo que hagáis a uno de estos, a mí me lo hacéis”.
- 1 No proyectes sobre el necesitado tu instinto de poder o de posesión. Cuando acojas, deja al mismo tiempo en libertad.
- 1 Es mejor mantener la discreción que el avasallamiento. Es mejor decir todos los días una palabra amable a una persona, que introducirla en casa y echarla después.
- 1 En tu bien hacer no proyectes tu protagonismo. El buen samaritano pagó por el herido en la posada y se marchó. Jesús se mostró a los discípulos de Emaús y desapareció.
- 1 No hagas las cosas con violencia, da de buena gana, que a quien lo hace así, lo bendice el Señor.
- 1 No llesves cuentas del bien hecho, el Señor es justo juez y es Él quien ve el corazón y tiene en cuenta tus acciones.
- 1 Aunque es bueno hacer el bien directamente a quien pasa a tu lado con necesidad, también es evangélico que no sepa tu mano izquierda lo que hace tu derecha.
- 1 Da a fondo perdido, aunque Jesús ha asegurado devolverte el ciento por uno, y nunca le ganarás en generosidad.
- 1 El momento más feliz es cuando te atreves a compartir hasta lo que necesitas, porque compruebas que, aunque das, no se te agota.

²⁶ Cf. *Misericordiae Vultus*, 15.

²⁷ Papa Francisco, homilía, Paraguay, 12 de julio, 2015.

²⁸ *Misericordiae Vultus*, 15.

²⁹ *Misericordiae Vultus*, 19.

³⁰ *Ibidem*, 15.

³¹ Homilía, Paraguay, 12 de julio, 2015.

³² Mensaje al Consejo Pontificio para la Pastoral de los emigrantes e itinerantes, 24 de mayo, 2013.

³³ *Misericordiae Vultus*, 15

³⁴ *Misericordiae Vultus*, 13.

VISITAR A LOS ENFERMOS

“Venid vosotros, benditos de mi Padre; heredad el reino preparado para vosotros desde la creación del mundo. Porque estuve enfermo y me visitasteis” (Mt 25,36).

“Al desembarcar, vio mucha gente, sintió compasión de ellos y curó a sus enfermos” (Mt 14,14).

LA ENFERMEDAD Y LOS SENTIDOS CORPORALES

Visitar a los enfermos es una obra de misericordia motivo de responsabilidad y exigencia de justicia para los que tenemos salud. La enfermedad es una experiencia límite, en ocasiones muy fuerte, que afecta el ánimo de las personas produciendo reacciones de profunda tristeza. Cuando nos sentimos jóvenes, con fuerzas, plétóricos de energía y vitalidad, puede parecer que todo ello es normal. Solo cuando se ha padecido alguna dolencia importante se valora la salud, la autonomía de movimientos y, si se supera la prueba, surge en muchos el agradecimiento a Dios y a las mediaciones humanas. Escandaliza la insensibilidad que cabe tener con los más débiles cuando se disfruta de buena salud. Sin embargo, como dicen los padres Camilos, todos más pronto o más tarde, tendremos que pasar por el hospital.

Quienes estamos sanos, al mirar a los enfermos, deberíamos sentir el deseo de acompañarlos, de mostrarles cercanía y de ser solidarios ante sus necesidades. La enfermedad vuelve muy sensibles a las personas, y en esa circunstancia se valoran mucho todos los gestos de cercanía hacia los que padecen alguna quiebra de salud. Para algunos, la reacción natural es la huida, porque no soportan la imagen de los que sufren, pero en otros casos puede admirar la opción solidaria. Son muchas las asociaciones de voluntarios que se dedican a los más necesitados y entre ellos a los enfermos.

A la hora de tener una referencia ejemplar de cómo acompañar a los enfermos, existen modelos y terapias profesionales. Es un trabajo difícil; se suele advertir al cuidador del riesgo que supone la entrega permanente a quien padece alguna enfermedad crónica. Son numerosos los casos de lo que se denomina el “profesional quemado”, y sobre todo el familiar agotado.

Desde la perspectiva de las obras de misericordia, nos fijamos en el texto evangélico para obtener la orientación adecuada si queremos portarnos misericordiosamente. En los Evangelios se cita una lista amplia de enfermos, a los que se refieren las distintas secuencias, en las que Jesús actúa de manera favorable con ellos. Los hay ciegos, cojos, sordos, mudos, parálíticos,

lisiados, con fiebre, con hemorragias, leprosos, poseídos del mal... Si comparamos las discapacidades que se enumeran, según las diferentes enfermedades, y recordamos los salmos que describen a los ídolos y a los que les dan culto, sorprende la concurrencia que se establece entre ambas referencias. Los ídolos tienen ojos y no ven, oídos y no oyen, no tiene voz su garganta, manos y no tocan, pies y no andan (Sal 113b; Sal 134), y quienes caen en la idolatría son como ellos. Desde esta analogía, cabe interpretar el campo de la dolencia a la que se refiere el Evangelio, no solo a la enfermedad física de no ver, no oír, no hablar..., sino también a la dolencia espiritual, por la falta de sensibilidad y hasta por la posible pérdida de la fe.

Desde el sumario que se da en los Evangelios de las curaciones físicas por parte de Jesús, relacionadas con los sentidos corporales, y la descripción de la falta de percepción sensible en quienes dan culto a los ídolos, por el embotamiento de sus sentidos, cabe observar que el Maestro, cuando cura las dolencias del cuerpo, no solo abre los ojos y los oídos, sino que despierta la fe y el seguimiento en los curados. En algún texto evangélico se relaciona explícitamente la enfermedad con el pecado. Jesús desvincula, en algunos casos, la atrofia de los sentidos del fruto del pecado; así lo vemos cuando le preguntan: “«Maestro, ¿quién pecó: este o sus padres, para que naciera ciego?» Y Jesús contestó: «Ni este pecó ni sus padres, sino para que se manifiesten en él las obras de Dios»” (Jn 9,1-3). Sin embargo, en otro pasaje se lee: “Mira, has quedado sano; no peques más, no sea que te ocurra algo peor” (Jn 5,14). En Cafarnaúm aparece de manera explícita la conexión entre pecado y enfermedad, cuando descolgaron la camilla donde yacía el paralítico. “Viendo Jesús la fe que tenían, le dice al paralítico: «Hijo, tus pecados te son perdonados»” (Mc 2,4-5).

Muchos interpretan la enfermedad como maldición o castigo, y se preguntan: “¿Qué he hecho yo para merecer esto?” o “¿qué le he hecho yo a Dios, para que me trate así?”. En estas preguntas se manifiesta una proyección deísta de lo que pensamos que debiera ser Dios. Cuando, según la revelación, ha sido el Crucificado la respuesta divina al dolor del hombre, es decir, Dios mismo se ha hecho nuestro dolor y nuestra enfermedad, hasta nuestra muerte. “La estrategia de Dios para vencer el mal consiste, pues, en asumirlo y hacerlo propio de alguna manera, en compadecerlo por amor. No en proporcionarnos una teoría sobre él”³⁵.

En la Biblia, los libros de Jonás, de Tobías, de Job, de Ester son textos sapienciales que iluminan mucho a la hora de desvincular enfermedad, prueba, desgracia, de maldición y castigo divinos. En muchos casos la prueba es parte de un relato en el que, superada la circunstancia adversa, esta se convierte en la experiencia más profunda del paso de Dios por la vida de una

persona.

EL CUIDADO DEL CUERPO

Al hilo de las dolencias del cuerpo y de las obras de misericordia contempladas, cuando, por ejemplo, vestir al desnudo no solo significa la dimensión social de entregarle una manta, sino que abarca también la dimensión teologal de considerar su identidad, por haber el Creador elevado nuestra corporeidad a la más alta dignidad, revistiéndonos con la naturaleza humana del Verbo encarnado, más allá de nuestro aspecto físico, surge la llamada de atención por las posibles reacciones ante los discapacitados. El papa Francisco advierte: “En esta época en la que el cuidado del cuerpo se ha convertido en un mito de masas y por tanto en un negocio, lo que es imperfecto debe ser ocultado, porque va en contra de la felicidad y de la tranquilidad de los privilegiados y pone en crisis el modelo imperante”³⁶.

En contraste con el ocultamiento de los que juzgamos imperfectos, o con la huida frente a los más débiles, la cultura actual impone el cultivo del aspecto físico y su mitificación. Sorprende hasta qué extremo la moda, por ejemplo, del *selfie*, produce una mayor demanda de cosméticos. La obsesión por el peso llamado ideal, por el cuidado estético, que impone la moda o el deseo obsesivo de mostrar el mejor aspecto físico, contrasta con la enseñanza cristiana. El tratamiento honesto del cuerpo y la terapia para procurar la salud corporal son mandamiento, por tener que cuidar el don recibido, la vasija en la que el Creador ha querido que tomáramos historia. Sin embargo, debemos estar atentos para que no se convierta en idolatría. “Hermanos, somos deudores, pero no de la carne para vivir según la carne. Pues si vivís según la carne, moriréis; pero si con el Espíritu dais muerte a las obras del cuerpo, viviréis” (Rm 8,12-13). San Agustín aconseja: “Me dirijo a vosotros con las palabras del Apóstol: vestíos del Señor Jesucristo, y que el cuidado de vuestro cuerpo no fomenta los malos deseos, para que os revistáis de la vida que se os ha comunicado en el sacramento. Los que os habéis incorporado a Cristo por el bautismo, os habéis revestido de Cristo. Ya no hay distinción entre judíos y gentiles, esclavos y libres, hombres y mujeres, porque todos sois uno en Cristo Jesús”³⁷.

JESÚS Y LOS ENFERMOS

A la hora de meditar las obras de misericordia con deseo de practicarlas, es imprescindible mirar a Jesús, pues Él es el rostro de la misericordia de Dios. Jesús no solo pronuncia un discurso para aconsejar unas prácticas compasivas, sino que Él mismo se compadeció de cuantos tenían necesidad. El Maestro muestra una especial sensibilidad hacia los enfermos: “No necesitan médico los sanos, sino los enfermos. No he venido a llamar a justos,

sino a pecadores” (Mc 2,16-17). “No pudo hacer allí ningún milagro, solo curó algunos enfermos imponiéndoles las manos. Y se admiraba de su falta de fe” (Mc 6,5).

Jesús no se relaciona con los enfermos simplemente de paso, sino que se detiene ante ellos, los sana y los rehabilita. Así lo atestiguan los numerosos textos evangélicos: “Al ponerse el sol, todos cuantos tenían enfermos con diversas dolencias se los llevaban, y Él, imponiendo las manos sobre cada uno, los iba curando” (Lc 4,40). “Lo seguía mucha gente, porque habían visto los signos que hacía con los enfermos” (Jn 6,2). “Al anochecer, cuando se puso el sol, le llevaron todos los enfermos y endemoniados. La población entera se agolpaba a la puerta. Curó a muchos enfermos de diversos males” (Mc 1,32-34). “Ellos salieron a predicar la conversión, echaban muchos demonios, ungían con aceite a muchos enfermos y los curaban” (Mc 6,12).

La atención a los enfermos se convierte, además, en signo identitario. Jesús responde a los discípulos de Juan el Bautista: “Id a anunciar a Juan lo que estáis viendo y oyendo: los ciegos ven y los cojos andan; los leprosos quedan limpios y los sordos oyen” (Mt 11,4). En el discurso de presentación en la sinagoga de Nazaret, Jesús, al leer el texto del profeta Isaías, anunció el año de gracia del Señor: “El Espíritu del Señor está sobre mí, porque Él me ha ungido. Me ha enviado a evangelizar a los pobres, a proclamar a los cautivos la libertad, y a los ciegos, la vista; a poner en libertad a los oprimidos; a proclamar el año de gracia del Señor” (Lc 4,18-19). En estos textos, los signos que hace Jesús revelan a la vez que su identidad mesiánica, la sensibilidad por los enfermos y la enseñanza que deben aprender los discípulos.

Sin minusvalorar el realismo histórico de las intervenciones de Jesús en favor de los enfermos, rehabilitando sus capacidades, desde la referencia sálmica, descubrimos que el paso del Señor por la vida de quienes yacen en el dolor no solo tuvo efectos restauradores de la salud corporal, sino que el texto sagrado nos permite interpretar que también se dieron curaciones de las enfermedades que se derivan de haber desviado el corazón, y de haber caído en la idolatría pasional, por la que, de alguna manera, se padece ceguera, sordera, insensibilidad para percibir la realidad trascendente. Esta dimensión espiritual deja una puerta abierta al ejercicio de la obra de misericordia de visitar a los enfermos tanto en las dolencias físicas como interiores, espirituales.

EL CUERPO ESPEJO DEL ALMA

Los Evangelios describen signos que hace Jesús entre los que padecen alguna atrofia de sus sentidos corporales. Devuelve la vista a los ciegos:

“Hizo barro con la saliva, se lo untó en los ojos al ciego, y le dijo: «Ve a lavarte a la piscina de Siloé (que significa Enviado)». Él fue, se lavó, y volvió con vista” (Jn 9,6-7); da voz a los mudos y oído a los sordos: “Él, apartándolo de la gente, a solas, le metió los dedos en los oídos y con la saliva le tocó la lengua. Y mirando al cielo, suspiró y le dijo: Effetá (esto es, «ábrete»). Y al momento se le abrieron los oídos, se le soltó la traba de la lengua y hablaba correctamente” (Mc 7,33-35); los paralíticos recuperan la movilidad: “Jesús le dice: «Levántate, toma tu camilla y echa a andar». Y al momento el hombre quedó sano, tomó su camilla y echó a andar” (Jn 5,8); limpia a los que padecen lepra: “Vinieron a su encuentro diez hombres leprosos, que se pararon a lo lejos y a gritos le decían: «Jesús, maestro, ten compasión de nosotros». Al verlos, les dijo: «Id a presentaros a los sacerdotes». Y sucedió que, mientras iban de camino, quedaron limpios” (Lc 17,12-14); sana a los poseídos de malos espíritus: “Él iba caminando de ciudad en ciudad y de pueblo en pueblo, proclamando y anunciando la Buena Noticia del reino de Dios, acompañado por los doce, y por algunas mujeres, que habían sido curadas de espíritus malos y de enfermedades” (Lc 8,1-2); y hasta resucita a los muertos: “Y dicho esto, gritó con voz potente: «Lázaro, sal afuera». El muerto salió” (Jn 11,43-44) ...

Si reparamos atentamente en los relatos de curaciones, en muchos de ellos aparece la alusión a una postura del cuerpo de quien se muestra necesitado. Sorprende tal referencia y revela, sin duda, un significado mayor. En la Biblia, hay imágenes y palabras que, si no se contextualizan, no llegan a expresar su sentido más pleno. La posición física de los distintos personajes corresponde a su identidad personal, situación social, moral o espiritual. No da lo mismo que el texto señale que el publicano estaba postrado y el fariseo de pie. No da igual estar echado en el suelo, que arrodillado; sentado, que de pie; inclinado, que erguido... La postura de estar tumbado, echado en el suelo, es imagen de persona destruida. En los Evangelios se habla de que el ciego de Jericó estaba al borde del camino, echado sobre su manto (Mc 10,46). El paralítico de Betesda llevaba treinta y ocho años tumbado, sin poderse mover (Jn 5,5-6). La cananea se echó a los pies del Señor. María de Betania se puso a los pies de Jesús; el leproso samaritano, ya curado, se postra ante el Señor. Postrado o de rodillas son posturas piadosas: “Me postré ante el Señor” (Dt 9,25-10,2); “Esdras oraba y hacía esta confesión, llorando y postrado ante el templo de Dios” (Esd 10,1-2); “luego se inclinaron y adoraron al Señor, rostro en tierra” (Neh 8,6); “se le acerca un leproso, suplicándole de rodillas: «Si quieres, puedes limpiarme»” (Mc 1,40-43). Cabe inclinar el cuerpo, agachar la cabeza como signo de respeto y de sumisión: “El hombre se inclinó en señal de adoración al Señor y dijo: «Bendito sea el Señor, Dios de mi amo Abrahán, que no ha retirado su benevolencia y

fidelidad a mi amo»” (Gn 24,26-27). Entonces, el pueblo se inclinó y se postró (Ex 12,27). El mismo Jesús personaliza la relación que mantiene con su Padre con distintas posiciones físicas. “Se apartó de ellos como a un tiro de piedra y, arrodillado, oraba diciendo: «Padre, si quieres, aparta de mí este cáliz; pero que no se haga mi voluntad, sino la tuya»” (Lc 22,40-43).

REHABILITADOS

Al observar los detalles con los que se relatan las curaciones, se puede ver que Jesús invita a los distintos enfermos a levantarse. Así lo comprobamos de manera emblemática en el relato del ciego de Jericó, quien pasa de estar en el suelo echado, a levantarse y emprender el camino del seguimiento: “Llamaron al ciego, diciéndole: «Ánimo, levántate, que te llama». Soltó el manto, dio un salto y se acercó a Jesús. Jesús le dijo: «¿Qué quieres que te haga?» El ciego le contestó: «*Rabbuni*, que recobre la vista». Jesús le dijo: «Anda, tu fe te ha salvado». Y al momento recobró la vista y lo seguía por el camino” (Mc 10,46-52). Para describir la exaltación de Jesús y que resucitará, el texto sagrado original emplea el mismo verbo que cuando alude a los enfermos a los que el Señor les invita a levantarse y, cuando esto sucede, acontece la máxima rehabilitación.

De manera semejante se describe la curación del paralítico de Betesda: “Jesús le dice: «Levántate, toma tu camilla y echa a andar». Y al momento el hombre quedó sano, tomó su camilla y echó a andar. Aquel día era sábado” (Jn 5,5-9). Ante el leproso samaritano: “Le dijo: «Levántate, vete; tu fe te ha salvado»” (Lc 17,12-19). Dirigiéndose al hijo muerto de la viuda de Naím dijo: “«¡Muchacho, a ti te lo digo, levántate!» El muerto se incorporó y empezó a hablar, y se lo entregó a su madre” (Lc 7,12-15). Al paralítico de Cafarnaúm: “A ti te lo digo, ponte en pie, toma tu camilla, vete a tu casa”. Y, al punto, levantándose a la vista de ellos, tomó la camilla donde había estado tendido y se marchó a su casa dando gloria a Dios” (Lc 5,18-25). Si parece significativo que se ponga de pie quien está postrado, no parece que sea tan necesario mandar lo mismo al que solo tiene parálisis en un brazo y, sin embargo, encontramos la misma invitación: “Dijo al hombre de la mano atrofiada: «Levántate y ponte en medio». Y, levantándose, se quedó en pie” (Lc 6,6-8).

LEVANTARSE

El verbo levantar y su forma reflexiva, levantarse, tiene en castellano un significado de movimiento corporal, bien de una acción de fuerza, y referido a personas, de ponerse en pie, cabe que sea de manera autónoma o con ayuda. En el texto bíblico, el verbo griego que traducimos por levantarse, tiene una acepción muy significativa, porque en algunos casos se emplea para describir

el hecho más asombroso, que es el de resucitar. “No tengáis miedo. ¿Buscáis a Jesús el Nazareno, el crucificado? Ha resucitado” (Mc 16,6). En el original griego encontramos dos verbos, utilizados especialmente en relación con los textos de resurrección, que también se traducen por levantarse. Ponerse de pie, levantarse, ¿indicará participar en la resurrección, convertirse?; y comenzar de nuevo a andar, por saberse perdonado y curado de parálisis, ¿significará un cambio de vida?

Para fundamentar nuestra fe es suficiente el anuncio que recibieron las mujeres de parte del personaje celeste, vestido de blanco, que les aseguró que Jesús había resucitado. Pero ante esa noticia, podemos quedar distantes del acontecimiento, pues para resucitar, antes debemos morir. Sin embargo, en las Sagradas Escrituras, al encontrar el mismo verbo con el que se describe la resurrección del Señor en los pasajes en que se relatan las curaciones, sí podemos sentirnos aludidos, y sobre todo invitados a una novedad de vida.

NOVEDAD DE VIDA

El evangelista san Marcos relata la escena, en la que aparece un paralítico que han descolgado desde la terraza, y han colocado delante de Jesús. Al ver el Señor la fe que tenían, le impartió el perdón de los pecados, y ante el escándalo que se formó por perdonar los pecados, les interpeló: “¿Qué es más fácil, decir al paralítico: Tus pecados te son perdonados, o decir: Levántate, coge la camilla y echa a andar?”. En este signo leemos cómo el perdón precede a la curación. Según este pasaje, y desde el recorrido de los textos referidos, el movimiento de incorporarse o de levantarse, en el contexto de los relatos bíblicos no solo se relaciona con una curación de los sentidos, sino que también tiene una incidencia en la conciencia, de la que surge la opción de seguimiento evangélico como respuesta a la gracia recibida.

Al considerar la aplicación del verbo “levantar” en su forma reflexiva, levantarse, y al hallarlo en una escena de conversión, de inicio de una nueva vida, de un cambio existencial, interpreto que aparte del movimiento físico, significa un cambio esencial de conducta. Así se puede observar en algunos textos: “Salió de nuevo a la orilla del mar; toda la gente acudía a Él y les enseñaba. Al pasar vio a Leví, el de Alfeo, sentado al mostrador de los impuestos, y le dice: «Sígueme». Se levantó y lo siguió” (Mc 2,13-14). En un texto paralelo, con cambio de protagonista, encontramos: “Al pasar vio Jesús a un hombre llamado Mateo sentado al mostrador de los impuestos, y le dijo: «Sígueme». Él se levantó y lo siguió” (Mt 9,9). “Al llegar Jesús a la casa de Pedro, vio a su suegra en cama con fiebre; le tocó su mano y se le pasó la fiebre; se levantó y se puso a servirle” (Mt 8, 14-15). En todos los casos al movimiento de levantarse le sigue la conversión, la generosidad, el servicio.

La conversión, tanto de Mateo como de Leví, se narra de forma muy sintética con los dos verbos, “se levantó y lo siguió”. En muy pocas palabras se describe el cambio radical que supone pasar de estar sentado a levantarse, de estar quieto a ponerse en camino, de permanecer, puestas las manos en el dinero, a repartir los bienes y decidirse a ir detrás de Jesús. Si consideramos la descripción de la conversión de san Pablo, encontramos el mismo verbo: “«Saúl, Saúl, ¿por qué me persigues?» Dijo él: «¿Quién eres, Señor?» Respondió: «Soy Jesús, a quien tú persigues. Pero levántate, entra en la ciudad, y allí se te dirá lo que tienes que hacer». Sus compañeros de viaje se quedaron mudos de estupor, porque oían la voz, pero no veían a nadie. Saulo se levantó del suelo, y, aunque tenía los ojos abiertos, no veía nada” (Hch 9,4-8). En el relato, no solo aparece la acción de ponerse en pie cuando Saulo ha quedado descabalgado, sino que, en el momento de iniciarse en la fe cristiana, el texto apela con la misma acción verbal a dar el paso definitivo: “Ahora, pues, ¿por qué te detienes? Levántate, bautízate y lava tus pecados invocando el nombre del Señor” (Hch 22,16).

Si hay un pasaje emblemático de conversión en el Evangelio, es la parábola de los dos hijos, llamada del hijo pródigo o del padre bueno (Lc 15), en la que se puede leer, relacionado con el hijo menor: “Se levantó y fue a donde estaba su padre” (Lc 15,20-21). El movimiento de levantarse expresa toda la voluntad de comenzar de nuevo.

En la última Cena, aparece la misma expresión para narrar el acto supremo de Jesús: “Se levantó”. Sorprende que el autor sagrado utilice, en el momento del mayor abajamiento, cuando el Maestro se puso a lavar los pies, el verbo de resurrección, “se levantó”, como si quisiera con ello significar por adelantado el misterio pascual (Jn 13,3-4). En definitiva, la Eucaristía es el sacramento de la muerte y resurrección de Cristo, ofrenda pascual.

RESUCITAR

Los verbos que se traducen por levantarse se encuentran en los relatos pascales. “Lo mismo pasa con la resurrección de los muertos: lo que se entierra es corruptible, lo que resucita es incorruptible; lo que se entierra es despreciable, lo que resucita es glorioso; lo que se entierra es débil, lo que resucita es fuerte; lo que se entierra es un cuerpo material, lo que resucita es un cuerpo espiritual. Así como hay cuerpo material, también lo hay espiritual” (1Co 15,42-44). “Y cuando resucitó de entre los muertos, los discípulos se acordaron de que lo había dicho, y creyeron a la Escritura y a la Palabra que había dicho Jesús” (Jn 2,22).

En la parábola del hijo pródigo, el padre bueno explica a su hijo mayor la razón del banquete: “Pero ahora debemos hacer fiesta y alegrarnos, porque tu

hermano, que estaba muerto, ha vuelto a vivir; se había perdido y lo hemos encontrado” (Lc 15,32). En otro momento, al llegar Jesús a casa de la niña muerta, echaron a la gente, entró Él, “cogió a la niña de la mano y ella se levantó” (Mt 9,25), y se la entregó a sus padres, para que le dieran de comer.

En definitiva, el paso de Jesús por nuestra historia debería producir regeneración, renovación de la opción de vida según la vocación que tenga cada uno. El ejercicio de misericordia de visitar a los enfermos, implica así una dimensión espiritual, y desde ahí, no solo la obra de misericordia se debería ejercitar con quienes padecen una patología física, sino con tantos que se cruzan en nuestro camino y necesitan recuperar la fe, la esperanza, el ánimo.

MISIÓN DE CURAR

El ejemplo de Jesús se convierte en misión. El Maestro, que ha pasado haciendo el bien y curando a tantos de su enfermedad, se prolonga en los suyos: “Luego los envió a proclamar el reino de Dios y a curar a los enfermos (Lc 9,2). “Si entráis en una ciudad y os reciben, comed lo que os pongan, curad a los enfermos que haya en ella, y decidles: El reino de Dios ha llegado a vosotros” (Lc 10,8-9). “Id al mundo entero y proclamad el Evangelio a toda la creación. El que crea y sea bautizado se salvará; el que no crea será condenado. A los que crean, les acompañarán estos signos: echarán demonios en mi nombre, hablarán lenguas nuevas, cogerán serpientes en sus manos y, si beben un veneno mortal, no les hará daño. Impondrán las manos a los enfermos, y quedarán sanos” (Mc 16,15-18). “Habiendo convocado Jesús a los doce, les dio poder y autoridad sobre toda clase de demonios y para curar enfermedades” (Lc 9,1).

Se puede comprobar cómo asumieron los primeros discípulos de Jesús la misión de mirar entrañablemente a los enfermos, a la manera de su Maestro. Lo encontramos en los Hechos de los Apóstoles: “«No tengo plata ni oro, pero te doy lo que tengo: en nombre de Jesucristo Nazareno, levántate y anda». Y agarrándolo de la mano derecha lo incorporó. Al instante se le fortalecieron los pies y los tobillos, se puso en pie de un salto y echó a andar” (Hch 3,6-8).

Se repiten las escenas, los signos se describen con los mismos gestos, y con los mismos efectos. “Pedro, que estaba recorriendo el país, bajó también a ver a los santos que residían en Lida. Encontró allí a un cierto Eneas, un paralítico que desde hacía ocho años no se levantaba de la camilla. Pedro le dijo: «Eneas, Jesucristo te da la salud; levántate y arregla tu lecho». Se levantó inmediatamente” (Hch 9,32-34). “Al llegar, lo llevaron a la sala de arriba, y se presentaron todas las viudas, mostrándole con lágrimas los vestidos y mantos

que hacía Gacela, Tabita, mientras estuvo con ellas. Pedro, mandando salir fuera a todos, se arrodilló, se puso a rezar y, volviéndose hacia el cuerpo, dijo: «Tabita, levántate». Ella abrió los ojos y, al ver a Pedro, se incorporó” (Hch 9,39-40).

En la Iglesia son muchos los que siguen el ejemplo del Nazareno. Gracias a carismas muy especiales, se prolonga entre nosotros la obra de misericordia de visitar, curar, animar, acompañar a los enfermos, y a tantos que padecen soledad, vacío, desánimo, desesperanza. “Dios hacía por medio de Pablo milagros no comunes, hasta el punto que bastaba aplicar a los enfermos pañuelos o ropas que habían tocado su cuerpo para que se alejasen de ellos las enfermedades y saliesen los espíritus malos” (Hch 19,11-12).

Desde la interpretación contextual de las secuencias evangélicas, en las que aparecen descritos los signos que hizo Jesús, a la hora de practicar la misericordia con los enfermos, aunque no tenemos poder para hacer esos milagros, sin embargo, sí podemos acompañar, consolar, compadecer, estar cerca de cuantos sufren alguna necesidad, como mejor expresión de la obra de misericordia.

Pero quizá sea cada uno quien deba ser el primero en ponerse en pie, recuperar la fuerza, la ilusión, la alegría de seguir al Señor.

INVITACIÓN

- 1 Levántate de la postración del pecado, de tus comodidades, de tus parálisis y miedos, de tus egoísmos.
- 1 Levántate con ánimo y fortaleza y vence tu debilidad.
- 1 Levántate y camina hacia Dios. Levántate, porque el Señor te llama, te espera, te quiere, te libera, te sostiene, te perdona.
- 1 Levántate y lleva con valor tu historia.
- 1 Levántate y avanza al encuentro de tu hermano, para dar lo mejor de ti mismo, tu sonrisa, tu acogida, tu escucha, tu palabra, porque se han rehabilitado tus sentidos.

³⁵ García, J.A. *Ob. cit.*, 142.

³⁶ Discurso en el encuentro con discapacitados, 12 junio 2016.

³⁷ *Sermón en la octava de Pascua* 8,1-4. Liturgia de las Horas, domingo II de Pascua.

PERDONAR LAS OFENSAS

“Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia” (Mt 5,7).

“No juzguéis, y no seréis juzgados; no condenéis, y no seréis condenados; perdonad, y seréis perdonados” (Lc 6,37-38).

“Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen” (Lc 23,34).

“Perdónanos nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden” (Mt 6,12).

Afirmaba el profesor Miguel García Baró, al hilo de una conferencia que tituló “¿Nihilismo o esperanza?”: “Hoy se da una refutación afectiva y práctica del Absoluto”. Esta es una de las causas que llevan al nihilismo, añadía. Pero en medio del rechazo al Absoluto, se preguntaba: ¿Qué caracteriza al cristiano, hoy? A lo que respondía: “Un cristiano es un portador de esperanza absoluta, de esperanza teologal”.

Pero ¿dónde fundar la esperanza? Y continuaba el profesor: “El amor absoluto es el fundamento de todas las cosas”, y desde él es posible la esperanza. Pero “¿cómo creer en eso? ¿Cómo hacer creíble la esperanza absoluta?”. Y se respondía, a la vez que afirmaba: “La esperanza absoluta es posible porque todo se borra, se puede rescatar la novedad, y vivir algo nuevo, hasta hacer nuevo el pasado”.

Los problemas se resuelven, pero ante los misterios hay que abrirse a la novedad. “Todo presente nos ofrece comenzar algo nuevo, que no está defendido por nuestro pasado. Todo está siendo nuevo. Cada uno puede comenzar algo nuevo, que no está condicionado por el pasado”. Por un momento se puede comenzar algo radicalmente nuevo. Nada vuelve igual nunca. Y es el perdón el que posibilita la novedad.

¿QUÉ ES LA OFENSA?

Por ofensa entendemos el daño que sufrimos de los otros o provocamos en ellos de manera consciente. Puede producirse como efecto de un agravio, de un desdén, por falta de sensibilidad y de respeto, por violencia descontrolada... Sin duda que la obra de misericordia de perdonar las ofensas, se refiere a las que recibimos de los demás, y que son causa de deterioro en las relaciones interpersonales, y hasta de rompimiento. Sin embargo, la clave para moverse al perdón, desde la llamada evangélica, estriba en la conciencia de saberse perdonado, no solo por otro semejante, sino también por Dios. En este caso la ofensa adquiere una densidad mayor, pues significa haber

violentado la relación teologal. Jesús ha revelado que lo que hagamos al prójimo a Él se lo hacemos; desde este principio no se puede deslindar la ofensa al prójimo de la ofensa a Dios.

La ofensa es pecado, y el pecado es la obstinación de vivir exiliado dentro de uno mismo, ignorando o rompiendo la propia dignidad, la del prójimo y la relación con Dios. Por el pecado se da la espalda al amor divino, se deteriora la creación y la fraternidad, y en el corazón entra la oscuridad, fruto del egoísmo y de toda idolatría, bien sea del poder, del tener o del placer.

La ofensa, la culpa y el pecado hacen perecer en el narcisismo egolátrico por el yo que se yergue ostentoso, ensimismado, cerrándose a la misericordia con el prójimo e incluso con uno mismo. El que ofende, mientras se obstina en permanecer emancipado de la gracia y del perdón, se vuelve insensible a la belleza, a la bondad y a la verdad reveladas por Dios en la creación, en el rostro del otro y en la profundidad de su propio ser.

Ha habido personas que, una vez probado el exilio, como le ocurrió al hijo pródigo, en el momento de su mayor distancia de Dios, reconocieron su pecado y, convertidos, llegaron a ser testigos del perdón. San Agustín confesó: “Feliz culpa que nos mereció tal Redentor”. Santa Micaela exclamó: “Dichosos pecados que me merecen de Dios tanta paciencia”.

Algunos, para no tener que perdonar, se vuelven rebeldes, se defienden de toda relación humana, y viven en su fanal endogámico. Pero esta reacción destruye por el egocentrismo que manifiesta. El papa Francisco llegó a decir: “Prefiero una Iglesia accidentada por salir, que enferma por encerrarse” (18 de mayo, 2013).

Hay en nuestra naturaleza, sin embargo, resistencias a perdonar. Pero quienes no perdonan son como los jueces inmisericordes, arrastran de por vida heridas incurables, se aíslan en sus feudos egoístas; sucumben a la tentación del orgullo herido, se condenan al miedo de la venganza; se vuelven suspicaces; no podrán convivir consigo mismos.

El pecado rompe la relación trascendente, encierra en la desesperanza, impide contemplar el rostro divino que habita el interior del ser y en la mirada del prójimo, esclaviza, exilia, secuestra, hunde y deprime, entristece, endurece el corazón. Sin embargo, el pecador sigue siendo amado por Dios, quien le invita permanentemente al retorno, a levantarse de la postración deshumanizadora.

No hay pecado que impida el perdón divino, pero Dios no allana la conciencia, respeta los procesos e intenta mover el corazón del que ofende para que reconozca su culpa y restaure la relación filial y amiga con Él y con los hermanos; y en el ofendido, reblandece sus entrañas para que se mueva al

perdón.

¿QUÉ ES EL PERDÓN?

La santidad, la perfección y la misericordia forman un tríptico que revela la identidad de Dios, que hace salir el sol para justos e injustos, tríptico que es también llamada para cumplir sus mandatos. El Señor nos ha dado ejemplo de saber amar y perdonar a los propios enemigos.

Por nuestra naturaleza nos parece cosa imposible tener sentimientos positivos hacia quien nos agravia o nos hace daño y se muestra enemigo. Y, sin embargo, el texto sagrado nos invita a amar a nuestros enemigos y a orar por los que nos persiguen.

El amor, lo mismo que el perdón, nacen de saberse amado y perdonado. De lo contrario, se instalará en nosotros la sensación permanente de perdedores. Pero en fe, el que perdona gana porque se libera del peso del resentimiento y siembra la semilla de la esperanza de saberse un día también perdonado.

El perdón, aunque cabe decidirlo en el corazón, necesita expresarse y ser celebrado para que quede como hito histórico en la biografía personal. De ahí viene en tantos momentos la necesidad de la mediación sacramental por la que se recibe la gracia de la misericordia. Así se evita sumergirse en el subjetivismo autojustificativo. Es bueno, además de confesar, atreverse a explicitar el perdón, aunque sea de manera indirecta, a quien nos ha ofendido con algún gesto que distienda la violencia y supere la posible enemistad enquistada.

Una clave para que nazca de nosotros el perdón es la que grita el Crucificado desde la Cruz: “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen”. Cuántas veces nos ofendemos por el comportamiento de los demás, cuando quizá son también inconscientes del daño que nos hacen. Este pensamiento alivia al menos.

El perdón se comprende y se ejercita con mayor generosidad desde la experiencia de saberse perdonado. El que se siente perdonado adquiere conciencia de su fragilidad, al tiempo que se le concede saberse criatura nueva. Y el que perdona gusta la paz, conoce a Dios, testimonia el don divino. El que se sabe necesitado de perdón se reencuentra con su ser más profundo; el perdonado gusta el amor de las entrañas divinas, y el que perdona se libera del peso de la sombra más oscura, como puede ser el odio, la venganza o el rencor.

El perdón posibilita la novedad de vida permanentemente. Se renace del perdón. Gracias al perdón se autentifica la conversión, que acontece al dejarse mirar por Dios y saberse bajo su mirada. Cuando esto sucede, el alma se

ilumina, y en el espacio interior, a la vez que se siente la atracción de la luz, se descubre la propia pobreza, la debilidad y el pecado, y surge la reacción humilde de la súplica de perdón.

NECESIDAD DE MISERICORDIA

Para sentirse perdonado, antes debe haber conciencia de debilidad y de pecado. Depende de la propia sensibilidad que se perciba la necesidad de perdón. Solo desde la humildad es posible reconocer que se necesita el perdón. También hace falta la dimensión teologal, creyente, por la que se acude a quien tiene poder de perdonar.

En la dialéctica ofensa-perdón, es sabiduría vencer las tentaciones que señalaba el papa Francisco en el envío de los misioneros de la misericordia, como atrancar la puerta de la misericordia, que es Cristo, por instalarse en el pecado; alejarse de ella, por sentir vergüenza, y creer que ya no se tiene derecho a la puerta, por el estado crónico que se padece. En la oración es donde surge la conciencia de pecado y de debilidad y por ello la necesidad de perdón y la llamada a perdonar. En la misma oración se experimenta la misericordia.

Es posible que uno sienta que le supera su debilidad y que, a pesar del esfuerzo, sucumbe en el resentimiento, por razón de su carácter, del ambiente, de sus propias inclinaciones... Y surge la pregunta al cielo.

¿Por qué, Señor, mi reiterada hipersensibilidad? ¿Por qué arrastrar tanta herida y sentir el daño o el desafecto de los otros, cuando sé que he sido hecho para vivir más allá una dimensión luminosa?

Sé que Tú nunca me rechazas, ni me dejas de considerar hermano. Soy yo quien me entretengo en mis noches de exilio, y así me mantengo alejado de tu mirada de manera injusta, y sufro el aislamiento de mi propio orgullo, razón de sentir a veces tanta soledad, cuando podría vencerla saliendo de mí hacia los otros.

Señor, que vuelva siempre al recinto entrañable de la misericordia, que no dejes de llamarme, aunque sea de lejos, y que yo vuelva un tanto avergonzado al recinto de tu perdón y por ello me mueva a perdonar yo también.

Tu misericordia es el espacio que con mayor certeza me deja sentir tu amor por mí. Que me convierta en mediación entrañable y que, a pesar de todos mis errores, descubra que el camino más liberador es el perdón recibido y el dado.

Es moción del Espíritu Santo poner en los labios la oración del ciego de Jericó: “Jesús, Hijo de David, ten piedad de mí”, o la del publicano: “¡Oh Dios! ¡Ten compasión de mí, que soy pecador!”.

JESÚS PERDONA

Jesús, que pide que seamos radicales en el seguimiento evangélico, sorprende al ofrecer permanentemente el perdón, hasta setenta veces siete (Mt 18,21-35). Entre los textos sagrados destacan los pasajes en los que se muestra hasta dónde llega la magnanimidad de quien se ha manifestado como el rostro de la misericordia divina.

El perdón se nos revela en Jesucristo. Él perdona, enseña a perdonar y nos manda perdonar. Jesús revela que el perdón se necesita y se recibe cuando hay amor. “Por eso te digo: «sus muchos pecados han quedado perdonados, porque ha amado mucho, pero al que poco se le perdona, ama poco». Y a ella le dijo: «han quedado perdonados tus pecados» (Lc 7,47-48). El mayor gesto de amor lo hace Jesús en la Cruz: “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen” (Lc 23,34).

Francisco, en el retiro a los sacerdotes con motivo del encuentro en Roma para el jubileo de los presbíteros, en el Año de la Misericordia, les dijo: “Les propongo una oración con la pecadora perdonada (Jn 8,3-11) para pedir la gracia de ser misericordiosos en la confesión (...). Siempre me conmueve el pasaje del Señor con la mujer adúltera: cómo, cuando no la condenó, el Señor «faltó» a la ley; en ese punto en que le pedían que se definiera –«¿hay que apedrearla o no?»–, no se definió, no aplicó la ley. Se hizo el sordo y, en ese momento, les salió con otra cosa. Inició así un proceso en el corazón de la mujer que necesitaba aquellas palabras: «Yo tampoco te condeno». Con la mano tendida la puso en pie, y esto le permitió que se encontrara con una mirada llena de dulzura que le cambió el corazón. A veces me da una mezcla de pena e indignación cuando alguno se apura a poner en claro la última recomendación: «no peques más». Y utiliza esta frase para «defender» a Jesús y que no quede como uno que se saltó la ley”³⁸.

EL DON DEL PERDÓN

Por el beneficio de la Redención se recibe la gracia del perdón, que es la puerta para acceder de nuevo a la casa de Dios. El perdón nos rehabilita la identidad filial divina; nos posibilita el retorno del exilio; nos deja gustar el abrazo entrañable; nos regala el vestido nuevo del primogénito; nos da la credencial para sentarnos al banquete de bodas; nos libra de la mala memoria. “Hijos míos, en esto conoceremos que somos de la verdad, y tranquilizaremos nuestra conciencia ante Él, en caso de que nos condene nuestra conciencia, pues Dios es mayor que nuestra conciencia y conoce todo” (1Jn 3, 19-20).

Gracias al Espíritu Santo que nos habita, la voz interior subyace en la conciencia y no cesa de sugerir el retorno, el camino humilde del reconocimiento de la debilidad y la súplica del perdón. Nunca podremos decir

que no tenemos remedio, ni argumentar que Dios no nos puede perdonar. Jesús ha venido al mundo precisamente para ofrecer el perdón a los pecadores y la salud a los enfermos.

El Señor, en la mañana del primer día de la semana, cuando se apareció resucitado a sus discípulos en el Cenáculo, después de saludarlos con la paz, sopló sobre ellos y les dijo: “Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados les quedan perdonados” (Jn 20,22-23). Jesús entregó el Espíritu Santo, que se percibe como brisa, tregua, descanso, aliento, soplo, alivio, y perdón. San Bernardo confiesa: “Aunque tengo conciencia de mis muchos pecados, si creció el pecado, más desbordante fue la gracia. Y, si la misericordia del Señor dura siempre, yo también cantaré eternamente las misericordias del Señor”.

El perdón es gracia. Quien se siente perdonado renace; recupera la alegría; unge su historia de hitos bendecidos; se vuelve magnánimo; ensancha sus entrañas; tiene más posibilidad de ser buen samaritano; vive agradecido y humilde. Un signo de gracia es sentir el movimiento sincero de conversión y deseos de renovar la opción evangélica.

Es privilegio del creyente poder acudir a la casa del perdón para celebrar la fiesta de la misericordia. Y un regalo inmerecido volver a sentir el abrazo entrañable, por el que se recupera la conciencia de ser hijo adoptivo de Dios.

El amor divino se desborda cuando invita a sentarse a la mesa, como hizo Jesús con Zaqueo, con Leví, con los pecadores, revestidos con la túnica de fiesta por el perdón recibido. Y cuando Jesús se sentó a la mesa de los amigos.

Es necesidad de gratitud romper el frasco de perfume costoso a los pies del Señor, con tiempos sin medida de adoración, movimiento sincero, que nace del corazón agradecido por el perdón, y cantar como María el Magníficat al sentir la mirada bondadosa del Señor sobre nuestra pobreza personal.

La experiencia del perdón se convierte en hito ungido en la propia historia, que jalona la andadura más íntima, cada vez que con humildad se siente la necesidad del perdón y se recibe.

Al pasar de sentirse marginal, tendido en el suelo, paralizado, sin ánimo, a ponerse de pie, se recuperan la visión trascendente de la vida, las fuerzas y el ánimo para seguir detrás de Jesús porque se ha recibido el don del perdón. Y nace el movimiento de perdonar y comprender a quienes percibimos como contrarios o diferentes, desde la experiencia del perdón que se nos ha otorgado.

EL MANDATO DE PERDONAR

Según las Sagradas Escrituras, el perdonar es principio de sabiduría, porque dice la Biblia: “Perdonad y seréis perdonados”, “tratad a los demás como queréis que ellos os traten a vosotros”, “la medida que uséis la usarán con vosotros”.

Son axiomas de sabiduría popular: “El que siembra vientos, cosecha tempestades”, “quien a hierro mata, a hierro muere”. Porque quien no perdona se condena a sí mismo; se esclaviza y queda víctima del odio. Incluso quien perdona, pero no olvida, queda víctima del resentimiento.

Una condición que nos señala Jesús para obtener lo que necesitamos es perdonar: “Por eso os digo: Todo cuanto pidáis en la oración, creed que os lo han concedido y lo obtendréis. Y cuando os pongáis a orar, perdonad lo que tengáis contra otros, para que también vuestro Padre del cielo os perdone vuestras culpas” (Mc 12,24-25). “No juzguéis, y no seréis juzgados; no condenéis, y no seréis condenados; perdonad, y seréis perdonados” (Lc 6,37-38).

La oración de Jesús es contundente: “Perdona nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden, no nos dejes caer en la tentación y líbranos del mal... Porque si perdonáis a los hombres sus ofensas, también os perdonará vuestro Padre celestial, pero si no perdonáis a los hombres, tampoco vuestro Padre perdonará vuestras ofensas” (Mt 6,12-15).

LA DIVINIZACIÓN HUMANA

El que perdona se diviniza, se convierte en instrumento de paz, transmite la bondad esencial del ser humano, recupera la mayor dignidad, prolonga el espacio entrañable de Dios, se convierte en signo luminoso.

Encontramos una de las pruebas de la divinidad de Jesús cuando en Cafarnaúm bendijo al paralítico perdonándole los pecados, lo que provocó en un principio escándalo entre la gente, que se decía: “¿Quién es este que hasta perdona pecados, si esto solo lo puede hacer Dios?”. Desde este principio, quien perdona se diviniza.

Dios tiene poder para perdonar, y nada es más que Dios. Cabe incluso que el pecado se convierta en ocasión de gracia y de misericordia, de reencuentro con el abrazo entrañable del perdón.

“El ser humano es capacidad de Dios y se aprende existiendo. Por la redención cabe la experiencia del perdón y del amor. Estamos destinados a que brille la realidad del amor. El perdón introduce la eternidad en el tiempo. Y el que perdona es icono de Dios” (García Baró).

Quien perdona se asemeja a Dios, el único que puede perdonar; siembra su propio futuro esperanzador; acierta a caminar libre de rencor; alcanza y gusta

la paz; se libra de llevar cuentas; acierta a avanzar sin pesos insoportables; siembra cosecha de misericordia para sí.

EL PODER DE PERDONAR

Como regalo de Pascua a su Iglesia, el Resucitado entrega a Pedro el poder de las llaves: “Ahora yo te digo: «Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y el poder del infierno no la derrotará. Te daré las llaves del reino de los cielos; lo que ates en la tierra quedará atado en los cielos, y lo que desates en la tierra quedará desatado en los cielos»” (Mt 16,18-19).

Quizá no valoramos lo que significa el abrazo de la misericordia sacramental, mientras no sentimos lo que significa la posibilidad de nacer de nuevo. “Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos” (Jn 20, 22-23).

El papa Francisco dice a los sacerdotes: “El Catecismo de la Iglesia católica nos hace ver el confesionario como un lugar en el que la verdad nos hace libres para un encuentro. «Cuando celebra el sacramento de la penitencia, el sacerdote ejerce el ministerio del buen pastor que busca a la oveja perdida, el del buen samaritano que cura las heridas, del padre que espera al hijo pródigo y lo acoge a su vuelta, del justo juez que no hace acepción de personas y cuyo juicio es a la vez justo y misericordioso. En una palabra, el sacerdote es el signo y el instrumento del amor misericordioso de Dios con el pecador» (n. 1465). Y nos recuerda que «el confesor no es dueño, sino el servidor del perdón de Dios. El ministro de este sacramento debe unirse a la intención y a la caridad de Cristo» (n. 1466)”.

AGRADECIMIENTO

1 Gracias, Señor, porque por tu Encarnación me has revelado la dignidad de mi naturaleza humana y, cuando siento el peso de mi corporeidad, Tú me muestras en tu cuerpo herido la posibilidad de ser ofrenda.

1 Gracias, Señor, porque al contemplarte como uno de nosotros, hasta el extremo de verte en la Cruz, me dejas sentir el significado de mis heridas, y la posibilidad de convertirlas en señales que comparto contigo.

1 Gracias, Señor, porque cuando estoy en el límite de mi pobreza y desnudez, tu cuerpo en la Cruz me reconcilia conmigo mismo; Tú me invitas a dejarme ungir con la misericordia y el perdón, que pronunciaste desde lo alto del madero.

1 Gracias, Señor, porque donde siento mayor desnudez, es donde Tú has querido mostrarte más próximo. Tú conviertes la intemperie de mí mismo en la necesidad del regazo entrañable de tu abrazo.

- 1 Gracias a tu Encarnación mi cuerpo se convierte en sacramento.
 - 1 Gracias a tu Encarnación puedo convivir en mi naturaleza humana con la percepción que Tú tuviste de la realidad temporal.
 - 1 Gracias a tu entrega en la Cruz, es posible que toda mi historia llegue a ser esperanzadora, aun aquella que parece más despojada.
 - 1 Gracias, Señor, porque te has hecho visible y compañero nuestro.
 - 1 Gracias, Señor, porque al hacerte uno de nosotros nos has revelado la dignidad de nuestra naturaleza y la has convertido en mediación sagrada para una entrega suprema, por amor.
-

³⁸ Papa Francisco, tercera meditación a los sacerdotes, 2 de junio, 2016.

CONSOLAR AL TRISTE

“Te doy gracias, Señor, porque estabas airado contra mí, pero ha cesado tu ira y me has consolado” (Is 12 1).

“Consolad, consolad a mi pueblo –dice vuestro Dios–;hablad al corazón de Jerusalén, gritadle, que se ha cumplido su servicio y está pagado su crimen, pues de la mano del Señor ha recibido doble paga por sus pecados»” (Is 40,1).

“Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados” (Mt 5,5).

MOTIVOS DE TRISTEZA

Una obra de misericordia espiritual es la de consolar al triste, si bien llorar puede significar una bendición, pues así dice Jesús: “Dichosos los que lloran, porque ellos serán consolados”.

Caben muchos motivos de tristeza y de llanto, y algunos de ellos pueden ser íntimos, de la propia conciencia, por la falta de progreso espiritual, por causa de infidelidad a Dios, o por rupturas de relaciones humanas. En esas circunstancias, a veces parece que nada tiene sentido, y hasta se duda de la verdad de Dios, porque se tienen faltas de coherencia y se cree que una posible reacción de sinceridad sería abandonar tanto esfuerzo, aparentemente inútil. Cuando uno se encuentra solo en medio del silencio y del anonimato, desconocido y sin nadie con quien compartir las vivencias interiores y el estado de ánimo; cuando, ensimismado y un tanto egocéntrico, uno se aparta de los demás, con riesgo de maltratar la propia naturaleza y la historia personal, con posibles efectos de desesperanza y hasta de depresión; si además no cesan las demandas de los instintos y hasta se presta oídos a la insinuación tentadora de que se tiene algún derecho a darles cauce, y para legitimar o relativizar la falta de radicalidad evangélica, se mira la conducta de los demás; si a pesar de haber decidido vivir de manera honesta y fiel, no se siente la pertenencia cristiana con entusiasmo, y hasta la participación en los sacramentos es un tanto rutinaria y se practica la vida de oración más por disciplina que por sentimiento afectivo, y no se percibe la relación con el Señor.

Si todo eso sucede, hay sin embargo una cosa cierta: el retorno a la tierra de esclavitud no va a dar la felicidad que todo ser humano busca y a la que se tiene derecho a aspirar. Si como salida al cansancio, se abandona el camino espiritual y se sucumbe ante los movimientos instintivos, se sigue, además de la tristeza, la experiencia de una soledad insufrible y un resentimiento injusto frente a los demás, con efectos destructores de la estabilidad personal, aunque

no se sepa conscientemente que la razón de la tristeza sea la incoherencia personal. En cambio, si a pesar de todo, se hace la opción de seguir el camino evangélico, por el que Dios conduce, aunque sea a través del desierto, se llega o se alcanza el don de la paz interior, y acompañan las fuerzas para resistir los combates de la fe.

Una ayuda, en estas circunstancias, es la sana emulación. Ante el testimonio de los mejores, cabe el deseo, como diría san Ignacio: ¿Por qué yo no puedo ser como san Francisco? Cuando se opta por Jesús surgen los efectos interiores y sociales de la alegría. Si se sigue el camino que marca la moción consoladora con señales de paz, a pesar de que se detecten los frutos de la debilidad y de la pobreza, siempre se tiene a la mano el ofrecimiento de la misericordia divina, la renovación permanente de la alianza por parte de Dios, la garantía de su fidelidad y el cumplimiento de su Palabra y de sus promesas.

Un antídoto contra la tristeza es no dejar lugar a la duda. A poco que se haya recorrido el camino de la existencia, se tiene experiencia suficiente de lo que dan de sí las cosas y de lo que da Dios. No obstante estos argumentos, puede surgir la resistencia ante estos planteamientos consoladores por haberlos hecho otras veces, sin resultados definitivos. Un remedio es recordar los momentos de fidelidad y los sentimientos que se aposentaban en el corazón. No hay opción en la que quepa sentir mayor gozo y mayor unificación personal, con paz estable y difusiva, que la de seguir el rastro de la paz interior, signo de que se busca el querer de Dios.

Jesucristo se ofrece discretamente como compañero amable, sensible, capaz de escuchar todas nuestras historias. Él ilumina el sentido de la existencia y nos concede llevar en nuestra carne la sacramentalidad de la suya, y eleva al ser humano a santuario de su divinidad. Él tiene poder de convertir las lágrimas en cantares (cf. Sal 125).

EL MISTERIO DEL SUFRIMIENTO

El sufrimiento físico, la experiencia de desgracia, la enfermedad, un accidente inesperado, son motivos que provocan una pregunta existencial, que lleva al límite de la desesperanza y a la tristeza. En el momento de la prueba quizá no se tiene capacidad para comprender que Dios es Dios de paz, Dios de vida, Dios de amor, que no es alguien sádico que se complace en el sufrimiento de los inocentes. En Jesús, la cruz es un deseo de compartir por amor la suerte de sus hermanos los hombres, y desde entonces el dolor posee la virtud de configurarnos con Cristo.

Han sido muchas las explicaciones que se han dado sobre la Pasión del Señor como expiación. Sin embargo, la razón por la que el Hijo de Dios se

hace hombre y muere nos la da el Evangelio: “Tanto amó Dios al mundo...” (Jn 3,16). La Encarnación del Verbo y la Pasión y muerte de Jesús se comprenden como gesto divino desbordante de compasión por el hombre. Dios no nos echa un discurso para que aceptemos nuestra suerte, sino que Él mismo se hace en su Hijo nuestra misma debilidad y sufrimiento, a la vez que los redime y los potencia como semilla de esperanza.

Dios apuesta por la humanidad en su Hijo hecho hombre y, por no sé qué razón, ha preferido compartir con nosotros la prueba de la muerte antes que librarnos de ella. Ha escogido antes mostrar su amor con la muerte de su Hijo que evitar a todos los mortales este trance. El Todopoderoso se ha manifestado humillado bajo la cruz, solidario con todos los humillados de este mundo, en vez de venir sobre las nubes del cielo en majestad. ¿Qué tienen la cruz y el sufrimiento para que Dios, en vez de evitarlos, se someta a las pruebas de la mortalidad en su Hijo “nacido de mujer, nacido bajo la ley” (Gal 4,4), que asumió ser en todo semejante a los hombres, menos en el pecado?

La cruz de Cristo rompe todos los esquemas de quienes proyectan medrar a costa de lo religioso. “Quien quiera ser discípulo que se niegue a sí mismo, que tome su cruz” (Lc 9,23; 14,27; Mc 16,24); quien quiera ser el primero, que sea el último; el que quiera ganar su vida, que la pierda y la entregue. Cuando la fe en Jesús se mantiene por la esperanza de poder, como manifestaron los discípulos al comienzo de su seguimiento al desear los primeros puestos, en el momento de la prueba se es infiel o el miedo a la deshonra atenaza y enclaustra, como les sucedió a los apóstoles, al ver morir a su Maestro.

Nos gusta presumir del ganador y silenciarnos nuestra relación con el que pierde. Pero no lograremos ser verdaderos discípulos de Jesús mientras no nos gloriemos en su cruz. San Pablo llegó a formular su seguimiento: “Todo lo estimo pérdida con tal de alcanzar a Cristo y a éste crucificado, escándalo para los judíos, necedad para los griegos, pero para los cristianos sabiduría de Dios” (Flp 3,8).

Quien se fíe de Dios poseerá el secreto para no conocer la desesperanza y para no conocer la corrupción; para no amedrentarse con la sombra de la muerte ni herir su confianza por sufrir presentes aciagos. Cuando se ha bebido del cáliz del Señor, se ha gustado hasta dónde sostiene el ángel de Dios.

LA PEDAGOGÍA DEL DOLOR

No deseo presumir de libertad ante el dolor. Confieso que cuando me encuentro en medio de circunstancias terribles me quedo mudo, tembloroso, como Moisés ante la zarza ardiente. “Efectivamente, la tristeza vivida como

Dios quiere produce arrepentimiento decisivo y saludable; en cambio, la tristeza de este mundo lleva a la muerte” (2Co 7,10).

Por mi ministerio, como otros muchos que se dedican a la atención personal de los heridos de la vida, entro muchas veces en contacto con el mundo de los débiles, ancianos, enfermos, con quienes atraviesan el árido valle de la desgracia y de la prueba, con aquellos que preguntan al cielo: “¿Por qué tanto sufrimiento y desatino? ¿Por qué a mí?”.

La prueba del dolor sobrecoge. Pienso que es la experiencia más teofánica que podemos tener por lo inabarcable e incomprensible que es el sufrimiento, y porque cuando se reacciona en fe, es fuente de admiración y de la mayor generosidad. ¡Cuántos por la debilidad de sus semejantes han decidido pasar por este mundo haciendo el bien! Cuando en medio de la prueba alguien te ofrece el testimonio de la entereza y hasta de la paz y la alegría, se percibe su participación de la divinidad. Ante el dolor, uno se tiene que descalzar porque es el momento de tocar lo divino del hombre.

A veces entendemos que la misión de acompañar a otros significa prestarles la ayuda suficiente para que sufran lo mínimo posible y por tanto, en cuanto que hay un problema se intenta resolver, porque así se acredita la responsabilidad y la atención sensible y amorosa. Jesús, en cambio, deja a los discípulos frente a circunstancias desestabilizadoras. En algún caso hasta parece que las provoca. En una ocasión, Él se queda en el monte orando mientras la barca casi zozobra y está sometiendo a los discípulos a una prueba si no de fuego, sí de viento y de agua. ¿Por qué permite esto? ¿Por qué deja que los discípulos tengan esa angustia, ese temor de hundirse si al poco tiempo va a pasar Él y va a hacer que amainen las aguas mostrando que puede con la tempestad? ¿Por qué consiente la tormenta? ¿Por qué no hace que los discípulos tengan una travesía tranquila? ¿Y qué es mejor: haber pasado la tormenta, el miedo y haber llegado a la experiencia de que Jesucristo es el Hijo de Dios, o haber cruzado el mar en tertulia, en la bonanza de las aguas, con una experiencia agradable y afectiva, sin haber despertado a la fe?

¡Cuántas veces la Providencia permitirá en nosotros, en cada uno, la crisis, la tormenta, el miedo para despertarnos! Para que gritemos: “Sálvanos” y para que, salvados, confesemos: “Verdaderamente éste es el Hijo de Dios” (Mt 27,54; Mc 15,39).

LA TRISTEZA DE JESÚS

El llanto y la tristeza no son reacciones contrarias a la virtud. Jesús sufrió tristeza. Lloró en Betania y, mirando a Jerusalén, no pudo contener las lágrimas al comprobar el endurecimiento de sus habitantes. El Nazareno, en la noche de Getsemaní, llega a decir: “Me muero de tristeza”. “Sentaos aquí

mientras voy allá a orar. Y llevándose a Pedro y a los dos hijos de Zebedeo, empezó a sentir tristeza y angustia. Entonces les dijo: «Mi alma está triste hasta la muerte; quedaos aquí y velad conmigo» (Mt 26,36-38).

En la contemplación de la noche del Huerto de los Olivos nos invade toda la vergüenza cuando vemos la reacción, tan torpe, de los discípulos. La traición de Judas, el sueño de los íntimos, la negación de Pedro, el abandono de todos reflejan tantas de nuestras infidelidades y motivos de tristeza para Jesús.

En la noche de Getsemaní se comprende una diferencia esencial en el comportamiento de los discípulos: la de quien no se deja perdonar y la de quien se dejó mirar por la misericordia. Solo hace falta salir del pozo más amargo y dejarse mirar por quien nos precede en el sufrimiento. Jesús es extremadamente compasivo, y a pesar de las negaciones de Pedro, lo mirará con amor. Así lo manifiesta en la parábola del padre bueno en relación con el hijo menor, que desperdició la herencia. En Betania se conmovió ante el llanto de las hermanas de Lázaro. Se hospedó en casa de Zaqueo, del publicano y de Leví.

Si ante la conciencia de pecado cabe la huida, la desesperanza, la resignación, el intento de justificarse, la evasión, el remordimiento depresivo, el resentimiento orgulloso y un tanto narcisista, también cabe la humildad, hasta aceptar la humillación y acoger el ofrecimiento de misericordia, encontrarse con Jesús, abrirse a la gracia, escuchar su Palabra y dejarse mirar por el Señor. Ahí comienza la consolación.

Si miramos el comportamiento de los más íntimos del Maestro, parece lógico un criterio moralista que desprecie la infidelidad de los discípulos y juzgue como depravados a quienes, habiendo recibido tanto, en la hora suprema de la angustia sean inconscientes y dejen solo a Jesús. Sin embargo, la reacción adecuada es la de vernos en ellos y superar el amor propio herido, abriéndonos siempre a la misericordia. Lo que más le duele al Señor es el orgullo de creerse sin remedio por el hecho de tropezar una vez más en la misma piedra. Y lo que más acompaña al Señor es cuando nos reconocemos menesterosos y estamos abiertos al perdón.

TÚ, ¿POR QUÉ LLORAS?

En el relato de las apariciones de Cristo resucitado a María Magdalena, el Evangelio de san Juan se refiere cuatro veces a las lágrimas de la mujer que llora junto al sepulcro.

La tristeza, el llanto, la búsqueda insatisfecha se aúnan en los sentimientos de Magdalena, quien por amor salió de madrugada, cuando aún estaba oscuro, y se echó a los caminos, arriesgando su seguridad personal, con el objetivo de

velar a quien amaba.

Si nos aplicamos a nosotros el pasaje y nos preguntamos por qué estamos preocupados, cuál es el motivo de nuestras posibles lágrimas, qué es lo que nos produce dolor, tristeza, disgusto, qué nos viene a la mente con mayor deseo, quizá descubrimos que nuestras lágrimas interiores las producen preocupaciones muy diferentes, puede que hasta inconfesables, de la que lanzó a María Magdalena a ponerse en camino, que era su amor a Jesús. Las lágrimas de María Magdalena reflejan un motivo semejante al que se señala cuando la Madre de Jesús perdió a su hijo, y llena de angustia acudió al Templo.

Hay ocasiones en las que la envidia, los celos, el amor propio, el afán de poder, la falta de libertad de corazón, las dependencias afectivas, los puntos de honra, el afán de protagonismo, la quiebra de proyectos económicos y de relaciones humanas, suelen ser motivos de tristeza, y hasta se instala en el interior el sentimiento de angustia y de desolación. En estos casos, aunque sea comprensible el motivo de las lágrimas, quizá no queda claro que sea por razón de la fe y del amor a la persona del Señor.

Se puede llorar de manera noble por la pérdida de un ser querido o por la ruptura de una relación. Jesús lloró en Betania. Se puede llorar al contemplar una catástrofe humanitaria y en casos de situaciones humanas muy dolorosas. Jesús lloró al contemplar el endurecimiento de la ciudad de Jerusalén y, en Naín, ante el cortejo fúnebre que llevaba a enterrar el hijo único de una viuda.

Las preguntas a María Magdalena que aparecen en el texto evangélico en labios de los personajes celestes y del mismo Jesús, son directas: “Mujer, ¿por qué lloras?”. Y cabe aplicárnoslas: ¿Por qué lloro? ¿Cuál es el motivo de mi preocupación mayor? ¿Qué deseo con mayor anhelo? ¿Podría yo decir, como María Magdalena, que es por el Señor? ¿Podríamos decir como el salmista: “Oh Dios, tú eres mi Dios, por ti madrugo, mi alma está sedienta de ti”?

Si reparamos en las lágrimas de la mujer, están en relación directa con el deseo de ver a Jesús, de encontrarlo, deseo que en María Magdalena lo produce el amor por Él. Un deseo insatisfecho provoca dolor; el afán desmedido por poseer crea ansiedad; el afán posesivo sobre las personas origina violencia, disgusto, insatisfacción.

En las preguntas que Jesús hace a Magdalena: “¿Mujer, por qué lloras? ¿A quién buscas?”, encontramos que la respuesta a la segunda es la razón del llanto. Ella busca al Señor. ¿Podría decir que mis lágrimas las produce un deseo espiritual? María Magdalena se consoló al ver al Señor con los ojos iluminados por la fe.

Tú, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas? ¿Te basta Dios? ¿Te es suficiente

Jesucristo? ¿Podrías decir con san Francisco: “Mi Dios, mi todo”; o como san Rafael Arnaiz: “Solo Dios, solo Dios”, o como santa Teresa de Jesús: “Solo Dios basta”?

JESÚS NOS PROMETIÓ EL DON DEL ESPÍRITU SANTO, EL CONSOLADOR

Hay experiencias que solo se perciben por gracia, y el consuelo profundo, la paz interior, la que da el Resucitado, es un don del Espíritu Santo, que debemos pedir:

Espíritu Santo, te invocamos como Consolador. El Señor Jesús te envió para que estuvieras junto a nosotros muy atento y nos sacaras de nuestras tristezas, abatimientos y desolaciones.

Hoy muchos reprimen sus lágrimas porque hay quien no las considera estéticas y soportan clandestinamente el dolor y el llanto que producen las heridas del corazón, las rupturas de la amistad, la infidelidad familiar, la necesidad insatisfecha de una relación...

Jesús Resucitado se acercó a María Magdalena y le preguntó: “Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas?”. Tú también tienes la misión de acercarte a nuestras lágrimas y de dejarnos expansionar el ser, uniéndonos a tus gemidos. Necesitamos expresar sin miedo ni rubor nuestros intentos fallidos por conseguir la felicidad a través de la posesión de las riquezas materiales y de las relaciones interpersonales.

Duele mucho convencerse de la torpeza reiterada en el uso egoísta de los bienes y sobre todo en las relaciones personales, que dejan el sabor, en el mejor de los casos, de nostalgia y tristeza.

Convierte nuestro llanto en don, nuestras lágrimas en drenaje de toda angustia; que sean alivio, desahogo, liberación, porque nos las recoges Tú, Espíritu Consolador.

Eres Tú, amigo del alma, dulce huésped interior, maestro de oración, Señor y dador de vida, luz de los ojos interiores y fortaleza del ánimo, quien en verdad consuela por dentro. ¡Cómo cambia nuestro interior cuando se aposenta la paz en las entrañas!

Tú eres el dador de la paz interior, la que proviene del perdón y de la misericordia, regalo del Crucificado para todos los que se abren a la gracia reconciliadora, desde la humildad y el reconocimiento de la pobreza y la necesidad personales.

Eres tregua en la fatiga, descanso en el duro trabajo, alivio en nuestro esfuerzo, brisa en horas de fuego, gozo interior y consuelo profundo, más allá de las circunstancias favorables o aciagas que nos envuelvan.

Espíritu Santo, Consolador, Tú me conoces por dentro, ven, extiende tu mano sobre mí, bendíceme con la moción consoladora, la que acredita el camino a seguir, pues significa que se avanza por la senda de tus mandatos.

CONSOLACIÓN

Como fruto del Espíritu Santo, don que entregó el Resucitado a los discípulos, cabe sentir la alegría interior, incluso en circunstancias paradójicas. “Entonces se alegrará la doncella en la danza, gozarán los jóvenes y los viejos; convertiré su tristeza en gozo, los alegraré y aliviaré sus penas” (Jr 31,13).

Déjate recrear por el Espíritu, purificar por el agua y el fuego de la misericordia divina. Déjate liberar por quien sacó a su pueblo de toda esclavitud, y déjate amar por quien se declara tu Redentor.

Abandona tu emancipación personalista y vuelve a la comunidad de fe. Abandona todo proyecto independiente y acoge el que te ofrece el Resucitado. Abandona tus razonamientos responsables que te impiden fiarte de Dios.

Tú puedes, con la sinceridad de la que eres capaz, renunciar al mal; con la ayuda del Espíritu puedes desechar las insinuaciones del Malo, y acogiendo la moción interior, puedes comenzar de nuevo un proyecto evangélico.

Por la gracia, eres capaz de dar cabida en ti a la fe, al amor, a la esperanza, y con la confianza que te ofrece la comunión de todos los santos, atreverte a pronunciar con sinceridad de corazón: Yo creo en Dios, mi Padre; creo en Jesucristo, mi Redentor, mi Señor; creo en el Espíritu Santo, mi Amigo del alma.

Si dejas entrar en tu alma la certeza de tu identidad, de que eres miembro del Pueblo de Dios, su Iglesia, y quieres ser enteramente hijo suyo; si te decides a ofrecer tus capacidades en favor de los demás, te convertirás en testigo gozoso, colmado de paz, como fruto del seguimiento del Evangelio.

No estás solo con tus promesas, aunque nadie las puede hacer por ti. No te aventuras como francotirador a una misión imposible, otros te han precedido, otros también te acompañan. Jesucristo ha comprometido su palabra de ir contigo.

Jesús consoló. Lo hizo cuando devolvió vivo a la viuda de Naím al hijo que llevaba a enterrar. Consoló a los padres a los que se les había muerto la hija de doce años. Consoló a Marta y a María en Betania y a María Magdalena en la mañana de Pascua. Consoló a Tomás, a Simón Pedro, a los dos discípulos de Emaús, a los once reunidos en el cenáculo. A todos y a cada uno de los suyos les transmitió la alegría y el consuelo pascuales.

TÚ PUEDES CONSOLAR

La obra de misericordia surge espontánea cuando se ha gustado el consuelo que da Dios. Como señala el profeta, se nos capacita para decir una palabra de aliento al abatido, precisamente por haber superado las pruebas. “El Señor Dios me ha dado una lengua de discípulo; para saber decir al abatido una palabra de aliento” (Is 50,4).

Siempre se puede visitar a quien se siente solo o enfermo, como hizo María con su prima Isabel; puedes hacerte presente como Jesús en Betania, en un momento dramático. Tienes en el ejemplo del samaritano un modo de hacer el bien. Cabe que conozcas alguna necesidad económica, y puedas ayudar. Puedes reconciliarte con quien te sientes ofendido, a ejemplo de Jesús y Pedro. Siempre puedes decir una palabra amable.

Por poca experiencia que se tenga en el ejercicio magnánimo de consolar, se sabe que siempre sale uno ganando, porque se nos regala el sentimiento del mayor consuelo. Y las lágrimas no solo se convierten en cantares, sino en don de sabiduría y en compasión por los que pasan por la prueba del dolor.

MADRE DE MISERICORDIA

“Proclama mi alma la grandeza del Señor, porque su misericordia llega a sus fieles de generación en generación” (Lc 1,50).

“La mujer huyó al desierto, donde tiene un lugar preparado por Dios para ser alimentada mil doscientos sesenta días” (Ap 12,2-6).

María canta que Dios le ha hecho misericordia. Y la Iglesia invoca a la Madre de Jesús con el título de “Madre de misericordia”, plegaria que recita el pueblo de Dios, y cada noche se canta en las abadías cistercienses: “Dios te salve, Reina y Madre de misericordia”.

Existe una advocación mariana que invoca a María como Nuestra Señora del Consuelo o de la Consolación. Ese nombre hace pensar en cercanía con el afligido, fortaleza para compartir el dolor ajeno, compañía para ahuyentar la tristeza de la soledad. María, elevada al cielo, “brilla ante el pueblo peregrino de Dios como signo de segura esperanza y consolación”³⁹.

DIOS SE HA HECHO MISERICORDIA

El Dios todopoderoso se revela a la pequeñez de una joven nazarena. El Dios creador se hace criatura. El Invisible se manifiesta, encarnándose en el seno de la Virgen María. “Si ha habido jamás un título o denominación con que el pueblo cristiano haya invocado a María con mayor propiedad, como madre amabilísima de Cristo y madre protectora de todos los fieles, tal es sin duda el que se manifiesta en la significativa advocación de “Madre de las Misericordias”. En efecto, el sagrado pueblo de Cristo, aunque fue redimido por el adorable Hijo de Dios y es fortalecido por su gracia, en este viaje terreno hacia la patria inmortal y feliz, se ve cercado de tan múltiples peligros, presionado por tan turbulentas desgracias y acechado por tal abismo de males que no puede fácilmente carecer de una madre llena de misericordia” (Pablo VI).

EL PODER DE LA SÚPLICA DE MARÍA

“Cristo, en los días de su vida mortal, a gritos y con lágrimas presentó oraciones y súplicas al que podía salvarlo de la muerte, cuando en su angustia fue escuchado” (Hb 5,7-8). Si Jesús fue escuchado por su actitud reverente en momentos de dolor y de angustia, ¿cómo no va a ser escuchada María, que se mantuvo fiel, humilde y amorosa en medio de su humillación y dolor, al ser tenida por la madre de un injusticiado? María ha experimentado el dolor, una

espada atravesó su alma, ¿cómo no va a ser mirada con ternura desde el cielo? Y ¿cómo no va a ser compasiva con quienes pasan la prueba del sufrimiento?

Podríamos traer a la memoria las diferentes secuencias evangélicas, en las que aparece una mujer pidiendo a Jesús algún favor, como fue la cananea o la sirofenicia, a quienes, aun siendo paganas, las atendió con misericordia (Mc 7,25-30). Lo mismo hizo con la mujer que sufría flujos de sangre (Mc 5,25-34), y con la samaritana (Jn 4). Hay una parábola de misericordia que nos ilumina a la hora de comprender la fuerza de la súplica de María a su Hijo. Dice Lucas: “Había un juez en una ciudad que ni temía a Dios ni le importaban los hombres. En aquella ciudad había una viuda que solía ir a decirle: «Hazme justicia frente a mi adversario». Por algún tiempo se estuvo negando, pero después se dijo a sí mismo: «Aunque ni temo a Dios ni me importan los hombres, como esta viuda me está molestando, le voy a hacer justicia, no sea que siga viniendo a cada momento a importunarme». Y el Señor añadió: «Fijaos en lo que dice el juez injusto; pues Dios, ¿no hará justicia a sus elegidos que claman ante él día y noche?, ¿o les dará largas? Os digo que les hará justicia sin tardar. Pero, cuando venga el Hijo del hombre, ¿encontrará esta fe en la tierra?»” (Lc 18,2-8).

Si la súplica de una viuda es puesta como ejemplo del poder de la oración insistente ante un juez injusto; si la fe de una cananea y de la hemorroisa es valorada por Jesús, ¡cuánto mayor será la fuerza que tendrá la oración de María, la Madre de Jesús, la creyente, ante su propio Hijo! María se ha convertido en la mejor intercesora. Ha sido constituida en mediación necesitada por Dios para la Encarnación. Dios mismo quedó pendiente de las palabras de la Virgen de Nazaret. Y solo cuando respondió: “Hágase en mí, según tu Palabra”, el Espíritu del Señor obró en ella la intervención más sobrecogedora, convirtiéndola en Madre de Dios.

María es la Corredentora. Ella fue escuchada en Caná de Galilea, cuando les dijo a los sirvientes: “Haced lo que Él os diga” (Jn 2,5), y adelantó la hora de la Redención.

María, Reina de los apóstoles y Madre de la Iglesia, reunida en oración con los discípulos de Jesús, fue escuchada también cuando se mantuvo en oración, después de que Jesús ascendiera a los cielos, y vino sobre ellos el don del Espíritu Santo (Hch 1,14).

María es nuestra madre, ve nuestras lágrimas, ¿cómo no va a escuchar nuestras plegarias? Dice el Evangelio: “Si vosotros, que sois malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos”, ¿qué no hará María en favor de los que le piden su protección? La experiencia del sufrimiento hace solidarios: ella es compañera de todos los que sufren. “A ti suspiramos, gimiendo y llorando, en este valle de lágrimas”.

INVOCACIÓN

María, esposa de José, bendita entre todas las mujeres, no dejes de mostrar la sonrisa en tus labios y de ofrecernos cada día la certeza de tu ternura entrañable.

María, Madre de Dios, proclamada por la Iglesia como verdadera madre de Jesús, Dios y hombre verdadero. Desde los tiempos más remotos la Iglesia te invoca: “Bajo tu amparo nos acogemos, Santa Madre de Dios”.

Virgen, María, Madre de Dios, ruega por nosotros; que, en estos tiempos, aprendamos de ti a mantener la serenidad y la alegría, porque Dios ha tenido misericordia de todos.

Santa María, Madre, Reina de la Paz y Madre de Misericordia, intercede por nosotros y acompáñanos cada uno de los días de nuestra travesía por el desierto de la existencia, con el don de la esperanza.

Virgen María, no sufras intemperie injusta, entra en mi vida y, si aceptas mi disponibilidad, me uniré a tu Magnificat, y cantaremos juntos las misericordias del Señor, un canto de alabanza, incluso por aquello que no comprendo, como tú misma hiciste ante el anuncio del ángel.

Santa María, testigo privilegiado desde el principio de la revelación del amor de Dios en tu Hijo: que sintamos sana emulación al verte colmada de gozo, cantando la misericordia divina.

Tú, Señora, eres experta en trascender la angustia; así lo vemos cuando después de tres días de no encontrar a tu Hijo, decidiste ir al Templo, no sé si a buscarlo o quizá, como Ana, la madre de Samuel, a desahogar el alma en la relación creyente. ¡Cómo alivia poder pronunciar el dolor ante alguien, sobre todo ante quien se sabe que tiene entrañas de misericordia y voluntad de acoger el gemido y las lágrimas!

Virgen, no nos desampares en el camino aciago de la vida y socorre de manera especial a tantos que se sienten solos. Cada noche, en todas las abadías cistercienses, con las luces apagadas o acaso una candela encendida o un rayo de luz sobre el rostro de Nuestra Señora, los contemplativos cantan: “Dios te Salve, Reina y Madre de misericordia, a ti suspiramos, gimiendo y llorando, en este valle de lágrimas”.

CUESTIONES

1 ¿Recuerdas las veces que has acudido a la Virgen María, y el afecto, consuelo, compañía que has sentido, cuando te has encomendado a ella?

1 ¿Recuerdas algún lugar consagrado a la Virgen que sea significativo en tu vida, porque allí experimentaste gracia, amor y paz?

Reza como sepas, como recuerdes, a la Virgen, aunque sea aquella oración de niño, la que aprendiste de pequeño, la que te trae recuerdos entrañables. Encomienda hoy a alguna persona, para que la Virgen la presente ante su Hijo.

ÚLTIMAS CONSIDERACIONES

Si te has sentido alimentado en la mesa de la Palabra de Dios y sostenido con el Pan santo; si has saciado tu sed de esperanza y sentido, tus deseos de Dios por haber bebido del cáliz del Señor y por haber gustado del agua viva que brota del costado de Cristo que son los sacramentos de la Iglesia; si te reconoces revestido de la túnica de Cristo por la gracia del bautismo y reconciliado gracias a la misericordia y al perdón de Dios; si has percibido la moción consoladora del paso del Señor, como fruto de los días de oración y de escucha de su Palabra:

1 ¿Te resistirás a ser misericordioso con quienes padecen hambre de pan y de Dios; con quienes tienen sed de sentido y de esperanza; con quienes se sienten solos, tristes o enfermos?

1 ¿Mirarás con desdén y evitarás el trato con quienes percibes diferentes, cuando tú has sido siempre aceptado por Dios y por los que te quieren?

1 ¿Te resistirás a perdonar a quienes te hayan podido ofender, si tú has sentido el desbordamiento del perdón de Dios?

1 ¿Evitarás el gesto compasivo de una palabra amable, de una mirada a quien padece situaciones dolorosas, cuando tú has sido consolado en tantos momentos?

Anda y haz tú lo mismo que lo que el Señor ha hecho contigo. Sé pródigo, samaritano, compañero entrañable, generoso, atento, sensible, misericordioso, como lo ha sido Dios contigo.

Si te atreves a responder desde la experiencia de misericordia, recibirás de manera centuplicada consuelo, alegría, paz, abundancia de dones. Nunca te quedarás sin aquello que compartes. Nunca perderás lo que des con amor.

Dice el Apóstol: “¿Quién nos separará del amor de Cristo: la tribulación, la angustia, la persecución, el hambre, la desnudez, el peligro, la espada?” (Rm 8,35). Si Dios no cederá a la ira, ni se dejará llevar de la cólera; si a Dios se le conmueven las entrañas a pesar de la desobediencia de su pueblo, no te excuses en que te sientes abandonado; es una tentación porque el Señor nunca abandona a los que ha redimido.

Te propongo que hagas memoria de lo que Dios te ha dejado sentir, que lo unjas como señal del camino. Atrévete a dar testimonio de la bondad de Dios.

En los momentos de oscuridad y de prueba no atravieses la frontera de la desconfianza. Dios merece la justicia de que reconozcas y bendigas su bondad.

Cuando te parezca que se cierne sobre ti una prueba insoportable, en ese

momento, atrevete a darle a Dios la oportunidad de demostrarte su misericordia. Hoy puedes sellar un pacto con el Señor, reconocer su misericordia y anunciar su fidelidad delante de los que encuentras por el camino de la vida.

COLECCIÓN ESPIRITUALIDAD

ALBAR, L.: *Descenso a las profundidades de Dios.*

ALEGRE, J.: *La luz del silencio, camino de tu paz.*

ÁLVAREZ, E. y P.: *Te ruego que me dispenses. Los ausentes del banquete eucarístico.*

AMEZCUA, C. y GARCÍA, S.: *Oír el silencio. Lo que buscas fuera lo tienes dentro.*

ANGELINI, G.: *Los frutos del Espíritu.*

ASI, E.: *El rostro humano de Dios. La espiritualidad de Nazaret.*

AVENDAÑO, J. M.^a: *La hermosura de lo pequeño.*

– *Dios viene a nuestro encuentro.*

– *La fe es sencilla.*

BALLESTER, M.: *Hijos del viento.*

BEA, E.: *Maria Skobtsov. Madre espiritual y víctima del holocausto.*

BEESEING, M.^a y otros: *El eneagrama. Un camino hacia el autodescubrimiento.*

BIANCHI, G.: *Otra forma de vivir.*

BOADA, J.: *Fijos los ojos en Jesús.*

– *Mi única nostalgia.*

– *Peregrino del silencio.*

BOHIGUES, R.: *Una forma de estar en el mundo: Contemplación.*

BOSCIONE, F.: *Los gestos de Jesús. La comunicación no verbal en los Evangelios.*

Bucellato, G.: *Tú eres importante para mí.*

CÀNOPI, A. M.: *¿Has dicho esto por nosotros?*

– y Balsamo, B.: *Amor, susurro de una brisa suave.*

CHENU, B.: *Los discípulos de Emaús.*

CLÉMENT, O.: *Dios es simpatía.*

CUCCI, G.: *El sabor de la vida. La dimensión corporal de la experiencia espiritual.*

DANIEL-ANGE: *La plenitud de todo: el amor.*

DOMEK, J.: *Respuestas que liberan.*

EIZAGUIRRE, J.: *Una vida sobria, honrada y religiosa.*

ESTRADE, M.: *Shalom Miriam.*

FERDER, F.: *Palabras hechas amistad.*

FERNÁNDEZ-PANIAGUA, J.: *Las Bienaventuranzas, una brújula para encontrar el norte.*

– *El lenguaje del amor.*

FORTE, B.: *La vida como vocación. Alimentar las raíces de la fe.*

FRANÇOIS, G. Y PITAUD, B.: *El bello escándalo de la caridad. La misericordia según Madeleine Delbrêl.*

GAGO, J.L.: *Gracias, la última palabra.*

GHIDELLI, C.: *Quien busca la sabiduría, la encuentra.*

GÓMEZ, C. (ed.): *El compromiso que nace de la fe.*

GÓMEZ MOLLEDA, D.: *Amigos fuertes de Dios.*

- *Pedro Poveda, hombre de Dios.*
- *Cristianos en una sociedad laica.*

GRÜN, A.: *Buscar a Jesús en lo cotidiano.*

- *Evangelio y psicología profunda.*
- *La mitad de la vida como tarea espiritual.*
- *La oración como encuentro.*
- *La salud como tarea espiritual.*
- *Nuestras propias sombras.*
- *Nuestro Dios cercano.*
- *Si aceptas perdonarte, perdonarás.*
- *Su amor sobre nosotros.*
- *Una espiritualidad desde abajo.*

GUTIÉRREZ, A.: *Citados para un encuentro.*

HANNAN, P.: *Tú me sondeas.*

IZUZQUIZA, D.: *Rincones de la ciudad.*

JÄGER, W.: *En busca del sentido de la vida.*

- *Contemplación. Un camino espiritual.*

JOHN DE TAIZÉ: *El Padrenuestro... un itinerario bíblico.*

- *La novedad y el Espíritu.*

JONQUIÈRES, G.: *Fitness espiritual. Ejercicios para estar en forma.*

JOSSUA, J. P.: *La condición del testigo.*

LAFRANCE, J.: *Cuando oréis decid: Padre...*

- *El poder de la oración.*
- *En oración con María, la madre de Jesús.*
- *El Rosario. Un camino hacia la oración incesante.*
- *La oración del corazón.*
- *Ora a tu Padre.*

LAMBERTENGHI, G.: *La oración, medicina del alma y del cuerpo.*

LÉCU, A.; PONSOT, H. Y CANDIARD, A.: *Retiros en la ciudad.*

LOEW, J.: *En la escuela de los grandes orantes.*

LÓPEZ BAEZA, A.: *La oración, aventura apasionante.*

LÓPEZ VILLANUEVA, M.: *La voz, el amigo y el fuego.*

LOUE, A.: *El Espíritu ora en nosotros.*

– *A merced de su gracia.*

– *Mi vida en tus manos.*

– *Escuela de contemplación.*

LUTHE, H. y HICKEY, M.: *Dios nos quiere alegres.*

MANCINI, C.: *Escuchar entre las voces una.*

– *Como un amigo habla a otro amigo.*

– *Libres y alegres en el Señor.*

MARIO DE CRISTO: *Dios habla en la soledad.*

MARTÍN, F.: *Rezar hoy.*

MARTÍN VELASCO, J.: *Testigos de la experiencia de la fe.*

– *Vivir la fe a la intemperie.*

MARTÍNEZ LOZANO, E.: *El gozo de ser persona.*

– *¿Dios hoy? Creyentes y no creyentes ante un nuevo paradigma.*

– *Donde están las raíces.*

– *Nuestra cara oculta. Integración de la sombra y unificación personal.*

MARTÍNEZ MORENO, I.: *Guía para el camino espiritual. Textos de Ángel Moreno de Buenafuente.*

MARTÍNEZ OCAÑA, E.: *Cuando la Palabra se hace cuerpo... en cuerpo de mujer.*

– *Cuerpo espiritual.*

– *Buscadores de felicidad.*

– *Te llevo en mis entrañas dibujada.*

– *Espiritualidad para un mundo en emergencia.*

MARTINI, C. M.: *Cambiar el corazón.*

– *La llamada de Jesús.*

MATTA EL MESKIN: *Consejos para la oración. Introducción de Jaume Boada.*

MERLOTTI, G.: *El aroma de Dios. Meditaciones sobre la creación.*

MONARI, L.: *La libertad cristiana, don y tarea.*

MONJE DE LA IGLESIA DE ORIENTE, UN: *Amor sin límites.*

MORENO DE BUENAFUENTE, A.: *A la mesa del Maestro. Adoración.*

– *Alcanzado por la misericordia.*

– *Amor saca amor.*

– *Buscando mis amores.*

– *Como bálsamo en la herida.*

– *Desiertos. Travesía de la existencia.*

– *Eucaristía. Plenitud de vida.*

– *Habitados por la palabra.*

– *Palabras entrañables.*

– *Voy contigo. Acompañamiento.*

– *Voz arrodillada. Relación esencial.*

MOROSI, E.: *¿Cuánto falta para que amanezca? La “noche” en nuestra vida.*

Neves, A.: *La luz que nos ilumina.*

OSORO, C.: *Cartas desde la fe.*

– *Siguiendo las huellas de Pedro Poveda.*

PACOT, S.: *Evangelizar lo profundo del corazón.*

– *¡Vuelve a la vida!*

PAGLIA, V.: *De la compasión al compromiso. La parábola del buen samaritano.*

PÉREZ PRIETO, V.: *Con cuerdas de ternura.*

POVEDA, P.: *Amigos fuertes de Dios.*

– *Vivir como los primeros cristianos.*

RAGUIN, Y.: *Plenitud y vacío. El camino zen y Cristo.*

RAVASI, G.: *Epifanía de un misterio. La creación y las criaturas.*

RECONDO, J. M.: *La esperanza es un camino.*

RIDRUEJO, B. M.^a: *La llevaré al silencio.*

RODENAS, E.: *Thomas Merton, el hombre y su vida interior.*

RODRÍGUEZ MARADIAGA, ÓSCAR A.: *Sin ética no hay desarrollo.*

RUPP, J.: *Dios compañero en la danza de la vida.*

SAINT-ARNAUD, J.-G.: *¿Dónde me quieres llevar, Señor?*

SAMMARTANO, N.: *Nosotros somos testigos.*

SAOÛT, Y.: *Fui extranjero y me acogiste.*

SCARAFFIA, LUCETTA (Ed.): *Las otras misericordias.*

SEGOVIA, M.^a J.: *La gracia de hoy.*

SEQUERI, P.A.: *Sacramentos, signos de gracia.*

SOLER, J. M.: *Kyrie. El rostro de Dios amor.*

STUTZ, P.: *Las raíces de mi vida.*

TEPEDINO, A. M.^a: *Las discípulas de Jesús.*

TOLIN, A.: *De la montaña al llano.*

– *Seguirle por el camino con Simón Pedro.*

TRIVIÑO, M.^a V.: *La oración de intercesión.*

URBIETA, J. R.: *Treinta gotas de Evangelio.*

VAL, M.^a T.: *Orantes desde el amanecer.*

VEGA, M.: *Contemplación y Psicología.*

VILAR, E.: *La oración de contemplación en la vida normal de un cristiano.*

– *La misericordia de Dios sana.*

WOLF, N.: *Siete pilares para la felicidad.*

WONS, K.: *Sanar el corazón.*

ZUERCHER, S.: *La espiritualidad del eneagrama.*

COPY

© NARCEA, S.A. DE EDICIONES

Paseo Imperial 53-55. 28005 Madrid. España

www.narceaediciones.es

Imagen de la portada: IngImage

ISBN papel: 978-84-277-2362-7

ISBN ePub: 978-84-277-2363-4

ISBN ePub: 978-84-277-2364-1

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sgts. Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

MERCEDES BLANCHARD y M^a DOLORES MUZÁS

LOS PROYECTOS DE APRENDIZAJE

*Un marco metodológico clave
para la innovación*



narcea

Los Proyectos de Aprendizaje

Blanchard, Mercedes

9788427722101

208 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

¿Qué se entiende por innovar? ¿Cuáles son los planteamientos educativos concretos a los que deberá responder una institución educativa que quiera ser innovadora? El libro presenta, en primer lugar, una reflexión teórica sobre el sentido, presupuestos y elementos básicos de la innovación educativa. Y, en segundo lugar, los resultados de los procesos llevados a cabo con equipos docentes y comunidades educativas de diferentes niveles. Responde a la cuestión qué se entiende por innovar y facilita algunas claves que pueden ayudar a reconocer este proceso, cuando se produce con la intencionalidad y la implicación del profesorado. Presenta los grandes marcos teóricos que propician la actuación innovadora en el aula, tales como la enseñanza para la comprensión, las inteligencias múltiples, el pensamiento crítico y creativo y los Proyectos de Aprendizaje, por considerar que estos son los marcos teóricos, idóneos y más ajustados a una innovación real y efectiva. Además, desarrolla todo lo relacionado a los Proyectos de Aprendizaje para la Comprensión: su proceso detallado de planificación, aplicación y evaluación, y sus inmensas posibilidades para involucrar al alumnado de cualquier edad. La segunda parte de la obra presenta el desarrollo completo y pormenorizado de cuatro Proyectos de Aprendizaje desarrollados en diferentes etapas, desde la educación infantil hasta la educación superior. Los Proyectos funcionan bien en manos de profesionales que se plantean su trabajo en equipo, de manera comprometida, que toman las riendas de su propio desarrollo profesional y que están convencidos de que los alumnos y alumnas son los verdaderos protagonistas de su propio proceso de aprendizaje.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



universitaria

Didáctica universitaria en Entornos Virtuales

de Enseñanza-Aprendizaje



Guillermo BAUTISTA
Federico BORGES
Anna FORÉS

narcea

Didáctica universitaria en Entornos Virtuales de Enseñanza-Aprendizaje

Bautista, Guillermo

9788427721852

250 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Esta obra es un referente para los docentes que se inician en la formación en un entorno virtual de enseñanza y aprendizaje o para quienes deseen saber, de forma práctica, en qué consiste enseñar y aprender en un entorno virtual. El lector encontrará a lo largo de estas páginas, ideas y ejemplos para la acción formativa en línea, de forma que pueda comenzar a trabajar con buen pie en un entorno virtual de enseñanza y aprendizaje. Quien ejerza docencia universitaria se beneficiará del recorrido que se hace aquí por los elementos fundamentales de la formación en un entorno virtual: el nuevo rol del estudiante y del docente, cómo se diseña y se lleva a cabo la acción formativa, cómo se puede evaluar y diferentes sugerencias de carácter innovador -tanto al hilo de los capítulos como en la relación final de anexos-, muy adecuadas para el nuevo modelo de Universidad que requiere el Espacio Europeo de Educación Superior.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

serie
Educación-Especial

M^aT.Gómez
Masdevall y V.Mir

ALTas CapaCidadeS en NiñOs y NiñAs

DETECCIÓN
IDENTIFICACIÓN e INTEGRACIÓN
EN LA ESCUELA y EN LA FAMILIA

narcea

Altas capacidades en niños y niñas

Mir, Victoria

9788427721715

152 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

El libro presenta y estudia los aspectos básicos y más importantes sobre la personalidad de los niños-alumnos con altas capacidades. Estos alumnos presentan características varias y desconcertantes, pudiéndose mostrar retraídos o comunicativos en exceso, libres hasta parecer indisciplinados, indiferentes o emotivos, y creativos e individualistas para evitar aburrirse. La obra incluye un anexo en el que se ofrecen varios Cuestionarios, diferenciados por edades, para facilitar la detección, tratamiento e intervención de altas capacidades, desde la valoración de la familia, el educador y el propio alumno. Su lectura facilitará al profesorado y a las familias un trabajo en equipo, es decir, la cooperación necesaria de ambos; evitando que el aburrimiento se instale en sus alumnos e hijos, y procurando que estos logren una autoestima correcta y la capacidad de autogestionar sus propias capacidades.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

ANABEL MORIÑA

INVESTIGAR CON HISTORIAS DE VIDA

Metodología biográfico-narrativa



narcea

Investigar con Historias de Vida

Moriña, Anabel

9788427722361

120 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Este libro, centrado en un modo narrativo de conocimiento, opta por la historia de vida como metodología cualitativa de investigación. Comienza contextualizando la historia de vida en su paradigma más inmediato, el cualitativo, y, dentro de este, la investigación crítica o emancipadora, a través de la metodología biográfico-narrativa. Posteriormente, describe las formas de hacer investigación narrativa, su alcance y su uso. Gira, exclusivamente, en torno a historias de vida (life history). Para ello, dedica un apartado a distintas cuestiones que preocupan a la hora de investigar con narrativas: ¿Cuántas historias de vida? ¿Es el consentimiento realmente informado? ¿La dialéctica de lo relacional? ¿Cómo transcribimos? ¿Sujetos o participantes? A continuación, describe diferentes instrumentos que pueden utilizarse para recoger la información narrada en las historias (entrevista biográfica, entrevista a otros informantes, auto-informe, un día en la vida de, la línea de vida y la fotografía), siguiendo un enfoque paradigmático y narrativo. Finaliza con un apartado sobre ética de la investigación en el que se abordan planteamientos referidos a cuestiones éticas a tener en cuenta antes, durante y después de la investigación. Una obra, con enfoque teórico-práctico, escrita pensando en responder a cuestiones que las personas interesadas en este tipo de metodología puedan hacerse o haberse hecho a la hora de investigar con historias de vida. Será de gran ayuda a la hora de emprender nuevos estudios de estas características.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

WILLIAM F. PINAR

LA TEORÍA DEL CURRÍCULO

ESTUDIO INTRODUCTORIO: JOSÉ M^o GARCÍA GARDUÑO

educación hoy estudios

narcea



La teoría del curriculum

Pinar F., William

9788427721692

304 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

William Pinar es sin duda el teórico contemporáneo más importante del curriculum. Desde la década de los 70, Pinar ha encabezado los movimientos teóricos más importantes: la reconceptualización, la post-reconceptualización y la internalización del curriculum. Para este autor solo a través de la reconstrucción subjetiva del individuo podrá darse el cambio o reconstrucción social. El lector también podrá apreciar la originalidad de su teoría de género, raza y el “curriculum como lugar”, así como sus argumentos en contra de las reformas educativas a las que el autor denomina “deformas”. Pinar critica el desarrollo del curriculum, con base en lo procedimental; señala que vivimos en una cultura narcisista que diluye la subjetividad. Con la publicación de este libro, en el que por vez primera se traduce la obra de Pinar al español, el lector podrá apreciar la lucidez, originalidad y complejidad de la teoría pinariana del curriculum. Invitamos al lector interesado en los temas educativos y sociales a explorar la obra de este teórico magistral. Dada la complejidad de la obra de Pinar y su desconocimiento en el idioma español, el libro se inicia con un amplio y documentado estudio introductorio a cargo de José María García Garduño, profesor de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México quien además ha llevado a cabo la revisión técnica. Ha traducido la obra Edmundo Mora, de la Universidad de Nariño.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Table of Contents

[Título](#)

[Otros títulos del autor](#)

[INTRODUCCIÓN](#)

[La misericordia y las bienaventuranzas](#)

[La misericordia](#)

[El Dios revelado](#)

[Las entrañas de Dios](#)

[Clave evangélica](#)

[Oración](#)

[Personalizados en el rostro de la misericordia](#)

[El rostro personalizador](#)

[La experiencia de soledad](#)

[La interioridad](#)

[El rostro que nos plenifica](#)

[El rostro de Cristo](#)

[La Humanidad de Cristo](#)

[El rostro misericordioso](#)

[Dar de comer al hambriento](#)

[El hambre, problema social](#)

[Motivo de gracia](#)

[Hambre de sentido](#)

[Jesús tiene hambre](#)

[La vocación al trabajo](#)

[Dios manda compartir](#)

[“Danos hoy el pan de cada día”](#)

[Jesús se nos da como pan](#)

[Jesús, Pan de Vida](#)

[El don de compartir los bienes](#)

[Dar o darse](#)

[Darse a sí mismo](#)

[Contemplación](#)

[Dar de beber al sediento](#)

[Sentido de la sed](#)

[Crisis existencial](#)

[Fruto de infidelidad](#)

[Experiencia límite](#)
[Angustia](#)
[Necesidad de Dios](#)
[Sed de amor](#)
[La sed de Jesús](#)
[Significado del agua](#)
[Jesús, agua viva](#)
[Llamados a proveer](#)
[Darse a beber](#)
[Oración](#)

[Estuve desnudo y me vestiste](#)

[El desnudo](#)
[Extrema necesidad](#)
[Despojo físico](#)
[Despojo moral](#)
[Sentimiento de vergüenza, fruto del pecado](#)
[Cambio de vida, conversión](#)
[Canon de belleza](#)
[Jesús es despojado de sus vestiduras](#)
[El vestido](#)
[La dignidad de la persona](#)
[El traje de hijos de Dios](#)
[La túnica sagrada](#)
[Revestidos de humanidad, de la carne del Verbo](#)
[Revestido de gloria](#)
[El manto de la misericordia](#)
[Oración del despojado](#)

[Acoger al forastero y dar albergue al peregrino](#)

[El forastero](#)
[Los desplazados](#)
[Los nuevos exiliados](#)
[Somos forasteros](#)
[Jesús forastero](#)
[Jesús y los forasteros](#)
[La posada](#)
[La acogida](#)
[El acompañamiento](#)
[Personalizados en el rostro de Cristo](#)
[Rostros misericordiosos](#)
[Anotaciones para el ejercicio de la hospitalidad](#)

Visitar a los enfermos

La enfermedad y los sentidos corporales

El cuidado del cuerpo

Jesús y los enfermos

El cuerpo espejo del alma

Rehabilitados

Levantarse

Novedad de vida

Resucitar

Misión de curar

Invitación

Perdonar las ofensas

¿Qué es la ofensa?

¿Qué es el perdón?

Necesidad de misericordia

Jesús perdona

El don del perdón

El mandato de perdonar

La divinización humana

El poder de perdonar

Agradecimiento

Consolar al triste

Motivos de tristeza

El misterio del sufrimiento

La pedagogía del dolor

La tristeza de Jesús

Tú, ¿por qué lloras?

Jesús nos prometió el don del Espíritu Santo, el Consolador

Consolación

Tú puedes consolar

Madre de Misericordia

Dios se ha hecho misericordia

El poder de la súplica de María

Invocación

Cuestiones

Últimas consideraciones

Colección espiritualidad

[Página de créditos](#)